
3 1761 05972611 7

…i de la Serra
1917

Cantos del Peregrino

JOSÉ MÁRMOL

Nació en Buenos Aires el 2 de diciembre de 1817; estudió en el Colegio de Ciencias Morales, hasta 1838, en que fué encarcelado por sus opiniones políticas. Emigró a Montevideo en 1840, tomando una activa participación en la campaña periodística contra Rosas. En 1852, después de Caseros, regresó a la patria, interviniendo en la vida pública nacional. En ese mismo año nombrósele encargado de negocios ante los gobiernos de Chile y Bolivia, misión que no pudo atender; fué senador en la Legislatura de Buenos Aires, Convencional (1860) y comisionado ante el gobierno del Brasil (1861). Poco antes fué nombrado Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, puesto que desempeñó hasta la fecha de su muerte.

La personalidad literaria de Mármol es múltiple y sus obras presentan un valor muy desigual.

Como periodista, colaboró activamente en las polémicas contra Rosas; prefiriendo a menudo la poesía a la prosa, contribuyó a formar el género de periodismo en verso que floreció durante la emigración.

Su obra poética refleja ese estado de ánimo, componiéndose de cantos patrióticos, loas a la libertad, invectivas a la tiranía y páginas sentimentales no exentas de mérito. En Montevideo (1851) fueron reunidas sus principales composiciones, y reeditadas en Buenos Aires (1854) en dos volúmenes, con el título de "Armonías"; en 1889, su hijo, Juan A. Mármol, reeditó con el título de "Obras de José Mármol", el poema "Cantos del Peregrino" (cuyos primeros cuatro se editaron en Montevideo, 1867) y "Poesías Diversas", incluyendo entre estas últimas muchas que no figuraban en la edición de 1854. Con el título de "Obras Poéticas y Dramáticas" ha seleccionado algunas de las anteriores D. José Domingo Cortés, agregándoles los dramas en verso "El Poeta" y "El Cruzado" (edición Bouret). La edición de sus poesías publicada por La Cultura Argentina (1917) con el título "Armonías", es menos incompleta que las precedentes; en ella se ha procurado conservar las fechas de muchas composiciones, no siendo posible establecer la de todas.

Completan la obra de Mármol los dos dramas en verso, ya mencionados, escritos en la misma época.

Más célebre como prosista, compuso la interesante novela "Amalia", cuyos personajes tienen por escenario la época de Rosas; obra importante y duradera, por su interés narrativo y por su evocación histórica, ha tenido ya numerosas ediciones, siempre leídas.

Falleció en Buenos Aires, después de sufrir una cruel ceguera, el 12 de agosto de 1871.

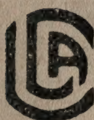
"LA CULTURA ARGENTINA"

JOSÉ MÁRMOL

Cantos del Peregrino

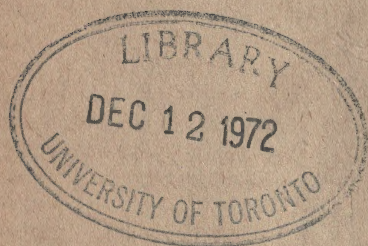
Con una introducción de

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646

1917


LIBRARY
DEC 12 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

INTRODUCCIÓN

Los cantos del PEREGRINO pertenecen por la patria del autor y por muchas de sus inspiraciones, a la primera de las literaturas poéticas en la América que habla español.

A una literatura poética que nace, crece y se modifica a par del movimiento social. A una literatura poética que fué lírica y guerrera cuando sus cantores vestían armas, como el último de los ciudadanos; dogmática y filosófica cuando amanecían las instituciones tras la noche formada por la humareda del combate; elegíaca individual y cristiana, con el corazón en las memorias de lo pasado y la esperanza fija en el porvenir, cuando el fruto de los desórdenes domésticos se presenta en todo el amargor de su madurez.

La Lira Argentina es una verdadera arpa eoliana, que ha resonado al soplo de los huracanes y de los aires mansos de la patria. La Lira Argentina ha cantado las batallas como la de Homero; los héroes como la de Osian; a Dios como la de David; la resignación y la esperanza como la de Job.

Ese Pueblo Argentino que no tiene montañas de oro; diseminado en la aridez de la llanura; embatido de las *suestadas* y del Pampero; condenado a domar el potro para domesticar las fieras: inquieto y manso alternativamente, como el mar; invasor y altanero, como el águila; independiente y

apegado a sus soledades, como el árabe; ese pueblo original a quien amamos tanto, es el único de América que puede decir: "esta es mi historia", mostrando sobre su cabeza una guirnalda de poesías.

Nosotros no tenemos ni poetas ni poesía anteriores al primer movimiento de la libertad. La mente argentina no pudo nunca mover las alas bajo el alambre dorado de sus prisiones: le era necesario el espacio, la libertad, la inmensidad del llano, la cima de la montaña; una bandera color cielo, la sangre de sus opresores y la victoria. Y cuando todo esto hubo, he ahí en pie una generación entera de poetas. López, Luca, Rodríguez, Molina, Rojas, Lafinur, Hidalgo, Varela, se ponen en marcha con la patria y la acompañan en su peregrinación de libertad, hasta dejar en el sepulcro al último de sus héroes, y dentro las puertas de Lima a la bandera azul y blanca.

Uno solo alienta hoy de tanto corazón generoso, de tantos sacerdotes ejemplares, de tantos literatos distinguidos, porque a tan nobles clases pertenecieron nuestros poetas. Unos tuvieron por tumba el mar, otros los campos de batalla, y los huesos de algunos de ellos tendremos que devolver a la patria el día que nuestra política pierda el derecho de excomulgar.

Casi dos lustros habían pasado sobre los últimos sucesos de la guerra de la independencia. Los ensayos sin fruto de una organización nacional, y el luto de la guerra civil resucitada por el mismo sable que debió apoyar las instituciones, tenían entristecida y desmembrada a la sociedad argentina; mayores desastres podían presagiarse para un futuro próximo, cuando aparecieron en Buenos Aires *Los Consuelos* del señor Echeverría. Si el *Triunfo Argentino* de López fué preludio de nuestra lira guerrera, la obra de aquel joven poeta lo fué de

la lira del dolor, de la queja individual, de las pasiones ocultas del corazón, de las miradas al porvenir. La naturaleza de nuestro suelo halló también en Echeverría su pintor, y ayudado de las doctrinas literarias del tiempo, conquistó la *Pampa* para la poesía. Atrevimiento del genio coronado de aplausos, como todas las audacias felices.

Obra de la época o de las producciones indicadas, ha sido la aparición de la poesía que llamamos *nueva*. Despertada por la voz del *dulce ruiseñor de los Consuelos* (1), o por la voz de la época, se presenta la generación actual de poetas, ufanos de su origen, atando con armonías el pasado glorioso a un porvenir todavía más glorioso, en que tienen fe; levantando los ojos desde el seno de la patria para fijarlos en Dios, cantando el suelo en que nacieron con ese amor entristecido y dulce con que amamos los bienes ya perdidos; maldiciendo a veces, perdonando siempre; explicando, a favor de la filosofía, el bien que ha de nacer del mal; y confiando más que nunca el triunfo de las ideas del programa de Mayo, que han estudiado y convertido en evangelio social.

A esta generación, que a pesar de hallarse "en las verdes promesas de la vida" (2), cuenta ya a dos de sus más ilustres compañeros en la vida del Cielo (3), y a todos los demás en las amarguras del destierro, pertenece el autor de los CANTOS DEL PEREGRINO.

En una ocasión solemne, personas muy competentes dijeron de una obra del señor Mármol en que hallaron *"elevación, novedad, frescor, abundancia en las ideas":* "la *Comisión* reconoce que el molde en que fué vaciada es sin disputa una cabeza poética" (4). A la conciencia de sus fuerzas, mucha debió añadir en el ánimo del poeta este bautismo público, con que el talento lavaba de sus sie-

nes la culpa de profano. Quedó desde entonces decidida su vocación. Los periódicos de Montevideo han publicado muchas poesías del señor Mármol, y el pueblo de aquella misma ciudad aplaudió sus dramas el *Poeta* y el *Cruzado,* impreso el uno, y, el otro todavía inédito.

Tres años han pasado apenas sobre aquellos triunfos, cuando tiene ya preparados para la impresión los CANTOS DEL PEREGRINO.

CARLOS (5) es el Harold de la patria y de la naturaleza. El héroe del poeta inglés arrastra su melancolía entre sepulcros y recuerdos; el PEREGRINO sólo baja la vista al suelo para admirar las flores; la mantiene a la altura de las montañas; en el cénit para cantar la luz en las horas de su esplendor; en el horizonte para contemplar el nacimiento y el declinar del día; en las nubes para encontrar en ellas veneros inagotables de la más lujosa poesía. El PEREGRINO consulta constantemente dos mundos de misterio, dos fuentes que jamás se apocan: el corazón y la naturaleza.

El señor Mármol ha perdonado *su cárcel y cadenas* (6), y nosotros casi perdonamos también la mano que le aleja de sus hogares, porque en ellos no habría sentido las impresiones de las regiones del Trópico ni de los mares del Polo. Porque es preciso que se sepa que el PEREGRINO ha sido pensado y escrito sobre la cubierta de una nave; en un viaje de sufrimientos y peligros, desde el Trópico de nuestro hemisferio hasta la latitud de 65° Sur, donde lo arrojaron las borrascas, sin poder doblar el Cabo meridional de América.

Escribimos en pobre prosa; ¿cómo podremos dar una idea de la poesía del PEREGRINO? ¿Dónde hallaríamos una llama tan activa de inspiración como la que alienta el autor? El PEREGRINO es un himno en loor de la magnificencia del Mediodía

americano; la traducción fiel de los más íntimos sentimientos del poeta, del desterrado, del patriota, del amante, meditando sobre sí mismo, o engolfado en el Edén, o en el infierno de la variada naturaleza de nuestro Continente. Lea los cantos a *las nubes,* a *los trópicos* quien tenga vista capaz de fijarla en los joyeles con que se engalana el cielo en los días de gloria de su creador; léalos quien, teniendo la fe del poeta, pone toda la mitología de sus amores y de sus afectos en los accidentes del cielo visible, en la levedad de los vapores en que se reclina el sol para adormirse en las tardes.

Decid, nubes, decid, ¿quién un tributo
no os rindió alguna vez? En el contento
o con el alma en luto,
¿qué mortal no os ha dado un pensamiento?...
En las noches serenas,
el corazón dolido,
¿qué madre no ha llorado con vosotras
el dulce fruto de su amor perdido;
o amorosa y prolija,
no imaginó entre flores
el porvenir de su inocente hija?...
¿Qué desterrado, acaso,
en los velos de nácar y zafiro
que bajáis al ocaso,
no ha mandado a su patria algún suspiro? (7).

Hay quien todavía niega la existencia de una poesía peculiar a la América; pero al fin se tendrá que reconocer nuestra independencia en literatura como se ha reconocido en política: una y otra no son cuestiones sino hechos. El poeta debe sentir lo que canta y sentirlo entrañablemente: el poeta debe pintar y pintar con verdad la Naturaleza. ¡Y con qué corazón, con qué colores se han

de manifestar eficazmente el movimiento de los afectos que nacen de la sociedad americana, y las escenas de su suelo? Con un corazón americanamente apasionado, y con los colores que ostentan llanos, montes, ríos y mares americanos. Tenemos ya un pasado; campos gloriosos; festividades patrias; varones eminentes a quienes hemos dejado en la tumba con los ojos llenos de lágrimas. Y, ¿será el extranjero quien haya de venir a cantar lo que a nosotros únicamente puede conmover las entrañas? Sólo un PEREGRINO americano podía llenarnos de orgullo con estos versos de su Canto a América, canto que en parte es una profecía y en parte una realidad que se verifica diariamente.

"América es la virgen que sobre el mundo canta,
"profetizando al mundo su hermosa libertad"...
....
"Quedad, mundo europeo, ennoblecido padre
"de tiempos que a perderse con el presente van;
"quedad, mientras la mano de América, mi madre,
"recoge vuestros hijos y les ofrece el pan".

"¿Qué importa? ¡eh! ¿qué importa? si no vienes (de guerra
"nosotros te daremos donde segar la mies;
"para que nazcan pueblos tenemos, sí, más tierra
"que espacio para estrellas sobre los cielos ves..."

"América, que se alza sobre columnas de oro,
"América la joya del Universo es.
"La miro y me envanezco, y al contemplarla lloro...
"sus montes a mis ojos... sus mares a mis pies!"

Pero en este tan vasto mundo de América el PEREGRINO tiene su playa natal, para la cual reserva toda la fuerza de su amor y todo el fervor de sus

recuerdos. La brújula del instinto, más que la del piloto, le advierte la cercanía de la patria: reconoce el cielo de su infancia y entona el canto "A Buenos Aires" con los ojos puestos donde los pone el que no tiene más bien que la esperanza:

"¡Cuán bellas contemplo rodar por la esfera
"tus nubes pintadas de plata y zafir!
"¡oh patria! si al hombre faltara la ciencia
"sabría al mirarlas que estabas allí..."

"¡Cuán bellos tus mares! ¡cuál alzan henchidos
"de orgullo sus ondas, valiente su voz!
"¡oh, vaya en vosotros al suelo argentino
"vibrando en las olas mi lúgubre *adiós!*"

Entre los recuerdos del Peregrino, se presenta a menudo el de la mujer de su alma, a quien ha dado el nombre puro de María. Ella supo inspirarle una pasión delicada y profunda pintada con la armonía de estos versos:

No era ese amor frenético y ardiente
que arrebata la calma
más que del corazón, de los sentidos:
era esa tierna abnegación del alma
que ni siente placer ni dolor siente
sino en el alma del objeto amado...
....
"¿Qué tengo yo sin tí?" Penas y llanto;
llanto frío, infeliz, eterno y santo,
porque lloro de amor.—Tú mi primera
impresión en la tierra, tú tendiste
mano de compasión al Peregrino,
y, tierna y hechicera,
"Ven hacia mí", dijiste;
arrojando una flor en su camino.

Eres mi dios, mi hermana, mi querida,
y mi esposa también.—Palabras santas,
dádivas del señor para la vida;
puras como las lágrimas del niño,
tiernas como los besos de una madre,
palabras, sí, que el corazón no miente,
riquezas de cariño,
con que adorna mi amor tu blanca frente.

Concluyamos estas líneas. Si el autor de PEREGRINO no hubiera dado ya tanta prueba de su talento poético, bastaría esta producción para que cayeran sobre su cabeza las hojas del laurel tan ambicionado como tan pocas veces conseguido. Cantar los sentimientos de la actualidad, pensar sobre el bien, sobre la belleza, sobre la verdad, según la dirección de la época; poner de bulto el pensamiento confuso e incompleto de la generalidad: tales son las condiciones con que se manifiesta el poeta verdadero. El que satisface a este programa levanta un monumento y graba su nombre sobre el acero en la historia de la literatura.

Hemos leído el PEREGRINO y parecíanos que el autor nos había consultado sobre el asunto de sus cantos: nos parecía la obra de un genio que hubiera espiado invisible los secretos de nuestra conciencia, los sueños de nuestra alma, las fantasías de nuestra esperanza, y que nos decía: "hé aquí el retrato de lo que creíais que no pudiera representarse con la palabra, ni tomar cuerpo con los incompletos recursos del lenguaje".

Nosotros que pertenecemos a la época, a la América, a la democracia, a la fe de la cruz; que esperanzamos en lo futuro, que alguna gota de ese rocío del cielo que se llama poesía cae de cuando en cuando en nuestra alma, porque somos desgraciados, somos al mismo tiempo rama del árbol que

todo él ha de conmoverse al soplo del PEREGRINO. Toda nuestra generación hallará en él su historia, y toda ella bendecirá a su autor. ¡Bella y envidiable suerte es la del poeta que alza el velo a los dolores para consolarlos!

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

Rio Janeiro, Febrero 1845.

ADVERTENCIA

"Del poema CANTOS DEL PEREGRINO sólo se hizo una edición en Montevideo el año 1847, publicándose en ella los cuatro primeros cantos; el canto undécimo se publicó en folletín en La Reforma Pacífica del año 1857, y el canto doce se había publicado en Montevideo en 1846 en un folleto".

. . . .

"En el presente volumen se publican en primer lugar los CANTOS DEL PEREGRINO. De este poema sólo han llegado a mis manos, ocho cantos; los intermedios del séptimo al décimo inclusive no se han publicado; más aún, creo que no han sido escritos; pero esto en nada perjudica la lectura del poema, pues sus cantos no responden a un plan fijo o idea determinada en el desarrollo de su trama: cada canto representa diversas impresiones que el *Peregrino* ha recibido en distintos lugares y también en diferentes situaciones de su espíritu." — Buenos Aires, 1889. — *Juan A. Mármol.*

CANTOS DEL PEREGRINO

A mi hija María, Montevideo, 1846.

PATRIE

Je consacre a ton nom ou ma mort ou ma gloire.

Lamartine.

Libertá vo cercando, che é si cara
Come sa chi per lei vita rifiuta.

Dante.

CANTO PRIMERO

A MI PATRIA

BUENOS AIRES: *mis ojos se abrieron a la luz bajo tu cielo hermoso; y, digno hijo de tus pasadas glorias, se cerrarán acaso bajo el cielo nublado del extranjero.*

Pero en mi destierro, tu recuerdo santo se confunde en mi memoria con los primeros besos de mi madre; y, si ambicioso de gloria he buscado con las inspiraciones de mi alma una guirnalda de poeta, es por depositarla a tus plantas: porque tú eres, Patria mía, el imán de esas inspiraciones.

Acepta el primer CANTO DEL PEREGRINO: *y, ¡ojalá que ese recuerdo de tus pasados tiempos y de tu hermoso porvenir te haga enjugar un instante el llanto de tus desgracias presentes!*

Adiós, Buenos Aires: orgulloso de mi origen, moriré en el destierro, si no puedo algún día respirar en tu seno el aire puro de la Libertad: pero mi última palabra será tu nombre; mi último pensamiento será tu imagen.—JOSÉ MÁRMOL.

Montevideo, Mayo de 1847.

Hijo de la desgracia el PEREGRINO
ha confiado a los mares su destino;
y al compás de las ondas y los vientos
el eco de sus tristes pensamientos
vibrará por el mar. En su grandeza
cantará, entusiasmado, la belleza
de la espléndida bóveda estrellada,
con el alma ante Dios arrodillada;
y cantará también sobre los mares
la libertad, su amor y sus pesares.

Sigámosle en el mar, doquier existe,
como las sombras de la tarde, triste,
y una secreta dulce simpatía
nos roba su letal melancolía:
¡él! ¡el proscripto trovador del Plata,
que, conducido por la suerte ingrata,
cinco años ha que su enlutada lira
bajo extranjero sol triste suspira!

Con él la dulce inspiración del canto
nació para cantar el dogma santo,
que inauguró a la luz de la victoria
ese pueblo que, en brazos de la gloria,
reventara de un mundo las cadenas
con prender el cañón de sus almenas.
Pero helóse la voz en su garganta
cuando, al mover la adolescente planta,
en vez de abierta y espaciosa vía
al genio, a la virtud y nombradía,
tropezó de un patíbulo en las gradas
con la sangre de Mayo salpicadas.

Ya el eco del cañón no se dilata
en las riberas del altivo Plata,
cuando dora su linfa el sol de Mayo (1)
con su primero suspirado rayo;
ya no suenan sus cánticos triunfales;
ya no escuchan sus santas catedrales
los religiosos himnos de alabanza
al Dios que iluminaba la esperanza
en medio de la larga incierta lucha.
Ya en las calles y plazas no se escucha
del pueblo rey la estrepitosa grita,
cuando a los rayos de su luz bendita
festejaba a aquel sol que hirió su frente
con raudales de gloria refulgente;
ya no oprimen las madres en su seno

su tierno fruto de esperanzas lleno,
ni a par del blando maternal arrullo
lloran sobre su sien llanto de orgullo.

Ya el Plata no se empina del profundo
a ver la Roma del naciente mundo,
y a sus olas indómitas desciente
y en las arenas sin valor las tiende.
Ya en las grietas del Andes no se interna
derrumbada la nieve sempiterna
porque no hay otra vez quien de la cima
la arroje y ledo la montaña oprima (2);
ya para el Cóndor en la sien su vuelo,
y ese invasor intrépido del cielo
ya no vuela a esconderse entre la nube,
al ver que raudo de la falda sube,
labrando las pedrosas cordilleras,
un mundo de guerreros y banderas.

¡Patria! ¡Patria del alma! con tu espada,
el atlas de la América admirada
trazaste en la pelea. Repartiste
los montes y los ríos; y volviste
a reposar la sien en tus laureles.
¡Grande fué tu misión! Grandes y fieles
la llenasteis, vosotros, los que hermosa
visteis la luz de una época dichosa.
¡Ya la época pasó...!
Dormid con ella
a los celestes rayos de la estrella
que alumbrará eternal en la memoria,
la época con vosotros y su gloria.

Siguió tras ella, como al claro día
siguen las horas de la noche umbría,
la época del dolor. Del mundo es esa
la eterna ley que sobre el mundo pesa.
Una edad a otra edad se precipita,

y en el rápido empuje inhabilita
y destruye y derrumba el edificio
a la edad que pasó grande y propicio.
Su ley es destruir; destruye, mira
completa su misión, y alegre expira.
  Otra generación viene tras ella,
y para edificar halla en su huella
escombros humeantes todavía,
sin plan, ni basa, ni favor, ni guía.

  La misión de tumbar sólo es de UNA;
la ley de edificar pesa importuna
de DIEZ generaciones en los hombros.
¡Ay de aquella que en medio a los escombros
nace; al caer el edificio al suelo,
y entre caos de ¡vivas! y de duelo
buscan sus ojos el color del día
y hallan las nubes de la noche umbría!
¡Ay de la reacción que la atropella!
¡Ay de su porvenir la incierta estrella!
¡Ay de tus hijos que en furor continuo,
cual verdes hojas de tumbado pino,
sacude ¡oh patria! el vendaval de Mayo!
El quebró con el ímpetu del rayo
la cadena de fierro de dos mundos;
él levantó en sus vuelos furibundos
el porvenir del suelo americano,
bello como su cielo soberano,
inmenso cuál sus montes y sus mares;
él ungió nuestra frente en los altares
con las glorias del tiempo venerado;
él nos legó la gloria del pasado,
y a los hombres que vengan la fulgente
gloria del porvenir. Pero el presente,
eco rudo del bélico estallido,
última convulsión, postrer quejido
de nuestra vieja lamentable vida,

destello fatuo, emanación perdida,
de la pasada edad, que vaga incierto
entre los miembros de su cuerpo yerto,
y asusta y cruza con su luz siniestra,
sólo nos cupo por desgracia nuestra.

Luchar y padecer. Es un tributo
que aún le pagamos a tu edad de luto:
holocausto de sangre y de reposo
por las primicias de tu tiempo hermoso;
y nosotros, sufriendo los rigores
del crudo tiempo en la estación de flores,
le rendimos doquier, lejos del Plata,
¡oh, madre hermosa! sin llamarte ingrata.

Ahí va Carlos proscripto y peregrino
sobre la popa del nadante pino...
La arpa en las manos, con el alma herida,
sin patria, sin hogar y sin querida,
a merced de las ondas y los vientos;
fijos en Dios sus altos pensamientos,
y con la fe del corazón cristiano
esperando del mal el bien lejano.

¡Cinco lustros de vida solamente;
y de tanto sufrir ni el dolor siente!

Un pueblo hermano a su feliz ribera
llegar proscripto sin hogar le viera;
y allí un destello de esperanza vana
profetizó la libertad cercana
de su patria infeliz. Mas ¡eh! ¿la hoguera
del ángel de la muerte reverbera
su fuego por el mar? ¿Sobre la espalda
de los cerros, los mantos de esmeralda
cambiaron su color? Piedad ¡Dios mío!
Es SANGRE nada más; el ancho río,

las colinas, las sierras y los llanos
SANGRE muestran doquier. Sangre de herma-
que de inocente o de malvado pecho, [nos
la derraman sus venas, sin provecho,
para la Libertad... Del tiempo es ella
no de las lanzas ni sangrienta huella,
y en el tiempo vendrá... Mas ¡ay! se escucha
fatídico el cañón, arde en la lucha
el fuego nada más de las pasiones:
¡El Plata es un volcán! los corazones
rudos palpitan de venganza henchidos,
y ni de vencedor ni de vencidos
la suspirada Libertad se escuda
entre el caos de la victoria ruda.

¿Qué es del Cantor allí? Dulce suspira
un himno melancólico su lira,
y el trueno de la pólvora vibrando
ahoga el acento melodioso y blando,
como a orillas del mar muere un gemido
de las ondas al áspero bramido;
como la voz de la torcaz medrosa
entre las ramas de la selva hojosa
cuando los vientos desatados zumban
y las palmeras con furor derrumban.
¿Qué es el poeta allí? Lo que el navío
presa de calma sobre mar bravío,
que combatido del empuje fiero
y cargado de paño el mastelero,
fijo y convulso está sobre el abismo
luchando sin andar, consigo mismo.
¡CARLOS! es aire para él de vida,
única luz, la libertad querida;
era pesado el aire que aspiraba
y al alma dentro el pecho sofocaba.
Suspiró entonces con amargo duelo,
miró del Plata el azulado cielo,

y ocultando en el alma sus pesares
¡Adiós!—le dijo,—y se lanzó a los mares!

¡Magnífico Brasil! Tú le has mirado
en sus tristes recuerdos sepultado
a las orillas de tu mar tranquila,
de lágrimas bañada la pupila,
fija del horizonte en los celajes,
o en tus bellos fantásticos paisajes.

Te pronuncia un ¡adiós! ¿No ves? su lino
el *Fénix* desplegó, y el PEREGRINO
oirá quebrarse en la atrevida proa
las ondas saludadas por Balboa.

Tibio su pecho cual tu tibia brisa,
ni un suspiro de amor, ni una sonrisa
al dejar tus riberas te regala;
nadie tampoco con amor exhala
un suspiro por él: miró tus flores
y no sabe contar de sus olores.

Ya las olas Atlánticas surcando
la erguida nave en movimiento blando
se columpia en el piélago espumoso,
como cándido cisne majestuoso.

Al sur volviendo la filosa prora
mira a su izquierda el trono de la Aurora,
y a su diestra las nubes de Occidente,
coronando de América la frente.

Dadas las velas a merced del viento,
se desliza en el líquido elemento,
como esas blancas ilusiones bellas
que pasan raudas sin dejar tras ellas

en el mar de la inquieta fantasía
más que un eco expirante de armonía.

Carlos, en tanto, pálido, sombrío,
reclinado en la popa del navío,
está fijo en los vastos horizontes
contemplando de América los montes
como, bajo ciprés frente a una losa,
llora el esposo la perdida esposa.
Descubierta la sien, flota el cabello
en negros rizos sobre el blanco cuello,
o la pálida frente le descubren
y con sus hebras otra vez la cubren;
cual de la selva el trecho despejado,
por la luz de la luna plateado,
las movedizas hojas del ramaje
sombrean con su fúnebre celaje.
¡Silencio! ¿no le véis? Carlos suspira...
su rodilla dobló... sus ojos gira,
rayos vertiendo de celeste lumbre,
cual si en el alma rica muchedumbre
de fúlgidos diamantes esparcida
reflejase su luz... Vedle; oprimida
tiene su Lira en la convulsa mano;
y, animado de impulso soberano,
hiere sus cuerdas. ¿No escucháis? Su acento
nos trae vibrando el conmovido viento.

CANTO DEL PEREGRINO

LA AMÉRICA

Dirán: esa tierra inculta se ha vuelto un paraíso.
EZEQUIEL.—(Cap. XXXVI).

América es la virgen que sobre el mundo canta,
profetizando al mundo su hermosa libertad;
y de su tierna frente la estrella se levanta
que nos dará mañana radiante claridad.

No hay MÁS ALLÁ en los siglos a la caduca Europa,
que al procurar *mañana* se encuentra con *ayer;*
bebió con entusiasmo del porvenir la copa,
y se postró embriagada de gloria y de poder.

La gloria quiere vates, la poesía glorias:
¿por qué no hay armonía, ni voz, ni corazón?
la Europa ya no tiene ni liras ni victorias:
el canto expiró en Byron, la gloria en Napoleón.

Los tronos bambolean y el cetro se despeña;
los pueblos quieren alas y se les clava el pie;
el pensamiento busca del porvenir la enseña,
y no halla sinò harapos del pabellón que fué.

Hay tumba a las naciones. Se eleva y se desploma
la Grecia que elevara sus sienes inmortal;
al mundo hallaba chico para hospedarse Roma,
después murió en el nido de su águila imperial.

¿A dónde irá mañana con peregrina planta
la Europa con las joyas de su pasada edad?
América es la virgen que sobre el mundo canta,
profetizando al mundo su hermosa libertad.

¿Qué importan del presente los días lastimeros,
cuando el pasado es lleno de gloria y esplendor,
y a quien por vida cuenta los siglos venideros
que borrarán, pasando, las huellas del dolor?

Salpique a los bridones la sangre de los llanos,
y en medio a la tiniebla se hieran—está bien:
la niña coge flores, e hiriéndose las manos,
trabaja una corona para su blanca sien.

Hasta el presente ingrato la servirá de gloria
cuando los tiempos viva de porvenir mejor;
pues que verá en nosotros para hermosear su histo-
dramática epopeya que inspirará al cantor. (ria

Quedad entre leyendas y hermosas tradiciones,
España, que dormíais con mundos a los pies;
quedad como el guerrero que cuenta sus blasones,
y honrosas cicatrices, cayendo de vejez.

Quedad, altiva Francia: la luz del pensamiento
que destellando chispas en vuestra sien está,
mañana, cuando el tiempo le seque el alimento,
sobre el naciente mundo la llama prenderá.

Quedad, vieja Inglaterra: ha mucho los *Leopar-*
encrespan la melena sin levantar la sien; (*dos*
que, al procurar el pueblo de Alfredos y Ricardos,
el pueblo de las *cifras* y mercaderes ven.

Quedad, mundo europeo; ennoblecido padre
de tiempos que a perderse con el presente van:
quedad, mientras la mano de América, mi madre,
recoge vuestros hijos y les ofrece el pan.

¿Qué importa? ¡eh! ¿qué importa? Si no vienes
(de guerra,
nosotros te daremos donde segar la mies;
para que nazcan pueblos tenemos, sí, más tierra
que espacio para estrellas sobre los cielos ves.

Tus hijos en nosotros encontrarán hermanos,
el sable se ha tirado después de combatir;
venid y cultivemos con fraternales manos,
la prometida tierra del bello porvenir.

América no puede ser libre todavía,
porque su herencia ha sido bastarda obscuridad;
no temas, no; mañana cuando despunte el día,
fijando sus destinos, verás la Libertad.

América que se alza sobre columna de oro,
América la joya del universo es:
la miro y me envanezco; y al contemplarla lloro...
¡sus montes a mis ojos, sus mares a mis pies!

América es el arca que el porvenir humano
contiene misteriosa y un día se abrirá;
entonces el Eterno levantará en su mano
la herencia de los hombres que prometida está.

La Libertad, el Genio, la Paz, la Poesía
en tronos de alabastro levantarán la sien;
y lleno de esperanzas, como la luz del día,
el corazón del hombre palpitará también.

No son dorados sueños de mi alma americana;
son leyes que promulga para los pueblos Dios,
escritas en las cosas donde la mente humana
estudia y desenvuelve profética la voz.

"Los Andes cuya frente se junta con el cielo,
"mientras sus plantas de oro dentro del mundo es-
(tán;
"su Cóndor, que se duerme sobre el eterno hielo,
"mientras chispea y brama la fragua del volcán.

"Las mantas del Desierto sin fin, sin horizontes,
"donde discurre el potro sin freno ni señor;
"los vientos sin estorbo, los ríos y los montes
"inmensos, solitarios, sin hielo ni calor.

"Las vírgenes llanuras, el oro y los diamantes
"bullendo en el arena de arroyos de cristal;
"los perfumados bosques, y por doquier gigantes,
"con sienes de esmeralda y entrañas de metal.

"Quince años de batallas por montes y por llanos,
"un mundo despertando al trueno del cañón;
"quince años de victorias hasta lavar sus manos
"en sangre de opresores los nietos de Colón.

"Veinte años lamentables de fratricida guerra,
"para acabar la herencia del español así;
"generaciones nuevas que al saludar su tierra
"la traen las esperanzas y porvenir en sí.

"De la caduca Europa la hidrópica colmena
"que se deshace al peso de su miseria ya,
"y en bandos se abalanzan sus hijos al arena
"que compasiva y rica la América les da".

Son estos los bellos
eternos emblemas,
las ricas diademas
que tienen escrito
con lumbre esplendente,
que en pos del presente
de América obscuro,
vendrá en lo futuro.

La aurora risueña
de la Libertad,
en ellas traslucen
altivos, prolijos
los huérfanos hijos
del Inca, los días
que Dios les reserva
de gloria y de amores,
así que den flores
las ricas, veladas
semillas doradas
de la Libertad.

Figuras tan bellas
irritan la mente
del pueblo, y en ellas
se crea impaciente
celestes visiones,
que tras las edades
y tras las pasiones,
serán realidades
que afirmen el trono
de la Libertad.

Tuyo es el porvenir, reina del mundo
inmenso cual tus montes y tus mares,
y de esperanzas y de luz fecundo
cual tu cielo y tus bellos luminares.

Alza la sien orlada con tu gloria,
y verás tras las ondas del Oceano,
que el mundo de los reyes y la historia
cabe entero en el hueco de tu mano.

Tuya es la paz del mundo venidera,
cuando del genio la defienda el brazo:
y clave para siempre su bandera
en la cúspide azul del Chimborazo.

Tuya también la dulce poesía,
virgen como tus ríos cristalinos,
así que lejos de la noche umbría
alcen las aves sus celestes trinos.

Cantará por tus selvas inspirado
el joven trovador; y conmovido
abriendo el Inca su sepulcro helado
su sombra se alzará con el sonido.

Y los héroes de Mayo que en la cima
duermen del Andes con su nieve presos,
al oir los nombres de Ayacucho y Lima
pondrán de pie sus entumidos huesos.

Tuya es del porvenir la poesía,
que del sol a la arena de tus mares,
todo está misterioso todavía,
virgen al corazón y a los cantares.

Aun tus bosques, tus ríos y tus seres
no ha sorprendido el ojo del poeta,
ni el bello original de tus mujeres
ha encontrado una tinta en su paleta.

Mas brotarán una inspirada frente
los jardines de América encantada,

que alumbre el sol ecuatorial ardiente,
o la luna del Plata desmayada.

Cantará de su madre la hermosura,
hoy con las cataratas en concierto;
mañana de una selva en la espesura
con el susurro de la brisa incierto.

¡Ah!, quién me diera renacer la vida
en esos días de mis sueños de oro,
y escuchar con el alma enternecida
de tus poetas el excelso coro!

Mas ¡eh! no importa. Los escucha; siente
su voz mi corazón; y yo, mendigo
de Patria y Libertad en tu presente,
madre del porvenir, *yo te bendigo.*

Bendita mil veces la sangre que un día
la selva y el prado y el monte teñía,
luchando tus hijos y el viejo león;

bendita la selva y el llano y el viento
que oyeron del Andes crugir el cimiento,
al trueno continuo del rudo cañón.

Benditos aquellos que un mundo nos dieron
y en medio al combate sin vida cayeron
en charcos de sangre posando la sien.

Por ellos alzamos soberbia la frente,
por ellos decimos; "es nuestro el presente
y nuestros los siglos que vienen también!"

Por eso, bendito quien dice orgulloso:
"Nací bajo el cielo de América hermoso
y siento al decirlo la sangre latir".

¡No véis? ¡No parece que el Andes se empina
por ver impaciente si el alba ilumina
los tiempos hermosos que están por venir?

Vendrán, y el infelice
proscripto PEREGRINO alza su mano,
descubierta la frente;
y de en medio a las ondas del Oceàno,
olvidando el presente,
madre de lo futuro, *te bendice.*

CANTO SEGUNDO

Sr. D. Luis L. Domínguez.

Cada uno de los CANTOS *de este Poema lleva el nombre de alguno de mis amigos, o el de mi Patria: son los títulos de nobleza con que dignifico mi* PEREGRINO.

Necesito el nombre de un poeta para condecorar este CANTO, *escrito en el lenguaje íntimo del alma, y usted que lo ha honrado tanto con las sentidas estancias que le inspiró su lectura (1), me pemitirá escribir el suyo, y habrá en una sola página, para usted y para mí, el doble recuerdo del poeta y del amigo* —MÁRMOL.

Montevideo, Abril 24 1847.

Hay una edad en la vida
cuyo hechizo y cuyo nombre
sólo los comprende el hombre
después que pasó la edad.
¡Ay! cuando da solamente
un recuerdo a la memoria,
como el Sol desde Occidente
un rayo de claridad.

Edad que, en muchos, tan luego
como comienzan sus años,
la hieren los desengaños
y muere casi al nacer.
Quedando el cuerpo en aurora
y el alma sin ilusiones,
cual una flor inodora
con hojas en rosicler.

Edad donde entramos todos
con los besos maternales,
y los sueños virginales
de la alegría infantil.
Edad de donde salimos
siempre huérfanos y tristes,
a soñar lo que perdimos
en pesadilla febril.

Y dichoso quien no lleva
incrustado en la memoria
un recuerdo de su historia
torcedor del corazón.
Y al recordar de su vida
la juventud borrascosa,
no siente abrirse una herida
por negra recordación.

Edad que en un mar bravío
en débil barca navega,
y más con las olas juega
cuanto es más el huracán;
y más canta barcarolas
de triunfos de amor y gloria,
cuanto más bravas las olas
en torno a la barca están.

Edad sin llanto, que vuela
en blanca nube de incienso,
y siempre horizonte inmenso
descubre ufana doquier;
que sólo siente desvelo
por el placer que la espera,
viendo en la gloria su cielo
y su mundo en la mujer.

Unico tiempo que puede
llamarse vida en el hombre,
pues no merece tal nombre
el tiempo que viene en pos:
muerte lenta y fatigosa
de cuanta ilusión florida,
de cuanta ambición hermosa
nos puso en el alma Dios.

Y todavía es más dura
esa muerte que camina,
cuando el hombre peregrina
en su primer juventud;
y lleno el cuerpo de vida,
el alma desencantada
está del mundo aburrida,
presa de su ingratitud.

Entonces sólo el recuerdo
de nuestra pasada historia
nos viene a herir la memoria
en medio a la soledad.
Y echamos tristes de menos
aquellas tan raudas horas
en que gozamos amenos
días de felicidad.

Entonces damos su precio
a todo cuanto perdimos,
y *no volverá*, decimos,
el tiempo perdido ya.
Y allá en la tarde tranquila
cuando la mente recuerda
¡cuántas veces la pupila
llorando el recuerdo está!

Entonces quedáis vengadas,
vosotras, pobres mujeres,

que os pagan vuestros placeres
con largos tragos de hiel.
Angeles en sacrificio
sobre el pantano del mundo,
que en el rodar de un segundo
perdéis las alas en él.

Vosotras, que, si amáis mucho,
os acusa el mundo loco,
en tanto que, si amáis poco,
os acusa el amador.
Vosotras, pobres mujeres,
que tanta lágrima os cuestan
los más cándidos placeres,
si son placeres de amor.

Vosotras, tan inexpertas,
tan tristemente engañadas,
a la fin quedáis vengadas
por el mismo que engañó.
Pues un tiempo al fin vivimos
tan árido de ilusiones,
que ansiamos cuanto perdimos
y el alma desconoció.

Entonces ¡ay! comprendemos
vuestros nobles sacrificios,
y aquellos días propicios
de tan rápido existir.
Y el prisma de la distancia
nos hace veros más bellas,
y llorar nuestra inconstancia,
y vuestro amor bendecir.

Porque en aquesta campaña
que hacemos desde la cuna,
va de escolta la fortuna

y de vanguardia el dolor.
Y así, a medida que vamos
caminando sobre el mundo,
a aquello que atrás dejamos
dámosle precio mayor.

Se echa de menos la infancia
en la juventud, y luego
de ésta lloramos el fuego
cuando extinguirse se ve.
Y siempre yendo más lejos
en el viaje de la vida,
niños, jóvenes y viejos
lloramos por lo que fué.

El sol que claro alumbrara
la senda del PEREGRINO,
se obscureció en su camino
al punto de amanecer.
Y acaso allá en su memoria,
sin haber nunca engañado,
suele mezclarse a su historia
la imagen de una mujer.

En las llanuras solas
vibrado había el último sonido
de la inspirada Lira, y conmovido
lo hizo rodar el mar sobre las olas,
bañando de armonía
los mil colores de la luz del día.

Guardaba el Sol los rayos de su frente
en las doradas nubes de Occidente,
y un crepúsculo incierto
daba su luz al piélago desierto.

La brisa de la noche
tendió después sus alas al espacio,
y a la par que en los ámbitos vagaba
de su inmenso palacio,
las nubes y las ondas agitaba.

Y la bizarra nave
dividiendo colinas ondulantes,
en su curso süave
formaba en pos de sí y a sus orillas
alfombras amarillas
de fugitivos granos chispeantes.

Y el joven PEREGRINO, reclinado
en la elevada popa, contemplaba
la onda que fugitiva se alejaba,
llevando de su pecho lacerado
los amargos recuerdos del pasado.
Que en la mísera vida
por talismán secreto, indefinible,
más al dolor el corazón anida,
cuando en hora apacible
irritada la sien y el pecho yerto,
vemos el mar, las nubes o el desierto.

Dios en sus insondables creaciones
para cada dos almas tiene un molde,
y al punto de nacer el molde quiebra
y de las almas corta
una sutil imperceptible hebra:
y arrojadas después al laberinto
de la vida y el mundo, a que al instinto
cada una de ellas su sendero siga,
cada cual busca por distinta huella,
de las almas, aquella,
que un mismo soplo de existencia abriga.

El hallarla es el bien sobre la tierra,
y el tormento mayor que el alma encierra
es vagar peregrina,
mirando una por una
sin hallar en ninguna
la que en el temple de su amor se afina.

Pero Carlos la halló. Mujer hermosa
en el virgíneo seno la encerraba,
como al perfume la pintada rosa.
María ¿dónde estás? ¿Dónde se fueron
los célicos momentos de ventura
que nuestras almas apurar supieron?

¿Los recuerdas, mujer? El tiempo adverso
rodaba sin poder a nuestros ojos,
y mustio el Sol ardiente,
y mustio el universo,
lo que no era el amor eran despojos
de una otra creación indiferente.
Y en mis ojos los tuyos embebidos,
la fantasía y la pasión tranquilas,
callaban los sentidos
y conversaba el alma en las pupilas.

No había entre los dos sino el presente;
que no hay para el amor tiempo pasado
ni porvenir, cuando a la par se siente
confundirse el aliento enamorado.
Con el fuego del alma se evapora
la amarillenta nube
que el cielo del pasado descolora,
y a un soplo del amor deshecha sube
la condensada niebla
que el horizonte del futuro puebla.
¡Ay, del que en brazos de su bien querida
piensa en mañana, y el presente olvida!

¡Ay, del que mira la azucena en broche
y osa pensar lo que será en la noche!

¡Qué fuera, sí, del corazón humano
si en medio del placer pensar debiera
que al rodar un minuto,
esa chispa ligera
del tiempo inexorable
vase a perder en el eterno luto!
¡Qué fuera si en los brazos reclinado
de su ídolo adorado,
por el ebúrneo cuello
derramando su espléndido cabello,
matizados de nieve presumiera
los rizos de la negra cabellera,
y a par de la vejez mirase luego,
yerto también del corazón el fuego!

El amor atesora
como las flores fugitiva aurora;
tiene un sol que le abate y le acongoja
y una noche también que la deshoja.

"Ven a mis brazos, ven: yo quiero en ellos
"vivir soñando en ilusión florida,
"pues soñar es vivir, y son los bellos
"sueños del corazón los que adormecen,
"y el desierto embellecen
"do errante vaga la infecunda vida.
"Ven a mis brazos, ven: que parta el rayo
"y rudo quiebre el pedestal del mundo,
"que yo a tu lado, en celestial desmayo,
"a Dios no veré tanto en los enojos
"que la tormenta apura
"como en la lumbre pura
"que brota el fuego de tus dulces ojos".
Así en instantes de pasión decía

el joven trovador a su María,
imprimiendo en su frente
y en su preciosa boca el labio ardiente.

Y luego su cabeza
con vértigos de amor buscaba el seno,
que de suspiros lleno
con fuerza palpitaba
resaltando del ángel la belleza,
en quien la vida al corazón bajaba,
y, sin sangre el semblante,
contrastaba en la pálida mejilla
el azabache de sus tiernos ojos
con el brillo azulado del diamante.
Ojos que de placer se adormecían,
miradas que de amor desfallecían.

¡Cómo era entonces bella!
¡Cómo sublime resaltaba en ella
esa lucha del alma y los sentidos;
esos esfuerzos santos, escondidos
del alma en lo profundo,
con que defiende su perfume de ángel
la tímida hermosura sobre el mundo!

¡Cómo era entonces bella!
Para su copia fiel no alcanza el arte;
que al pincel faltaría
de sus tintas de luz la mejor parte,
para dar a sus ojos la dulzura,
y el cincel del romano quebraría
los detalles de mármol florentino,
antes de dar al cuello y la cintura
la gracia leve y el contorno fino:
antes de dar al seno
las redondas ebúrneas proporciones
que, cual ondas de leche en mar sereno,

al respirar ondulan suavemente,
    dejando transparente
    el movimiento blando
de su sangre en las venas circulando.
. . . .
. . . .

Crepúsculos, callad; callad, estrellas,
la historia de dos almas que vosotros
y los cielos no más han conocido;
para amar y sufrir nacieron ellas
en un mundo de amor desconocido,
    donde la luz del día
no penetró jamás. La noche umbría,
la luz crepuscular desconsolante,
y el fugaz soplo de la vida errante
testigos fueron de su amor un día.

    Si la vista profana
el misterio alcanzó de sus amores,
algo alcanzó de Dios. ¡Ay! no confundan
el terrenal amor de alma liviana
con el amor de Carlos. Cojan flores
y coronen la sien de su María,
pura como el albor de la mañana,
como el rocío de la noche fría
sobre las hojas de una flor!!!
                                        Ninguna
más pura y virginal entre los brazos
suspiró de un amante. Más amada
no hubo tampoco criatura alguna;
    ni más libre de lazos
hubo mujer al mundo más ligada.

"¡Bendición sobre ti! Yo te procuro
"como el huérfano niño a su amorosa
"y virginal hermana. Al pecho mío

"llega tu voz amante, como llega
"un consuelo de Dios, cuando despliega
"su melodiosa voz órgano santo
"en el sagrado Templo, y sube el canto
"entre nubes de incienso a los altares
"eclipsando los pardos luminares.
"Eres mi Dios, mi hermana, mi querida,
"y mi esposa también. Palabras santas;
"dádivas del Señor para la vida,
"puras como las lágrimas del niño,
"tiernas como los besos de la madre;
"palabras, sí, que el corazón no miente,
"riquezas de cariño
"con que adorna mi amor tu blanca frente.

"¿Qué tengo yo sin ti? Penas y llanto;
"llanto frío, infeliz, sublime y santo,
"porque lloro de amor. Tú mi primera
"impresión en la tierra, tú tendiste
"mano de compasión al PEREGRINO,
"y tierna y hechicera,
"*Ven hacia mí,* dijiste,
"arrojando una flor en su camino.
"¿Y olvidarte podré? ¡Mujer hermosa!
"No se olvida la fuente del desierto
"que nos calmó la sed: no la primera
"sonrisa del amor."
Así decía
el joven trovador a su MARÍA,
y de placer lloraba,
y en sus amantes brazos la estrechaba,
y al mirarla tan bella, conmovida
como la sensitiva al tacto humano,
estrechando su mano
repetía su voz: "Luz de mi vida,
"¿quién más bella que tú? ¿Quién más querida?
"Al mirar tu beldad siento mi pecho

"para mi amor estrecho,
"y mi voz de mortal débil y fría
"para decir TE ADORO,
"derramando a tus pies ardiente lloro."
Y MARÍA temblaba
y CARLOS en sus brazos la estrechaba.

—

Porque ese CARLOS, insondable foco
de perpetua inquietud y de constancia,
que allá en su joven pensamiento loco
ama para olvidar, y se recrea
en desechar la idea
que antes buscaba el corazón con ansia:
alma que vive en perdurable hastío
por largas horas de martirio llenas;
que al lado del calor percibe frío,
y en medio del placer inventa penas:
que vuela, busca, ve, toca, delira;
y cuando está en su mano
la posesión de a lo que inquieto aspira,
por algo más lejano
su veleidoso corazón suspira:

Que por estar en su alma las pasiones
envidia los tranquilos corazones,
como al gozar sosiego
la fiebre envidia de amoroso fuego:
esa alma chispa,—exhalación de rayo,
sin rumbo cierto entre la noche umbría,
se convirtió en desmayo
ante el célico amor de su MARÍA.

No era ese amor frenético y ardiente
que arrebata la calma,
más que del corazón de los sentidos;
era esa tierna abnegación del alma,
que ni siente placer, ni dolor siente

sino en el alma del objeto amado;
era ese amor de Dios sobre la tierra
lo que el bardo infeliz tuvo y encierra.
Y ¿durará ese amor? Es muy sublime,
para que dure mucho, el entusiasmo.
Todo deja de ser, y en los amores
sólo el materno amor jamás perece.
El amor degenera; a sus ardores
sigue la calma, y en la calma luego
la amistad aparece,
más duradera si con menos fuego.

El corazón es árbol de afecciones
que florece en diversas estaciones:
hoy se agostan sus flores
y otras mañana lucen sus colores,
ley de insconstancia, triste,
pero ley eternal de cuanto existe.

Esa misma MARÍA,
sin olvidar a CARLOS, quizá un día
sienta en su corazón inquietud nueva;
y el mismo PEREGRINO,
sin olvidarla—pues jamás se olvida
la primer falta ni el amor primero,—
allá en los giros de su errante vida
halle quizá otra flor en su camino;
y él ama todavía
con entrañable amor a su MARÍA.

¿Por qué se mira pálida su frente
y húmeda la pupila,
fija en la última luz que el Occidente
derrama apenas por la mar tranquila?
¿Qué línea cruza sobre el alto cielo
desde el bajel hasta el lejano suelo?
¿Qué tierra estará allí? ¿Qué larga vía

le aparta del lugar do su inclemencia
radiante ostenta el luminar del día,
y do convino la obstinada ciencia
    de pensador profundo,
hacer mitades del terráqueo mundo?

¡Ah! esa enlutada nube
que mira en el confín del Plata sube,
    allí Montevideo...
Y el Peregrino al Occidente mira,
porque en su misma latitud respira.

    Allí Montevideo:
tierra del Plata do pisó extranjera
toda la Patria de la opuesta orilla,
cuando en su misma tierra alzada viera
sobre su noble frente la cuchilla:
cuando huyó del recinto de su gloria,
    llevando la memoria
    de sus tiempos benditos
en dos generaciones de proscritos.

Eres, tierra Oriental, la historia viva
    del llanto y los pesares
de esas generaciones arrancadas
    de sus patricios lares,
    por las manos de fierro
del despotismo en sangre salpicadas:
    y de la llama activa
y secreta de su alma también eres
el libro en que ha guardado su destierro
sus tan cortos instantes de placeres.

Cuando la libertad les vuelva un día
de su Patria infeliz los brazos bellos,
    serán pocos aquellos
    que no lleven prolijos

dulcísimos recuerdos de alegría
entre muchos recuerdos punzadores.
Eres de unos, la Patria de sus hijos,
y muchos—en el alba de su vida,—
sus primeros amores
recordarán en tí y a su querida.

Allí Montevideo:
ciudad que guardas su perdida amante;
bajo tu misma latitud respira
el PEREGRINO errante,
y en medio de los mares
te recuerda y su amor y sus pesares.
¿No le véis? ¡Una lágrima! ¡Suspira!
Escuchad, escuchad... pulsa su lira:

CANTO DEL PEREGRINO

A MARÍA

La misma línea del cielo
cubre tu frente y la mía.
¿Qué haces ahora MARÍA
mientras suspiro por tí?
¿Esos instintos secretos
de los corazones que aman,
a ver el mar no te llaman
pensando, MARÍA, en mí?

MARÍA, mi dulce amiga,
mi ángel de luz en la tierra,
¡cómo en mi pecho se encierra
la imagen de tu beldad!

¡Cómo estás en mi memoria
cual un destello divino
que va alumbrando el camino
de mi negra adversidad!

El precio de tus amores
¡cómo conozco en la ausencia!
Tienes toda mi existencia...
¡bendita seas de Dios!
Fuiste mía por el cielo,
no eres mía por el mundo,
mi corazón sin segundo
te dice del mar ¡adiós!

¡Y tan lejos! ¡Sin oirnos!
No, María, habrá momentos
que puedan los pensamientos
del uno al otro volar;
que conversemos en calma
un lenguaje delicioso,
que el corazón misterioso
sólo alcance a interpretar.

En medio a la triste noche
mira, mi bien, las estrellas,
mis ojos también en ellas
se fijarán con amor.
Su dulce trémulo brillo
me recordará tus ojos,
tus repentinos sonrojos,

Propicio a nuestros amores
a ellas nos concede el cielo,
como un espléndido velo
en la frente de los dos.
Mientras faltes a mi vista,
tus gracias y tu pudor.
como en un espejo terso

te veré en el Universo,
y escucharé hasta tu voz.

Tu voz en el blando arrullo
de la brisa entre las hojas,
o en el plácido murmullo
que hace el arroyo al correr.
Y aquel sello indefinible
del pudor sobre tu frente,
lo veré en esa apacible
lumbre del amanecer.

En las sombras de la noche
recordaré tus cabellos
y en los crepúsculos bellos
tu melancólica tez.
Veré en la tímida luna
el candor de tu semblante,
y, cuando el sol se levante,
de tu sien la esplendidez.

Pondré rosas en mi seno
para aspirar su fragancia,
y entonces ¿qué es la distancia
si allí tu aliento también?
¡Allí! donde tu cabeza
se inclinó pura y serena
cual la más blanca azucena
que se dobla en el Edén.

MARÍA, todo ha pasado,
todo es recuerdo y despojos;
pero no llanto ni enojos
sino valor quiero yo.
Tu alma semeja la mía
en las pasiones, valiente,
ten tan soberbia la frente
cual la que el cielo me dió.

¿No has visto las recias olas
rodar con ímpetu horrible,
y la roca inconmovible,
su tenaz choque burlar?
Así es bello ver los golpes
sucesivos de la suerte,
y el alma constante y fuerte
golpe por golpe parar.

Vive feliz en el mundo
hollando flores tu paso—
si puede en el mundo, acaso,
ser feliz una mujer.—
No me recuerdes, María;
quiero feliz tu destino,
y el que cupo al Peregrino
tiene llanto en el placer.

Yo que he visto una por una
de mi esperanza las flores,
ir perdiendo sus colores
y acongojarse en su albor;
yo que llevo el desencanto
fijo, entrañado en la vida,
como el dolor en la herida,
como en la llama el calor;

yo, que volviendo a los hombres
por un agravio otro agravio,
tengo la risa en mi labio
y el llanto en el corazón,
sufriendo sobre mi rostro
falsa y alegre careta,
por esconder del poeta
el sello de su aflicción;

yo, que en el mar de este mundo
dejo nadar mi barquilla,

sin curarme de la orilla,
oyendo al viento bramar,
conservaré tu memoria
en lo íntimo de mi pecho,
hasta que quede deshecho
mi batel sobre la mar.

Sólo te pido a estas hojas
la última gota de llanto,
y quema luego este canto
con lágrimas de los dos.
Unico ser que desmayas
la fuerza del alma mía,
¡te quiero tanto, MARÍA!,
bendita seas de Dios.

CANTO TERCERO

Al Sr. Dr. D. Valentín Alsina.

Su afectísimo amigo y compatriota

JOSÉ MÁRMOL.

Julio de 1847.

PRIMERA PARTE

En medio de las sombras (1)
enmudeció la voz del PEREGRINO,
y el rumor de las ondas solamente
y el viento resbalando por el lino
sobre el *Fénix* se oía,
que como el Genio de la noche, huía
en las alas del viento tristemente,
alumbrando sus huellas
sobre el azul y blanco las estrellas.

En el siguiente día,
el *Fénix* navegaba
sobre las ondas que el silencio turban
de la tranquila Pampa. — El PEREGRINO,
con los brazos al pecho contemplaba
los mares y los cielos de la patria.
Y acaso recordando
estaba y comparando

la tropical naturaleza hermosa,
que bajo un sol abrasador rebosa
de alegre poesía,
con el frío y adusto Mediodía.

¡Qué bello es al que sabe
sentir con la natura,
pasar al Mediodía
del circo tropical;
y comparar el cielo
de la caliente zona
con el que tibia pinta
la luz meridional!

¡Los trópicos! radiante
palacio del Crucero (2);
foco de luz que vierte
torrentes por doquier;
entre vosotros toda
la creación rebosa
de gracia y opulencia
vigor y robustez!

Cuando miró imperfecta
la creación tercera,
y decretó el diluvio
desde su trono Dios,
naturaleza llena
de timidez y frío,
huyendo de los polos
al trópico subió!

Y cuando dijo *basta*,
volviéndola sus ojos
y decretando al mundo
su nuevo porvenir,
alientos de su boca

los trópicos sintieron,
y reflejarse el rayo
de su mirada allí.

Entonces como premio
del hospedaje santo,
naturaleza en ellos
su trono levantó;
dorado con las luces
de la primer mirada,
bañado con el ámbar
del hálito de Dios.

Y derramó las rosas,
las cristalinas fuentes,
los bosques de azucenas,
de mirtos y arrayán;
las aves que la arrullan
en melodía eterna,
y por su linde ríos
más anchos que la mar.

Las sierras y los montes
en colosales formas,
se visten con las nubes
de la cintura al pie:
las tempestades ruedan,
y cuando al sol ocultan,
lo mira de los montes
la esmeraltada sien.

Su seno engalanado
de primavera eterna,
no habita ese bandido
del Andes morador;
que de las duras placas
de sempiterna nieve,

se escapa entre las nubes
a desafiar el sol.

Habitan confundidos
el tigre y el jilguero,
tucanos, guacamayos,
el león y la torcaz.
Y todos cuando tiende
su obscuridad la noche,
se duermen bajo el dátil
en lechos de azahar.

La tierra de sus poros
vegetación exhala,
formando pabellones
para burlar al Sol;
su luz no necesita,
pues tiene del diamante,
del oro y del topacio
magnífico esplendor.

Naturaleza virgen,
hermosa, radïante
no emana sino vida
y amor y brillantez;
donde cayó una gota
del llanto de la aurora,
nace una flor, y de ésta
nace un jardín después.

Así como la niña
de quince primaveras
de gracia rebosando,
de virginal amor,
no bien recibe el soplo
de enamorado aliento,

cuando a su rostro brotan
las rosas del pudor.

¡Los trópicos! el aire,
la brisa de la tarde
resbala como tibio
suspiro de mujer;
y en voluptuosos giros
besándonos la frente,
se nos desmaya el alma
con dulce languidez!

Mas ¡ay! otra indecible
sublime maravilla
los trópicos encierran;
magnífica — la luz.
La luz ardiente, roja,
clarísima, brillante,
en ondas se derrama
por el espacio azul.

¿Adónde está el acento
que describir pudiera
el alba, el medio día,
la tarde tropical?
¿Un rayo solamente
del sol en el ocaso,
o del millón de estrellas
un astro nada más?

Allí la luz que baña
los cielos y los montes,
se toca, se resiste,
se siente difundir:
es una catarata
de fuego despeñada,
en olas perceptibles
que bajan del cenit.

El ojo se resiente
de su punzante brillo,
que cual si reflejase
de placas de metal,
traspasa como flecha
de imperceptible punta
la cristalina esfera
de la pupila audaz.

Semeja los destellos
espléndidos, radiantes,
que en torbellinos brota
la frente de Jehová,
parado en las alturas
del Ecuador, mirando
los ejes de la tierra
por si a doblarse van.

Y con la misma llama
que abrasa, vivifica
la tierra que recibe
los rayos de su sien;
e hidrópica de vida
revienta por los poros,
vegetación manando
para alfombrar su pie.

Y cuando por las tardes,
al soplo de la brisa,
se parten las montañas
flotantes de vapor,
las luces son entonces
vivientes inflamados,
que en grupos se amontonan
a despedir el Sol.

Enrojecidas sierpes
entre doradas mieses
caracoleando giran
en derredor a él;
y azules mariposas
en bosques de rosales
coronan esparcidas
su rubicunda sien.

Y más arriba cisnes
de espléndido plumaje,
nadando sobre lagos
con lindes de coral,
saludan al postrero
suspiro de la tarde,
que vaga como el pardo
perfume del altar.

La tarde, que parece
mirando las estrellas,
que asoman indecisas
con pálido color,
como las tiernas hijas
en torno de la madre,
cuando recibe su alma,
la mano del Señor.

Si en peregrina vida
por los etéreos llanos
las fantasías bellas
de los poetas van,
son ellas las que brillan
en rutilantes mares,
allá en los horizontes
del cielo tropical.

Allí las afecciones
se avivan en el alma,
allí se poetiza
la vida y el amor.
Allí es poeta el hombre;
allí los pensamientos
discurren solamente
por la región de Dios.

Un poco más, y el mustio
color de las estrellas
al paso de la noche
se aviva en el cenit;
hasta quedar el cielo
bordado de diamantes
que por engaste llevan
aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas,
inspiradoras, leves,
parecen las ideas
del infinito ser,
que vagan por el Eter
en átomos de lumbre,
así que de su mente
se escapan una vez.

Y en medio a ellas, rubia,
cercana, transparente,
con iris y aureolas,
espléndidas de luz,
la luna se presenta,
como la virgen madre
que pasa bendiciendo
los hijos de Jesús.

Así como el entusiasmo
muere al paso de la vida,
y al calor de las pasiones
con los años se resfría,
de los trópicos perdemos
la opulenta perspectiva,
si descendiendo pasamos
al cielo del Mediodía.
Aquí la Naturaleza
cambia de aspecto y de vida,
bajo otro sol y otro cielo
con otros tesoros rica.

No es ya la joven alegre
que voluptuosa suspira;
es la valiente amazona
indómita y atrevida;
y bajo su fuerte imperio
en el corazón palpitan,
no los ensueños bordados
con flores de fantasía,
sino robustas pasiones
armonizadas al clima,
y pensamientos nacidos
de innata melancolía,
prodigios son misteriosos
que la experiencia concilia,
los eslabones secretos
de esa cadena infinita
con que se anudan los hombres
al sol que en su cielo brilla,
al agua que ven sus ojos,
y al aire y tierra que habitan.

Al pie de los cocoteros
y las piñas amarillas;
dè los pájaros pintados
a la dulce melodía;

bajo los mares de fuego
que el horizonte iluminan,
y del hálito caliente
de la perezosa brisa,
la vida no está en el alma,
ni está el alma con la vida.

Parece que el mismo fuego
que a la tierra fecundiza,
agosta la flor del alma
en su primer lozanía.
Parece que faltan fuerzas
a la mente adormecida,
porque la gastan voraces
los sentidos cada día.

Bajo el cenit del Mediodía
es lánguida la luz y desmayada
al Sol el ojo altivo desafía,
y se clava en su frente la mirada.

Siempre de azul y blanco el firmamento,
como de una mujer la azul pupila
nos despierta en el alma el sentimiento
si en el caos de la pasión vacila.

Baja el sol a su alcázar de Occidente
sin esplendor de nubes, silencioso,
llevando alguna vez sobre su frente
una corona de oro luminoso.

Y su pardo crepúsculo, agorero
de vendaval y tempestad lejana
no toca el corazón, toca severo
los pensamientos de la mente humana.

Las hebras del cabello, húmedo el viento
agitan sin cesar, rugen las olas
invadiendo con ímpetu violento
por las rocas estériles y solas.

Escuadrones de pájaros salvajes
huyen buscando sus ocultas breñas,
negras como el color de sus plumajes,
entre los antros de las duras peñas.

Relincha el potro en la desierta Pampa
fijos los ojos en el sol poniente,
y el duro casco con fragor estampa
la crin volando de su altiva frente.

Se anublan los cercanos horizontes;
toda naturaleza desfallece,
y a la par de los cielos y los montes
el alma taciturna empalidece.

Muere lento el crepúsculo del día
con el color de la torcaz pintado,
y llega en pos de sí la noche umbría
sobre el desierto pabellón toldado.

Reina la noche al fin, y de improviso
un relámpago súbito ilumina
el postrimero rayo que indeciso
queda del sol en lámpara argentina.

Y del negro seno
de la nube errante,
un sordo trueno
retumba distante,
vibrando en el aire
la tierra y la mar.

Se rompen las fuentes
en el firmamento,
y el agua a torrentes
en brazos del viento,
desciende sin rumbo
del viento a la par.

Continuo trüeno
distante retumba,
y el viento sin freno
los álamos tumba;
los sauces desgaja,
deshoja el ombú.

Doquier ilumina
relámpago activo,
y el cielo fulmina
sus rayos doquiera,
hendiendo la esfera
su rápida luz.

¡Magnífico, las rocas estériles y solas
en medio de la noche bramando el huracán!
¡Magnífico, el ruido gigante de las olas
cuando a romperse rudas contra la roca van!

¡Magnífico, las nubes que raudas se atropellan
llevando entre su vientre la tempestad veloz
los rayos que la frente del pedernal estrellan
y el trueno que revienta de su fulgor en pos!

Y es bello meditar a los reflejos
de una lámpara triste, en climas tales,
oyendo el trueno retumbar de lejos
y quebrarse la lluvia en los cristales.

Entonces, grandioso se inspira un pensamiento
que sale entre palabras de idioma celestial,
como al lanzar la fuente su vómito violento
en hebras lo deshace de líquido cristal.

Y las ideas al calor responden
que guarda el corazón porque son bellas,
y grandiosas aquellas
que en la nocturna lobreguez se esconden.

El genio duerme cuando nace el día,
y alza sus alas en la noche umbría.

La noche es para el alma creadora
lo que es al fuerte labrador la aurora.

En medio a las sombras el recio Pampero
despliega sus alas y en ímpetu fiero
destroza las nubes, y en negros pedazos
las toma en sus brazos,
y al lóbrego Oriente las tira por fin.

El cielo se limpia, y en mantos azules
cubiertos por ondas de nítidos tules
pajizas estrellas de brillo indeciso
vense de improviso,
aquí solitarias, y en grupos allí.

Y del sonoro río embravecido,
o de la obscura sien de una colina,
con palidez el rostro embellecido
muestra incierta la virgen argentina.

Cual en cita nocturna niña hermosa
oculta en el jardín tímidamente,
sale andando con planta recelosa,
ardiendo el corazón, yerta la frente.

Algún fragmento de rasgada nube
la envuelve en su carrera, y la mirada
pretende adivinar por donde sube,
si alcanza un rayo de su luz velada.

Así cuando en el seno de una bella
una flor divisamos entre encajes,
pensamos descubrir el trono de ella
al través de los cándidos celajes.

Con gracia y majestad lenta camina
despejada y gentil la augusta frente,
y cuando más bellísima ilumina
se esconde entre las nubes de repente.

Cual suele una mujer enamorada,
después de ciego, voluptuoso instante,
pálida, bella, tierna, avergonzada
esconder en sus manos el semblante.

Y de la noche fría,
la luna y las estrellas
apáganse las huellas,
porque despunta el día
sus claridades bellas.

Y asoma en el Oriente
la luz de la mañana,
tan pura, tan lozana
como en virgínea frente
la palidez temprana.

Sus carmesíes tintas
asoma en pos la aurora,
y luego con distintas
arreboladas pintas
su bella sien colora.

Pálido rayo alcanza
las hojas de las flores,
cual suele a los amores
llegar una esperanza
para calmar rigores.

Y en rosas purpurinas
que asoman de su broche,
vacilan peregrinas
las gotas cristalinas
del llanto de la noche.

La pájara entumida
en el mojado nido,
siente la luz querida
que a despertar convida
su cuerpo adormecido.

Y del nido a la rama,
con trinos de alegría
salta contenta, y llama
al pájaro a quien ama,
para cantar al día.

Con ágil cuerpo blando
la cabra trepadera,
rocío destilando
de su vellón, saltando
corre por la pradera.

Corre, vuela, y liviana
sobre la sierra sube,
a contemplar ufana
de la fresca mañana
la arrebolada nube.

Sale el toro sediento
del bosque a la laguna:

bebe, y luego contento
escoge aquel sustento
si este otro le importuna.

Corre el potro en el prado
y de repente vuelca
su cuerpo, y agraciado
sobre el pasto nevado
contento se revuelca.

Y a saludar el día,
con el día despierto,
también con alegría
sin sentir embarazo,
sale el rey del desierto
jugando con su lazo.

Hasta que al fin su esplendorosa frente,
bajo pomposo pabellón de grana,
muestra desde las puertas del Oriente
el poderoso rey de la mañana:
Y con los rayos de su luz fulgente
los valles y las rocas engalana
de esa naturaleza árida, fría,
bajo el cenit azul del mediodía.

¡Veneración en tí, tierra sagrada,
sin montes de oro; poderosa en *Gloria!*
No iluminó tu frente la mirada
brillante del Señor; abrió la historia
a las altas naciones reservada,
y el ángel escribió de la victoria:
TUS PUEBLOS CRECERÁN BAJO MIS ALAS,
TIERRA DESNUDA DE RIQUEZA Y GALAS.

PARTE SEGUNDA

Y el *Fénix* navegaba
bajo ese cielo azul del Mediodía,
sobre las ondas que el silencio turban
de la tranquila Pampa, el Peregrino
con los brazos al pecho contemplaba
los mares y los cielos de su patria.

¡Su patria! ¡Buenos Aires!
¡La altiva emperatriz del ancho Plata;
la mejor perla que en su sien ostenta
la hermosa virgen que dará su mano
en dulce enlace al porvenir humano!

¡El molde de los fuertes corazones!
¿Dónde están sus guerreros afamados,
sus virtuosos varones,
y sus días dorados
por la luz de la gloria iluminados?

¿Por qué surgieron del cegado abismo
sus antiguos tiranos,
y en la noche, otra vez del fanatismo
engrillaron sus manos,
y en rencorosa saña
mancharon en su frente los laureles?

Llora, patria infeliz, tus siglos crueles...
Esa es la herencia de tu madre España.

En su arrogante vuelo
el águila alcanzó tu mortal flecha;
murió en la nube, y te dejó en el suelo
el nidal con sus hijos.

Al trono de los reyes
tumbó doquier el plomo del combate,
pero del tiempo el poderoso embate
no tumbó todavía
el fuerte alcázar de tus viejas leyes.
Ese pueblo tan fiero
si lo busca en la lid el extranjero,
y que a su patria en llamas prefiriera
primero que rendir la azul bandera,
mas que en rudo quietismo
sufre los amos que improvisa él mismo;
y, en medio a los escombros
que acumulan al pie sus propias manos,
lleva sobre sus hombros
con mansedumbre extraña,
vitoreando y contento a sus tiranos;
eso, Patria Argentina, eso es la España.

Ese viejo que miras con enojos
a la extranjera luz cerrar sus ojos,
y que adusto rechaza
cuanto los lindes de su ciencia pasa;
ávido de metal, de genio pobre;
venas sin sangre, corazón de cobre;
terco en ideas, en pasiones duro,
poniendo al pueblo con sigilo y maña
de fanatismo y opresión un muro,
eso es el fraile de la antigua España,
que el Escorial dejando,
disfrazado pisó nuestras arenas,
y apellidóse Aranas o Anchorenas.

Los españoles reyes
jamás alzaron su apocada frente,
para ver tras las ondas del Oceano
aquel naciente mundo americano

en que incrustaban sus caducas leyes.
Esclavo eternamente
en su ciega ambición le presumieron;
y, en error sin segundo,
la voluntad de Dios no comprendieron,
en el mismo aislamiento de ese mundo (3).

Alado el pensamiento,
para su propia gloria
ninguno levantó, y en el futuro
vió ese cambio de mapas y de historia,
que trae el tiempo poderoso y lento
en su curso de siglos inseguro.

Y en vez de padres que educaran hijos
para el saber y la virtud un día,
fueron sólo prolijos
en su larga y pesada tiranía;
por tres siglos cortaron el Oceano
entre Europa y el mundo americano,
dejando solamente
como seguro puente,
el manto real do España se escurría,
y ufana nos traía
en nombre de la Cruz, el fanatismo,
y en nombre del poder, el servilismo.

Y cuando el Andes sacudió su espalda
y arrojó, como polvo, de sus hombros
reyes, cadenas, ignominia y duelo,
sin dejar una flámula española
bajo el hermoso americano cielo,
miró, empero, en su falda
engangrenada y sola
de un trono de tres siglos los escombros.

Los cantos de victoria;
la salva del cañón en las almenas;
la España derrotada; un pueblo joven
que palpaba sus miembros sin cadenas;
y esa voz ¡LIBERTAD! dulce, atractiva
que embriaga el corazón con magia activa;
en risueño alboroto
alucinar supieron
a los bisoños pueblos, que creyeron,
rota la tradición porque fué roto
al vigor de su mano,
el yugo férreo del monarca hispano.

Mira tu error en tí, Patria guerrera,
madre que un mundo de su entraña diera.
¿Crees que los sables de Junín segaron
las raíces que en siglos se internaron?
No; la sangre que corre
empapando las sierras y los llanos,
sin que ni ardiente sol ni viento borre
la mancha enrojecida;
esa lucha de libres con tiranos
en quince años de horror envejecida;
esa es la lucha extraña
con que combate tu naciente vida
la vida férrea de la antigua España.
. . . .
. . . .
Venciste al español, pero tu vida
es de revolución por todo un siglo.
Es la lucha fatal de dos creencias,
de dos tiempos, de dos inteligencias
que la América anida.
Todavía hay España entre nosotros
y la habrá mucho tiempo, aun cuando dora
el sol de Independencia nuestra aurora
como mucho después que asoma el día

guarda el campo la nieve de la noche
y el sueño los sentidos todavía.

. . . .
. . . .

Mas del caos de fratricida guerra
una generación se ha levantado
limpia, cristiana, de esperanzas llena;
como en sangrienta tierra,
palenque de combate encarnizado,
nace sin mancha cándida azucena.

Por los rayos de su época alumbrada
en tu noche sombría,
ha comprendido su misión sagrada,
y émula de la gloria y nombradía
de sus heroicos padres, con la mente
conquistará laureles en la patria,
como aquellos al golpe de sus lanzas
con brazo firme y corazón valiente.

De esa generación el PEREGRINO
verde vástago es; en noche umbrosa
fué de sangre la pila de su frente,
y desterrado de su patria hermosa
va de su época ingrata en el camino,
viendo secarse en la estación florida
las esperanzas verdes de la vida.

Desde el mar, y muy lejos de sus rocas,
ha conocido CARLOS
los cielos de su patria.
¡Calma, mi Dios! La brisa sobre el lino
pliegue sus alas y se clave el pino
sobre el tranquilo mar. Ellos son, ellos
los cielos de su patria, puros, bellos,
como esperanzas cándidas del alma
en el primer amor. Mi Dios, la calma

a los vientos y al mar, del Peregrino
te pide el corazón... Deja que mire
por la postrera vez, quizá, los cielos
que alumbraron su vida y su destino;
que bajo de ellos con placer respire
el aire que de niño respiraba;
que mire el sol que calentó su frente,
la luna y las estrellas, y los velos
de nácar y zafir que contemplaba,
arrullado del Plata dulcemente;
que pase por su sien la misma nube
que por la sien de Buenos Aires pasa;
y que el suspiro que en el aire sube
lo respire también su dulce patria.
¡Miradlo! tiembla en su pupila el llanto
y mirando a su patria exhala el canto.

CANTO DEL PEREGRINO

A BUENOS AIRES

I

Son estos los mares que besan su planta;
son estos los cielos que doran su sien;
allí Buenos Aires, el águila esclava
que hendía altanera las nubes ayer.

¡Oh, Patria! tus días de gloria pasaron,
pasaron las horas benditas de Dios;
tus hijos proscriptos el pan ablandamos
con lágrimas tibias de ingrato dolor.

Así lo quisieron... ¡Silencio! del alma
se legue al olvido la fuente del mal;
si nada nos queda de bien ni de patria,
feliz del que puede tu cielo mirar.

¡Tu sol! ¡tu horizonte! ¡tus nubes! ¡son ellas,
tus nubes pintadas de plata y zafir!
¡Oh, madre! ¡si al hombre faltara la ciencia,
sabría al mirarlas que estabas allí!

Al ver estos cielos a mi alma dirían:
"Nosotras te dimos la luz al nacer,
nosotras velamos tu patria argentina,
y en olas de lumbre bañamos su sien".

¡Cuán bellos tus mares! ¡Cuál alzan henchidas
de orgullo sus ondas, valiente su voz!
¡Oh! vaya en vosotras al suelo argentino
vibrando en las olas mi lúgubre ¡adiós!

¡Oh, mar! si en la tierra proscrito me aguarda
sepulcro extranjero sin llanto ni cruz,
subleva tus ondas; allí esta mi patria;
mis miembros helados arrójale tú.

Mas ¡eh! ¿no habrá un día justicia del cielo,
que puedas ¡oh, madre! tus hijos mirar?
¿También un sepulcro proscritos tendremos
que pedir a extraños, cual hoy un hogar?

¿La nube del crimen que cubre tu frente
no habrá de romperla la mano de Dios?
¿Las manchas de sangre que el suelo enrojecen
no habrá de extinguirlas benéfico sol?

¡Oh, Patria! lo espero. Tú lloras el llanto
que vierte del cielo la aurora al nacer;
con él reverdecen las flores del campo,
y al rey de los astros anuncia con él.

En tanto doquiera verán a tus hijos
sin caer abatida la sien al dolor,

que el pecho orgulloso del nombre argentino,
ni sufre desmayo diciéndote ¡adiós!

II

Venid, proscriptos, con la sien orlada
del infortunio santo que la oprime,
y hablemos de la madre abandonada
que allá sin hijos en cadenas gime;
y una lágrima al párpado asomada,
que la desgracia al corazón exprime,
mezclemos al contarnos de su historia
la obscurecida fugitiva gloria.

Si ¡adiós! dijimos a la patria bella,
venid en derredor de mis canciones,
y suspirando el corazón por ella
hablemos de su gloria y sus varones;
del Plata hermoso que sus lindes sella
con gigantes y ricos eslabones;
de nuestros bosques y su flor mimosa;
de nuestro cielo y de la Pampa hermosa.

Yo soy el trovador, que las inciertas
huellas de mi destino voy siguiendo,
y que al sentir las esperanzas yertas
pulso mi lira y las percibo hirviendo;
canto, y veo tumbas entreabiertas,
los Incas a sus hijos bendiciendo,
y levantando el porvenir la frente,
iluminar de América el Oriente.

Venid; el arpa que tomé en mis manos
cuando del Plata abandoné la arena,
tiene una maldición a los tiranos
que en sus bordones áspera resuena,

y una voz *Libertad* que a mis hermanos
de sacro fuego el corazón les llena;
porque ellos, como yo, secan el llanto
con el calor del patriotismo santo.

Cuando la frente os rinda la fortuna,
yo rasgaré del porvenir los velos,
y a vuestros hijos en su pobre cuna
les contaré de Mayo y sus abuelos;
y cuando triste la extranjera luna
con su pálida luz bañe los cielos,
las sombras llamaré con la arpa mía
de los que habitan ya la tumba fría.

El brazo al cuello de la tierna esposa,
reclinado el infante en la rodilla,
nos encuentre la tarde silenciosa
de ajeno mar en la desierta orilla;
y ocultando a la amiga cariñosa
la lágrima que empaña la mejilla,
enviemos a la Patria un pensamiento
sobre las alas de extranjero viento.

Y en acentos sensibles y prolijos,
antes de dar nuestra cabeza al sueño,
hablemos de la Patria a nuestros hijos
en derredor del encendido leño;
ellos, en su alma los acentos fijos,
cuando el pueblo infeliz no tenga dueño,
irán, ¡Oh Patria! a presentarte helados
los huesos de tus viejos desterrados.

CANTO CUARTO

Al Sr. D. Juan María Gutiérrez

Su afectísimo amigo.

JOSÉ MÁRMOL.

Montevideo, Julio de 1847.

Caro lector, que descansemos quiero
(si lees a cansarte, lo que dudo)
de escribir y leer tan lastimero
verso, de risa y de placer desnudo.
Del primero, el segundo y el tercero
me ha fatigado tanto el son agudo,
que quiero en éste, el cuarto de los cantos,
olvidar tanto afán en versos tantos.

Una palabra: si te llamo *caro*,
sinónimo no es esto de *querido;*
pues, si he de hablarte con verdad y claro,
que a pocos quiero yo ten entendido.
Ni por prurito de imitar el raro
lenguaje de los clásicos, he sido
tentado de llamarte cortésmente:
"*Caro, amigo, benigno, complaciente*".

Nada de eso, por Dios. Caro te digo
porque me has de costar caro algún día,
y tanto, que a ti mismo por testigo

pone de su verdad la Musa mía:
tú solamente gastarás conmigo
el precio de un volumen; y a porfía
yo gastaré contigo cuerpo y alma,
salud, paciencia, bienestar y calma.

¿Sabes tú lo qué cuesta un libro impreso
a su infeliz autor? Más te valiera
ser marido tres veces; dar un beso
a niña de treinta años y soltera;
amar bien a los hombres, y por eso
darles en amistad tu alma sincera;
ser revolucionario con esclavos;
testarudo en hacer de siervos, bravos.

Más te valiera, en fin, nacer dos veces,
buscar a un español a horas de siesta,
emprender un negocio con ingleses,
hacer con porfïados una apuesta,
hablar y no gritar con portugueses;
pues todo esto, lector, menos te cuesta
si quieres escribir, que ver tu escrito
salir en libros mil del manuscrito.

Primero el impresor; casta judía
que quiere por papel plata contante;
en ajustar el precio vase un día,
y un año vase y la obra va adelante;
los cajistas después... ¡Oh la ironía
el sarcasmo del libro más tocante;
adonde hallan *aflige* ponen *dije*,
y el pobre autor corrige que corrige.

Y después ¡ay, el crítico severo!
y sobre todo aquellos literatos
que sólo han hecho un prólogo ligero
de una obra por hacer; y los sensatos

y moralistas luego; y luego el fiero
gramático, empleando sus conatos
en probar que, pues hay ripio y pleonasmo,
el autor es un bestia que da pasmo.

Y luego, y luego, y luego; y hasta el diablo
en la Babel de críticos se cuela.
¿Aquese tonto ves que ni un vocablo
a medio deletrear supo en la escuela?
Pues hasta él, lanzando su venablo,
en criticar el tipo se consuela.
Jura el autor callarse como un plomo,
y escribe el juramento y va a otro tomo.

Pero si el corazón el libro toca,
ya tiene protección. ¡Salud, mujeres!
si yo veo la risa en vuestra boca,
al hablaros de amor y de placeres;
si de mi Lira el ¡ay! tierno provoca
vuestro dulce sentir, divinos seres,
¿qué me importa la crítica importuna,
ni la estrella sin luz de mi fortuna?

¿Qué mayor galardón para el poeta,
mientras la envidia de morderle cuida
que estar una mujer leyendo inquieta
sus versos, ya por el jardín perdida,
ya de su lecho en soledad secreta,
entre las colgaduras escondida,
casi desnuda, pálido el semblante,
y el libro junto al seno palpitante?

¡Oh! si en ese momento de embeleso,
yo hasta vosotras penetrar pudiera,
como el soplo profético y travieso
llegaba a las Sibilas de otra era,
¡con qué placer os pagaría un beso

por cada perla que en los ojos viera;
otro por cada verso y todos juntos,
y otros mil por las comas y los puntos!

No me violentaría, yo os lo juro;
la gratitud es en el alma mía
la virtud favorita, y si perjuro
con alguna mujer he sido un día,
fué por este mi amor eterno y puro
que con todas y más se quedaría,
al verlas en el mundo despiadado
siempre infelices en cualquier estado.

¡Oh! y cuán clara y feliz fuera mi estrella
si hallara en tal instante por lectora,
de esas tantas del siglo alguna bella
que, presa del dolor que la devora,
huye del mundo la espinosa huella,
y triste y sin futuro, y pensadora,
ve, doncella, en la ley del matrimonio,
con Georges Sand, la firma del Demonio!

O algunas de esas otras desgraciadas
que el material esposo no comprende,
al que por ley del mundo están ligadas.
Bárbara ley, que al alma desatiende:
y solas, y al tirano abandonadas,
con lágrimas su pecho se defiende;
pidiendo de rodillas al destino
la ventana y la daga de Antonino (1).

O alguna de esas mil viudas juiciosas
que lloran su viudez porque están viudas,
y, al acostarse huérfanas y hermosas,
rezan por el difunto en voces mudas;
y, al despertarse y contemplar las rosas
de su mejilla, entre esperanza y dudas,

rezan por los que habitan este mundo,
páramo eterno del dolor profundo.

Mundo inhumano; digno de anatema;
fábrica del dolor y del destino.
Tenéis razón, querubes sin diadema,
que del Edén perdisteis el camino;
y ós he de hacer un mundo en un poema
cuando toque su fin mi PEREGRINO:
un mundo tal, que cuando Dios le vea
envidia sienta en su inefable idea.

Será el globo de placas de esmeralda,
para que, andando, contempléis de paso
si van bien los encajes en el halda,
y el atacado del botín de raso;
tendrá de luz espléndida guirnalda,
pero en cuatro horas llegará a su ocaso;
porque el amor se duerme con el día,
y se despierta con la noche umbría.

Tendrá por bosques encantadas grutas
de jazmines y rosas y azucenas,
y árboles muchos de pintadas frutas
con la virtud de la manzana llenas;
y por estrechas y escondidas rutas,
casi a la vista del mortal ajenas,
se hallarán, pavesadas de coronas,
glorietas do no quepan tres personas.

Habrá en ellas magníficas pinturas,
representando en traje y en costumbre
las bíblicas hermosas criaturas,
presidiendo Raquel la muchedumbre.
Y de fuentes clarísimas y puras,
que atornasole la escondida lumbre,

caerá en cálices de oro cincelado,
fermentando al caer, Champaña helado.

Pues tendrá nuestro mundo primoroso
de vino al mar y de café los ríos;
dos cosas que en concierto delicioso
hacen con el amor sublimes tríos:
y de arroyos de giro caprichoso
bajo doseles de arrayán sombríos,
el agua de colonia en las orillas
invadirá por bosques de pastillas.

Será movido el mundo por un viento
tan tranquilo que apenas se adivine,
y que al tocar el claro pavimento,
cuando el día las grutas ilumine,
esparza en delicioso encantamiento
sonidos de arpa, que al vibrar se afine
de Donizetti en la alta fantasía,
de Bellini en la dulce poesía.

Mas nuestro nuevo mundo necesita
un nuevo ser de cosas y de leyes,
y a mi mente también se precipita
un bosquejo de códigos y reyes,
cuya grandeza y novedad me incita
a sacar (como hacían los Virreyes
de mi abuela la España) en un segundo
todo el tesoro de mi nuevo mundo.

Leyes fundamentales del estado.
Primero: "Será un reino indivisible
"democráticamente gobernado
"por mujer, sin parientes, y elegible".

Segundo: "Abolición de lo pasado,
"declarando por siempre inadmisible

"cuanto hicieron los hombres, que no hicieron
"sino enredar el mundo que les dieron".

Tercero: "No cuadrando a nuestros días
"sino la libertad y el sentimiento,
"y para obstar viudeces y porfías,
"se deroga la ley del casamiento".

Cuarto: "El empleo de las viejas tías
"se destierra con ellas a un convento,
"y cesará la maternal tutela
"des que salgan las hijas de la escuela".

Quinto: "No siendo militar la gloria
"de aqueste reino, de hoy en adelante
"exigirá la reina una memoria
"a ciertos generales, y al instante
"disolverá, sin rota ni victoria,
"cuanto ejército de hombres se levante".

Sexto: "CONSTITUCIÓN, ley soberana,
"cada uno hacer lo que le dé la gana".

¿Qué tal el mundo? Apenas un diseño
os he dado esta vez; pero otro día,
dueño del tiempo y de mí mismo dueño,
concluído os lo dará mi fantasía
en un poema; mi palabra empeño;
mas primero os exijo garantía,
de hacerme consejero sin segundo
del monarca mujer; si no, no hay mundo.

Entretanto, mujeres que venero,
deidades del más santo paganismo,
semidiosas, o diosas por entero,
del más sublime y rico orientalismo,
yo, que tanto os procuro, y tanto quiero

vuestro mágico dulce magnetismo,
yo pongo de mi musa los despojos
bajo la tierna luz de vuestros ojos.

Cual las huérfanas flores del desierto
veladas por la luz de las estrellas,
les ofrecen del cáliz entreabierto
todo el aroma que se esconde en ellas;
cual del Sol en ocaso un rayo incierto
débil se ampara de las nubes bellas,
y forma luego espléndidos paisajes
difundido en sus diáfanos celajes...

Parémonos, por Dios, mi lector caro,
y cojamos el hilo de la historia,
que, tal como soy yo, no fuera raro
se perdiese el asunto en mi memoria.
A los veinticinco años no hay amparo
contra una imagen bella aunque ilusoria:
la sangre hierve entre las venas loca,
como el champaña que en el cáliz toca.

Mas ¡ay! diez años más y ya la vida
es una pobre cosa, bien pensado;
es una luz crepuscular tendida
sobre horizonte a medias alumbrado,
do la luz por la sombra perseguida
va perdiendo su brillo entre el nublado:
es un linde entre el Éden y el Infierno,
con un arpa de un lado y de otro un cuerno.

Y volviendo al principio de este canto,
quise decirte allí, y ahora lo digo,
que después de apurar lo serio tanto,
es ameno reir, y si consigo
(si tú sabes llorar) secar tu llanto
con decir vaciedades, yo me obligo

a escribir cien octavas cuando menos
en versos de aire, pero versos buenos.

La rima es para mí tan fácil cosa
que no me cuesta tanto, te lo juro,
como a otros dictar la mala prosa
peores ideas en lenguaje impuro;
es en el mundo la querida hermosa
en cuyas gracias el deleite apuro,
que pródiga en su amor, si la provoco,
me da tesoros y los juzga poco.

Con dos botellas de cerveza blanca
y algo de mal humor, la Musa mía,
en buen palenque, con nobleza franca,
a cuanta Musa existe desafía.
¿Este cartel la vanidad arranca?
¡Y bien! dinero, hazañas, jerarquía,
¿no son de ostentación medios diversos?
Yo no sé qué ostentar y ostento versos.

Y escucha; esta inconstancia en mi poema,
al grotesco saltando de lo serio,
no es tanto inspiración como sistema,
de lo que, ya lo ves, no hago misterio.
El mundo es una orquesta, el cambio un tema,
una orgia vecina a un cementerio,
una luz y una sombra; anda, detente,
así es el mundo y quien lo niega, miente.

El que quiera en el mundo hacer mañana
lo que hizo ayer y hoy, está perdido;
en la inconstancia, la constancia humana
encuentra su verídico sentido;
cambiar es ser constante; esta es la sana
verdad que la experiencia ha recogido;

las cosas son las inconstantes, ellas;
mas no nosotros al seguir sus huellas.

Se adopta una política calmante;
una belleza nuestro amor provoca;
pues sé con la política, constante,
y más constante con la linda boca.
La política se hace intolerante,
y la bella después te sale loca;
¡qué diablos! arrojarlas al olvido
es ser constante con el buen sentido.

Hablar de amor constante y perdurable
es virtud de los tontos y las feas:
y de hombres que obediencia impermeable,
constantes al poder, ostentar veas,
huye, caro lector, huye incansable
si alejarte de hipócritas deseas,
y algo más; porque tales en el seno
llevan sangre de hiel, alma de cieno.

Esos altos y humildes servidores
que viven en redor de los tiranos,
mitad leales, y mitad traidores,
parte de tigres, parte de gusanos,
te cuentan en secreto los dolores
que les causan los grillos en sus manos:
rompedlos—les decís—¿Cómo? ¡qué ofensa!
¿Y la fe? ¿Y la constancia? ¿Y la vergüenza?

Yo esclavo solamente del buen gusto,
el cual por excelencia es inconstante,
he querido cambiar el tono adusto
por un tono más dulce y más picante.
De las reglas del arte no me asusto
porque el arte soy yo.—Tengo bastante;

mi regla es la que arregla por fortuna
mi vida y mis poemas sin ninguna.

Así la vida, el mundo, así los días;
cambios de horas, de giro, de pasiones;
así las infinitas armonías;
así el aire, la luz, las estaciones,
todo en fin, en eternas graderías
de diversos y unidos eslabones,
es un constante giro de inconstante
manera de vivir en un instante.

¡Gloria y veneración a las mujeres!
pues nadie sabe aquesto cual las bellas;
artistas inventoras de placeres,
genios de la inconstancia todas ellas.
Bendición a vosotros tiernos seres,
volubles cual la luz de las estrellas,
que de vuestra inconstancia indefinida
saqué el DIVINO INFIERNO de la vida (2).

"Pero, bien—me dirás,—puedes si quieres
"cambiar de estilo y tono de repente,
"pero de asunto no; si no prefieres
"hacernos un babel impertinente".
Tienes razón lector, y más tuvieres
si dijeras también que hasta el presente
maldito lo que he dicho en este canto,
con ser, caro lector, que he dicho tanto.

Peró también es cosa meritoria
hablar sin decir nada muchas veces;
es talento tan raro, que en su historia
hablan de él con asombro los ingleses.
Fué del genio de Cromwell la alta gloria,
cuando callar quería sus dobleces,
hablar como un francés en las tribunas
y dejar a los lores en ayunas.

Pero ¡ay! ¡de Buenos Aires los archivos
no negarán mi crónica al futuro!
y mi genio entre muertos y entre vivos
nadie lo ha de aplaudir a buen seguro
bien que de ora, a los sabios más activos
yo, con don Pedro de Angelis, les juro
que a los archivos hallarán de modo
que con ver los estantes vean todo.

Es justo, pues, hablar del PEREGRINO;
anudar canto a canto con sistema,
y no volver por Dios al desatino
de jugar con los versos y el poema,
que muchos por jugar en el camino
(tomaremos los ángeles por tema)
pierden el rumbo, y ofuscados luego
pierden cuanto hay por el maldito juego.

Ocupemos el cuarto de los cantos
en hablar del bajel y su equipaje,
que es, por cierto, el bajel uno de tantos
de los que tienen parte en su viaje;
hasta hoy, vive Dios, de los más santos
que se han hecho en tan frígido paraje,
pues ya estamos, lector, sobre la Pampa,
do vino Rosas a buscar su estampa.

Hablemos de ese pobre PEREGRINO
que, en los albores de su edad florida,
no tiene bien, ni patria, ni destino,
ni el seno virginal de su querida;
que ha visto obscurecerse su camino;
y que algún sol benéfico a su vida
se cansó de esperar días y meses,
como a don Sebastián los portugueses.

Ese hombre joven, aburrido, triste;
que ni espera, ni goza, ni delira;

que no tiene más bien de cuanto existe
que las bordonas de su agreste lira,
a cuyos tronos ni su patria asiste
ni el corazón de la beldad suspira,
y se pierden en huérfano concierto,
cual los trinos de una ave en el desierto;

que vió romperse, al deleitar su boca,
el cáliz del placer entre su mano;
y luego, cual las ondas en su roca,
recias batir su corazón lozano
penas, pasiones, esperanza loca,
y ese tropel de viento tan tirano
que habita y se confunde y se dilata
bajo la ronca tempestad del Plata.

Donde la flor más bella se aniquila
antes de dar el cáliz su perfume;
donde la luz más fúlgida vacila
y con su propia llama se consume;
donde al llegar las madres a la pila,
que en agua santa la esperanza asume,
al presentar un niño y darle nombre,
lágrimas vierten porque el niño es *hombre;*

donde el alma está vieja a los treinta años,
blanco el cabello y pálida la frente;
donde brota la tierra desengaños,
y es sangre el suelo y pólvora el ambiente;
donde el padre y el hijo son extraños,
y la virtud y el vuelo de la mente,
y el amor a la patria, son delitos
que hacen tumbas, cadenas, o proscritos.

¿Volvemos a lo serio? Me olvidaba,
perdón, lector, yo debo en este canto
hacer cual Larra, que a la España daba

bajo alegre careta el triste llanto;
porque, al fin, esa España que él amaba,
y el Buenos Aires a quien amo tanto,
bien pueden escuchar del mismo modo,
pues tienen sello de familia en todo.

Ya, pues, hablemos del bajel que habita
el héroe Peregrino de mi historia;
ser de forma y color; ser que palpita,
no bella creación de la memoria
cual si dijera: "la amistad bendita,
la constancia en amores, o la gloria";
ser de carne, de huesos y de venas
materiales como alma de Anchorenas.

Sér que ha estudiado el universo externo
y el otro que hay del alma en lo profundo,
y luego creyó en Dios y en el infierno
viendo los cielos y mirando el mundo;
que conoció una vez al amor tierno,
y ha conocido diez al furibundo,
lo que quiere decir que en once amores
ha tenido uno malo y diez peores.

Ser que gustó del vino y de las bellas,
del café, de la música y las flores;
filosóficas cosas todas ellas
que hacen tanto más bien cuanto mejores;
y si hoy le cansan música y botellas,
y el café le hace mal, mal los amores,
suya será la culpa, que tan pronto
se cansó de ser sabio y se hizo el tonto.

Pues no es *valle de lágrimas* el mundo,
como dice la Salve, nada de eso,
es teatro magnífico y fecundo
de placeres, de risas y embeleso,

donde un año se va, como un segundo,
y donde no hay hastío ni hay exceso;
lo malo es que no se entra sin *Entrada*,
y a nadie se la dan sino comprada.

No hay oro y no hay teatro, esto es lo cierto;
sin entrada se quedan en la calle;
y después ¡ay! ¡el páramo desierto!
¡El ciego mundo! ¡el lagrimoso valle!
Qué valle, ni qué ciego, ni qué tuerto;
échese a sí la culpa quien mal se halle,
que a mí me haría el mundo Papa y Santo
si yo tuviese lo que vale tanto.

¡Pobre de Rosas si en mi mano fueran
cien talegas de plata mexicana,
que en concierto de diez, diez veces dieran
serenatas al pie de su ventana!
Y pobres cuantos muros existieran
de poder, de virtud, de gloria vana;
si, para divertirme unos instantes,
pudiese apedrearlos con diamantes!

Bien, pues: el Carlos del romance mío,
es cual lo he retratado en este canto
donde yo narrador prosaico y frío,
por esto o por aquello he entrado tanto.
Uso ministerial fué este desvío;
recordé al pecador y olvidé al santo
tal es mi Carlos que, al placer ajeno,
va sobre el *Fénix* para el mar chileno.

El *Fénix* es un barco nuevo y viejo,
nuevas las velas, pero viejo el casco,
de lo que ni censuro ni me quejo
porque no sólo el *Fénix* da este chasco.
Pero su andar en popa le festejo

y justo en compararlo me complazco,
con una vieja que remilga el talle
cuando cree que la siguen por la calle.

Pero fuerte, eso sí; bien que hasta ahora
virgen va de peligros y huracanes,
cual aquella legión *restauradora*
que por laureles dió a sus capitanes,
fósiles raros, de color de mora,
y de algún pampa los sagrados manes,
no con acero ni con plomo, muerto,
sino muerto de viejo en el desierto.

Su bandera es chilena, esto me encanta,
pues sé que Chile y Carlos son gemelos;
vistosas flores de vistosa planta,
cuyas raíces están por muchos suelos.
Carlos nació cuando entre gloria tanta
nació la libertad bajo los cielos
bellísimos de Chile, bajo el rayo
que daba el sol del pabellón de Mayo.

Noruego el capitán, Jhompson se llama,
tendrá como treinta años: alto, grueso;
rubio cabello y piel como una llama,
y redonda la cara como un peso;
derecha la nariz, de roja trama,
e hidrópico de rhom, corto el pescuezo,
ojos chicos y azules, pero vivos
y en desconfianza y en mirada activos.

Las cuatro quintas partes de su vida
ha pasado en el mar bien divertido,
y quedóse a la fin de la partida
en animal anfibio convertido;
esta es chanza del mar muy conocida:
igual prodigio fuera repetido

en el señor Mackau, que llegó un día
animalmente hasta la patria mía.

Jhompson, pues, como el mar, ruge, atropella,
corre, brama, destroza, moja y arde;
inventa con el diablo una querella,
y hace de su valor soberbio alarde.
Así es el mar; un potro que domella
y lo monta el muchacho más cobarde.
Gigante que hace ruido con los brazos
y sólo agarra tantos o yerbazos.

En cuanto a su ciencia, no es por cierto
nuevo Draker ni nuevo Magallanes;
ni un continente encontrará desierto,
si acaso no le dan los huracanes
contra unas rocas al buscar un puerto.
En fin, es de esos muchos capitanes
que, como muchos generales, anda
a la merced de lo que Dios le manda.

Pero Jhompson, al cabo es un buen hombre;
es sin lluvia ni rayo un fuerte trueno;
quiere con gritos obtener renombre.
¿Y de Jhompsons, no vive el mundo lleno?
En los hombres de tierra es sólo un nombre
la franqueza leal, pero en el seno
de los hombres de mar es verdad lisa,
sin doblez cual su enojo y cual su risa.

Siempre honrado y sincero es un marino,
y en los peligros siempre generoso:
con la misma verdad que ofrece vino
ofrece una puñada sin reboso;
y fiado a los brazos del destino
de tres cosas no más es ambicioso:
de ver el puerto, de gastar su plata,
y de volver borracho a la fragata.

Embozado en su capa; envuelto el cuello
en cachemira que a su bien amada
velaba en otro tiempo el seno bello;
a media noche, con la brisa helada
que conmueve en sus sienes el cabello,
oyó CARLOS de Jhompson la cansada
historia de sus viajes y amoríos,
debidas sus proezas a sus bríos.

Y después de reir de la inexperta
alma cándida y niña del marino,
de popa a proa la húmeda cubierta
pasea silencioso el PEREGRINO,
ante esa inmensa soledad desierta,
con los golpes de mar crugiendo el pino (3);
hasta que asoma entre la niebla umbría
la débil claridad de un nuevo día.

Y con éste, el concierto de preguntas
de treinta pasajeros al piloto
una a una insufrible, y todas juntas.
¿Cuántas millas anoche? ¿Algo se ha roto?
¿Vese tierra? Allí están, ¿no son las puntas
de Malvinas aquellas? y no hay coto
a tanto preguntar, si no se empieza
por decir que el almuerzo está en la mesa.

¡Qué miscelánea de hombres y mujeres!
¡Qué Babel por fracción y por entero!
Lector, si allí tú vas, allí te mueres.
Mira, allí va un ministro brasilero
con sesenta o más años si tú quieres,
apuntando prolijo el derrotero,
para enviarle después al Instituto,
de su humilde saber humilde fruto.

Allí un doctor en leyes peruviano
gran profesión en el Perú, por cierto!
lo mismo es cazador en el Oceano
o pescador de red en el desierto.
Va con un hijo comilón, malsano,
sucio, tonto, durmiéndose despierto,
y a quien doctor en cánones desea
hacerlo el padre cuando grande sea.

Allí, con su mujer, su queso y vino,
va un genovés; navegador tan lerdo,
tan guapo, según él, y tan marino
que a Gama y Nelson compararle puedo.
Mi buen Giacomo, al dulce florentino
y al fuerte de Jerez grato les quedo.
Ya no hay más, es verdad, pero te juro
que era el Jerez, de lo mejor y puro.

Allí van ¡esto sí! van comediantes,
¡esta sí es buena gente en buen oficio!
Adonde ellos están hay abundantes
momentos de placer, que, excepto el juicio,
todo sobra a estos reyes ambulantes,
siempre francos, alegres, y en desquicio.
Cómicos es lo que hay en esta vida
cuando se tiene el alma desabrida.

Bougainville, La-Pérouse, Cook; muy bueno,
yo veré vuestros mapas otro día;
mi bravo Franklin, esperad, sereno
mañana admiraré vuestra osadía
de jugar con el rayo y con el trueno;
Herschel, después; la noche está sombría,
mi querido Bonpland, tengo embarazo
de acompañaros hoy al Chimborazo.

Atrás toda la ciencia. Atrás la historia

con su filosofía impertinente,
para probarnos que la humana gloria
pasa como los sueños de la mente.
Atrás la inspiración y la memoria;
atrás el hombre con su voz doliente;
que todo esto o es farsa o es veneno
si está enojada el ánima en el seno.

En esas horas en que sufre el alma,
y hay veneno sutil en cada fibra,
y hay en el corazón salvaje calma,
no es con la ciencia, no, que se nos libra
de estado tan cruel; él se nos calma
con un vaso de ponche, que equilibra
el placer y el dolor, y más nos sana,
si es en reunión de vagos charlatana.

¡Mala moral! ¡Ideas perniciosas!
¡Qué diablos! no soy yo quien las concibe;
es la naturaleza de las cosas,
y leyes fijas porque el hombre vive.
Si ellas son sin moral y contagiosas,
no es la culpa de aquel que las escribe;
él mira el mundo, y lo que el mundo enseña
o lo apunta, o lo copia, o lo diseña.

Carlos en medio, pues, de tanta gente
no deja de pasar alegres ratos;
y los instantes son, precisamente,
en que los pensamientos más ingratos
se agolpan como llamas en su mente.
Entonces busca los amables tratos
de los francos y alegres comediantes,
zozobrando el bajel y ellos *cantantes*.

Allí ve a un rey de Atenas en camisa;
a Escipión masticando unas galletas;

comiendo charque a la princesa Elisa,
y a la amante de Eneas en chancletas.
Y todo esto, por fin, le causa risa,
porque también son hombres los poetas,
y en vez de echarse al mar y darse muerte
la da cansado un puntapié a la suerte.

¡Cuán rara y caprichosa es la fortuna!
Entre esa multitud a quien aleja
de sí la sociedad, porque importuna
su vanidad, cuando su tez refleja
como un cristal de transparente luna
que ante su propia expectación la deja,
Carlos, en otros días del pasado,
encontró el corazón más delicado.

Así entre nubes se divisa un rayo
desprenderse de pálido lucero,
entre las noches lúgubres de Mayo
cuando bate sus alas el pampero.
Así entre el arrayán del Uruguayo
suele ver admirado el pasajero,
la blanca flor del aire derramando
en hálitos de amor su aroma blando.

Celina, el corazón del Peregrino
te consagra un recuerdo de los mares,
donde en pos de tu bárbaro destino
ya no lleva más bien que sus pesares
Recuerdo de aquel tiempo cristalino,
perfumado de aromas y azahares,
en que su hermosa juventud se abría
para morir al despuntar el día.

Pero ¡cuánto episodio majadero!
¡Cuántas cosas he dicho y cuántas callo
por no poder decirlas como quiero!

Y en este obscuro laberinto me hallo
por darte gusto a tí, crítico fiero,
de quien ya escucho el tremebundo fallo,
que condena a galeras mi poema
por faltarle *unidades* y sistema.

Algún amigo mío. ¡Como es pura
y noble la amistad de sus deseos;
y fuerte, vive Dios, cual la armadura,
que disfrazó a Ricardo en dos torneos!
¿Qué es sin amigo humana criatura?
Ostras sin Rhin, sandwich sin Burdeos,
usa de vez en cuando una careta,
pero esta es chanza que a ninguno inquieta.

¡Viva mil siglos la amistad! Sin ella
el mundo fuera un ambigú sin pavo.
Mas, ¡ay, amigos míos! por la estrella
que guió los tres reyes, por el bravo
arcángel San Miguel, y por la bella
virgen que nunca he visto y siempre alabo,
os pido que lleguéis a conocerme
y que nunca mintáis por complacerme.

Yo soy un hombre que tranquilo rompo
desde que niño fuí cuanto he querido;
primero mis cometas y mi trompo;
mi cartilla después y mi vestido;
y mi lengua después, y escribo *pompo*
si el consonante a *trompo* se me ha ido;
después mi corazón en mil pedazos,
y del mundo después todos los lazos.

Amo a mi patria. La justicia adoro;
amo la libertad hasta el delirio;
tengo en el porvenir mis sueños de oro;
sufriera por mi Dios hasta el martirio;

amo hasta el polvo, pero nunca imploro
del jardín del amor ni un solo lirio;
que yo también, al fin, una por una
no quiero de sus flores a ninguna.

¿Me traicionan? muy bien, venga la mano.
El tiempo de Luis IX me incomoda
y ni papista soy ni luterano.
Soy un hombre no más... así... a la moda;
propio para soldado; franco y llano
y que a todo en el mundo se acomoda.
¿Mandáis quemar mi pobre PEREGRINO?
Allons diner; las paces con el vino.

Y luego, antes de un mes, otro poema.
Otra vez criticáis y otra vez brindo,
y cada cual porfiando con su tema,
o al fin vosotros me arrojáis del Pindo
o yo os regalo en él, de mi diadema,
una hoja de laurel, y al fin os rindo.
¿Quién ganará? Veremos; por ahora
veamos qué hace CARLOS a esta hora.

Hora de media noche; hora tranquila
y lúgubre en el mar y en las aldeas,
donde, en pos de cenar, dormir se estila
sin pensar en ventanas ni azoteas.
Hora boba en el mar porque no asila
ni una sombra de amor si amor deseas
ni una de esas (hechura de los reyes)
orgías de mucho vino y pocas leyes.

Esta es la hora de la vida en tierra;
hora de intervención y de invasiones
contra el principio de la buena guerra
y el derecho de paz de las naciones.
¡Oh, si saliera el sol cuando la tierra

pide a su media noche los crespones!
¡Hora sublime, en nombre de los sabios,
gracias y bendición te dan mis labios!

Tú sola has hecho más por los humanos
que cuantas leyes hay y cuantas glosas
de los libros sagrados y profanos
desque hay humanidad, leyes y cosas.
Pero todo esto en tierra; en los oceanos
por desgracia de tí no hay más hermosas
que las salvajes ondas, cuyo ceño
si lo ve el corazón le inspira sueño.

No es la hora, en el mar, del sentimiento,
como es aquella en que se apaga el día;
pero es hora sublime al pensamiento
y a los vuelos de la alta poesía.
La vasta soledad, la sombra, el viento,
chocando en el bajel la onda bravía,
dan a la mente indefinible esencia
de religiosidad y de conciencia.

Un rayo incierto de lejana estrella
que se quiebra en las ondas blandamente,
es un alambre eléctrico que aquélla
pone entre Dios y el hombre de repente.
¡Grandeza del Eterno; santa y bella
sombra del cuadro que inventó su mente!
El Peregrino tu grandeza admira,
y entre sombras y mar pulsa su lira.

CANTO DEL PEREGRINO

LA NOCHE OBSCURA

I

Noche, misterio, soledad del alma
¿quién habita tus ámbitos profundos,
que en hálitos de amor vierte la calma
por los perdidos solitarios mundos?

¿Qué angel en proscripción sus alas tiende
cuando oculta su frente el rey del día
y silencioso los espacios hiende
en nube melancólica y sombría?

¿Qué mágica campana el sueño advierte
del Supremo Hacedor, que a sus acentos
se apagan, como el soplo de la muerte,
las luces y las ondas y los vientos?

¡Noche, magnificencia indefinida!
¿Qué humano corazón no ha suspirado
sintiendo el peso de la ingrata vida
en tu templo sin límites sagrado?

¿Quién no ha pensado en Dios cuando derramas
tu balsámica faz sobre los cielos,
y a la conciencia a confesarse llamas
bajo el crespón de tus obscuros velos?

¿Quién te mintió jamás; qué labio humano
no te contó del corazón la historia
y algún pesar recóndito y tirano
que vive torcedor de la memoria?

¿Quién no ha sentido algún remordimiento
bajo tu imperio, dí, noche sombría?
¿Quién no te hizo un noble juramento?
¿Quién no lo ha roto con la luz del día?

¡Noche, consolación! La vital trama
la bañas de un amor puro, sin nombre.
¿Por qué en su torpe confusión te llama
madre del crimen la impiedad del hombre?

Tú no lo inspiras, no; si acaso alguna
fuerza extraña de su alma se lo inspira,
no serán tus estrellas ni tu luna,
ni la sombra sin fin que absorto mira.

Te busca el criminal, porque alma insana
es cobarde si el brazo es temerario;
pero también un templo se profana
y no es padre del crimen el santuario.

Si de sangre infeliz ves una mancha
y torpes manos que el puñal oprimen;
¡ay! que también a una beldad se mancha
¡y lo bello jamás inspira un crimen!...

Tú no lo inspiras, no; tu sacra sombra
tan sólo el canto y el amor inspira,
que siempre inquieto el corazón te nombra
y el son escuchas de la blanda lira.

¿Qué poeta sus cantos inmortales,
su ardiente inspiración, su tierno acento

no ha debido a tus sombras sepulcrales,
madre del corazón y el pensamiento?

¿Qué amante corazón no ha palpitado
entre los brazos de su bien querido,
por tu silencio bienhechor velado,
por tu sombra benéfica escondido?

Por sorprender en la insondable nada
dijo Dios "haya luz" y la luz fuera,
y midió de una vez con su mirada
el lugar de los mundos en la esfera.

Y por mirar al alma en su misterio
"haya tiniebla", dijo, y de repente
alzó la noche su eternal imperio
y vió al alma del hombre transparente.

Paz de los mundos; soledad del alma,
yo venero tu obscuro sacro manto,
porque siento con él nacer mi calma
y la sublime inspiración del canto.

En tus velos la historia de mi vida
con sus penas, su llanto y sus amores
desde mi juventud vive escondida
coronada de espinas y de flores.

No hay un solo recuerdo en mi memoria
que no se enlace con tu nombre luego
y a tí también te deberé la gloria
si alguna vez a conquistarla llego...

Espíritus sin cuerpo, misteriosos,
que respiráis las auras de la noche
y bajáis a las flores silenciosos
a desplegar las hojas de su broche.

¡Las sombras y las olas! fantasmas y vestiglos
los ojos y la mente por el espacio ven.
¿Son estos los abismos do los errantes siglos
del tiempo desprendidos al caducar caén?

¿Acaso los ruidos gigantes que me aterran,
en el caos de siglos los alaridos son
de las generaciones que entre la nada encierran
con su virtud, su crimen, su tiempo y su misión?

¿Y las que ayer cayeron se agolpan y preguntan
si de la herencia suya se conservó la fe,
y las que se despeñan su vanidad insultan
sardónicas gritando: "vuestro legado fué?"

¿Acaso es de su reino la lóbrega caverna
que habitan los etéreos espíritus del mal
después que han apagado la mágica linterna
que alumbra de su paso la huella funeral?

¿De aquí salen, acaso, para el desierto campo
a convertirse en lenguas de fugitiva luz,
y en medio a los sepulcros, al oscilar el lampo,
en lívidas visiones en torno de la Cruz?

¿Acaso ese ronquido que por las ondas vibra
se escapa broncamente del pecho de Satán,
que al sueño, entre las sombras, impávido se libra
mientras las ondas rudas sobre su frente dan?

¿Acaso de estas ondas bajo la mole inmensa
de ese angel maldecido se esconde la mansión,
y con su lecho de olas el renegado piensa
burlar hasta en los rayos su eterna maldición?

¿Incierta peregrina por tan obscuras salas
de los antiguos bardos el ánima tal vez,

y agita por el Eter sus vaporosas alas
en medio de la densa, tranquila lobreguez?

¿Acaso todavía la humanidad contemplan
y cuando de las nubes a saludarla van,
se miran y en su mano las liras se destemplan?
¡Homero! ¿Entre las sombras, suspiras como Ossian?

Pasad del pensamiento; pasad, pasad, delirios,
que al desplegar mis alas entre ilusiones ví...
Pasad, abismos, genios, fantasmas y martirios...
No hay más que la grandeza del Hacedor aquí.

Señor, yo te comprendo: tu espíritu divino
por la creación derramas en hálitos de amor:
la luz, la noche, el viento, la mar, la rosa, el pino,
y el hombre y el insecto, todo eres tú, Señor.

Señor, yo te comprendo; te siento entre mí mis-
[mo;
te miro en una gota del llanto matinal;
te encuentro en estos mares en el obscuro abismo;
te gozo en las delicias del beso maternal.

Te siento en mi conciencia; te toco entre las flo-
[res;
te escucho cuando ruge la ronca tempestad;
te veo cuando asoman los plácidos albores;
y ante tu faz me postro bajo esta obscuridad.

Que vengan donde pulso las cuerdas de mi lira
para saber qué es eso que apellidamos Dios;
para adorar su risa, para temblar su ira,
para postrar el alma y enmudecer la voz.

Noche, misterio, soledad del alma,
yo venero tu obscuro sacro manto,

Sílfides que tocáis a mis cristales
vagorosas en mil nubes de niebla
y me cantáis en himnos celestiales
los palacios y el Dios de la tiniebla.

Fantasmas sin color ni forma humana
que sorprendéis mis ojos de repente
y en diáfana y fugaz sombra liviana
al pasar junto a mí tocáis mi frente.

Almas en confusión que por las salas
corréis del Eter a la vista mía,
y el aire que agitáis con vuestras alas
el calor tibio de mi rostro enfría.

¡Salud todos, salud! sois mis hermanos,
mis hijos y mi ser... sabéis mi vida
con su ambición, su amor y sus arcanos,
en sus dorados sueños sorprendida.

¡Ay! ¡cuántas veces de improviso os llama
solitaria mi voz y en torno mío
relámpago veloz el aire inflama,
y muere y queda lóbrego el vacío!

¡Y una voz y mil voces se difunden
en tristes ayes y cantares bellos,
y seres impalpables se confunden
revolviendo en mi frente los cabellos!

Y a su tacto se agolpan a mi mente
escuadrones de altivos pensamientos,
y arde como volcán mi joven frente,
y ondulan como el mar mis sentimientos.

Y cayendo en raudal celeste riego
sobre mi herida fantasía inquieta,

escribo con febril desasosiego
y soy bueno, y sé amar, y soy poeta.

Bendición sobre tí, del alma mía
madre sensible y del amor y el canto.
¡Ay! quien pudiera detener el día
bajo las orlas de tu negro manto.

II

Adonde del impío que con blasfemo pecho
de su Hacedor reniega por renegar de sí
id, genios de la noche, y del impuro lecho,
atónito arrastradlo para que tiemble aquí.

Aquí, donde perdido desaparece el mundo
llevando hasta la nada la humanidad en pos,
y en medio de las sombras y el piélago profundo
se encuentran con el alma la Eternidad y Dios.

Aquí, donde es un hombre lo que átomo invisible
movido en estas ondas, dentro esta inmensidad;
sintiendo estos abismos en su inquietud terrible,
y el silbo de los vientos, bajo esta obscuridad.

Y aquí donde es un hombre, porque su Dios lo
[manda,
como su Dios potente, como su Dios, un Díos;
y en medio de los mares y de las sombras anda
burlando de los vientos el ímpetu veloz.

¡La sombra solamente! ¡la que anunció el diluvio;
la que vendrá a los mundos con el clarín final!
No vaga en el espacio ni fugitivo efluvio
que anuncie la existencia del lampo universal.

porque siento con él nacer mi calma
y la sublime inspiración del canto.

Por los mares atlánticos mecido,
y al arrullo del viento y de las ondas,
pulso mi triste lira conmovido
bajo tus negras cavidades hondas.

Mañana en otras tierras peregrino,
la yerta tumba extinguirá mi canto;
pero, atraído de tu imán divino,
mi sombra se alzará bajo tu manto.

CANTO QUINTO

La tarde era tranquila. Silenciosas
las olas con placer se deslizaban
por los flancos del *Fénix*, que impelían
del grato abril las auras de la Pampa.
Olas teñidas con azul celeste
y como el cielo que las cubre, claras;
que todo el mar de la templada zona
no tiene de cruel sino la fama
que pregonan los tímidos viajeros,
cuando se ofusca de pavor su alma
al mirarse en las ondas que atropellan
del Patagón las solitarias playas.

El cielo estaba limpio. Majestuoso
el sol para su ocaso caminaba
dorando con su luz los horizontes
y de la mar el manto de esmeralda.
Multitudes de pájaros gigantes
negros como la noche, o como el alba
blancas sus plumas, sobre el mar caían
y a la popa del Fénix se agolpaban.
Seguíanlo un instante, y de repente
levantando del mar sus grandes alas
volaban al Oeste fugitivos
para alcanzar el sol sobre la Pampa,
donde el cañón del Plata, todavía
no ha violado la paz de sus moradas (1).

Todo era triste, religioso, dulce;
es la hora en el mar que más nos habla
en mudo melancólico lenguaje,
el idioma benéfico del alma.
Es la hora en el mar, del *sentimiento;*
hora en que desfallece la esperanza
como el sol en su ocaso: tristemente;
como la luz crepuscular que exhala.
En que sólo se avivan los recuerdos
tristes de lo pasado. En que las almas
en los brazos caén de la memoria
sin valor y sin fuerzas: desmayadas.

Hora en que el navegante retraido
reclinando la sien sobre las tablas,
tiene fijos los ojos en el cielo
y conversa tranquilo con el alma;
o con secreta voz, para sí mismo,
algún romance de su patria canta;
palabras que aprendió de su querida
o de los tiernos años de su infancia (2).
Es la honra del mar. Por sólo ella,
bien se puede arrastrar la dura saña
de las bravías ondas y los vientos,
cuando las recias tempestades braman.

Es la hora de amar (3). ¿Quién navegando
bajo nubes de armiño, derramadas
sobre infinito manto de zafiro,
cuando del sol el horizonte guarda
sus postrimeros pálidos fulgores,
no suspiró por la mujer amada?
¿No oyó a su corazón decir, latiendo:
"¡Si *ella* estuviera aquí!" y entusiasta
la fantasía con pensarlo sólo,
al par del corazón soñó mirarla,
los rizos agitados por la brisa
en los amantes brazos reclinada?

Son misterios del alma indefinibles,
ese imán, esos lazos que nos atan,
cuando ama el corazón, a ciertas horas
a ciertas perspectivas encantadas.

Las horas indecisas de la tarde
en que la Naturaleza arrodillada
ruega al Dios de los mundos que la vuelva
esa luz bienhechora que se apaga,
y en dulces, melancólicos suspiros
parece que en el éter se derraman
sus místicas plegarias, difundiendo
paz y consolación para las almas,
¡sólo el amor y religión inspiran;
sólo de amor y religión nos hablan!

Esas tranquilas horas de la noche,
cuando la luna en el cenit descansa
sobre plumas de cisne su cabeza
y bella y melancólica derrama
espirales de luz pálida y débil
cual suele una mujer abandonada
ir noche a noche a reposar la frente
sobre el mármol que cubre de su falta
la yerta cifra y de su amante el crimen
y solitaria y lívida suspira,
¡sólo el amor y religión inspiran;
sólo de amor y religión nos hablan!

Las colinas, las aguas del arroyo,
los prados con sus mares de esmeralda
y los anchos océanos, cuando apenas
sus olas muellemente se levantan,
¡sólo el amor y religión inspiran;
¡sólo de amor y religión nos hablan!

¡Bello y grande es correr sobre las ondas
donde el alma sin límites se explaya!
y ver la luna, el sol, y las dudosas
horas de los crepúsculos, que bañan
con sus pálidas luces tristemente
del Oceano la ondulante espalda!
¡Y sentir de las olas el murmullo
tranquilo y misterioso, como el alma
en esas horas lánguidas, que late
con las luces y el mar armonizada:
y sentir por la frente deslizarse
los hálitos del mar en tiernas auras
refrescando la sien enardecida,
como el aliento de mujer amada
cuando duerme y suspira en nuestros brazos
al mundo criminal y al cielo casta!

¡Cómo entonces se afinan en el pecho
las cuerdas del amor! ¡Cómo en el alma,
vive la fe de un Dios que la examina!
¡Cómo la eternidad se muestra y habla!
¡Cómo entonces se eleva el pensamiento
más allá de la vida y de los vanos
fantasmas de la mente; y las pasiones
cómo en vez de crueles se hacen blandas!

Todas las concepciones de la mente
son grandes en el mar y son cristianas.
Las más ricas creaciones de los genios
son debidas a él. Byron es nada
despojado de Harold, y necesita
surcar los mares de la Europa y Asia
para crear sus seres inmortales
entre los brazos de las ondas bravas.
La voz de Chateaubriand se olvidaría
puede ser, sin sus *Mártire* ni *Atala*
y sólo los cantó, después que dijo:

¡Adiós! del mar a su adorada Francia,
y las olas atlánticas mojaron
de ese Cóndor francés las blancas alas.

Es grande Ulises por el mar vagando;
y el latino cantor su Eneas lanza
al valladar inmenso de los mares,
de tierra en tierra mendigando patria.

Todo es grande en el mar, todo sublime
como las ondas de su hinchada espalda,
como el rugido de sus hondos senos,
como su inmensidad, como su saña.

Y es fuerza que así sea. No se mira
en redor sino a Dios, en las más altas
ideas de su mente; y ante ellas,
en la contemplación reposa el alma.
La humanidad y el mundo se divisan
por el prisma que forja la distancia,
como a la gota de agua y sus insectos
por el vidrio que el físico prepara.
Lo individual se olvida o desvanece
y sólo en abstracciones se levantan
los vuelos de la mente, comparando
la grandeza de Dios que la anonada,
y el átomo que olvida su miseria
y osa volar sin fuerzas y sin alas.

Tan sólo el corazón desciende al mundo—
al mundo del recuerdo y de las ansias—
y tierno y melancólico suspira
por su Dios, por su amor y por su patria.

Y CARLOS ¡ay!, mi joven PEREGRINO,
alma por excelencia infortunada,
mezcla de león y tórtola que abriga,
hombre que si en titán se trasmudara
y de lo alto del trópico mirase

la tierra por sus mares inundada,
y rodando a sus polos en las ondas
los montes, las naciones y las razas
como el padre del Arca se hincaría
en un místico canto a dar las gracias
al dueño de la luz, diciendo ledo:
"*Así sea, Señor*: aquí está mi alma".
¡Y hombre que sin querer empalidece,
conmovido al aliento de las auras;
que una lágrima empaña su mejilla
cuando débil la luz del sol se apaga,
y vaga una sonrisa por sus labios
así que asoma (como virgen casta
con su pálida tez y ojos brillantes,
que mueve apenas la indecisa planta
a encontrar a su amante, y su mejilla
más se colora cuanto más avanza)
la blanca luz del alba en el oriente
y en pos de ella la aurora iluminada!

Y a Carlos, ¡cuántos pensamientos bellos
no le ha inspirado el mar! ¡Cómo su alma
se ha gozado con él! ¡Cómo han caído
lágrimas de sus ojos, solitarias,
a perderse en las ondas, cual se pierde
en un mar de rigores su esperanza
que tantos años suspiró a la orilla
de la felicidad que ambicionaba,
como un ángel sin alas sollozando
junto a las puertas del Edén cerradas!
¡Cuántos otros como él sobre los mares
al mismo tiempo su infortunio cantan! (4)

Laureado cantor de nuestro Mayo (5),
Varela, Alberdi, que la suerte ingrata
por diferentes mares os conduce
en igual tiempo, con igual desgracia
como arrastra también al Peregrino

lejos, muy lejos de la dulce patria.
Hermanos en virtud y en sufrimientos,
hermanos en valor y en esperanzas,
también alguna lágrima ha caído
de vuestros ojos por la patria amada,
al cruzar solitarios los océanos
en busca siempre de extranjeras playas.
¡También inspiraciones atrevidas
habréis debido al mar, cuando calladas
las horas de la tarde hayan movido
de vuestro genio las hermosas alas!

Guardadlas dentro del alma,
guardadlas, que vendrá un día
en que a la fortuna impía
la postre su mismo afán;
y nuestra sien levantemos
más orgullosa y más noble,
como se levantó el roble
que lo inclinó el huracán.

¡Día eterno de venganza!
¿De venganza? de justicia
en que la mano propicia
de Dios escriba la ley;
y en que del labio de un pueblo,
con la balanza en la mano
la escuche hincado un tirano,
en medio a su sierva grey.

Hemos visto, los proscritos,
nuestros juveniles años,
bajo los cielos extraños
deslizarse a la vejez;
hemos perdido las claras
horas de nuestra existencia,
batallando sin clemencia
la miseria y la altivez.

Hemos visto uno por uno,
como en otoño las hojas,
caer al plomo o las congojas
nuestros hermanos doquier:
hemos cubierto su tumba
con tierra del extranjero,
sin lápida ni madero
para el polvo guarecer.

Hemos visto a nuestros padres,
más de dolor que de viejos,
decirnos: "Ya no más lejos,
me falta la fuerza ya";
y bendiciendo a sus hijos
pasar su alma a otras mansiones
como el sol a otras regiones
cuando en la tarde se va.

Hemos visto al infortunio,
en cuanta faz el destino
puede lanzarlo al camino
del hombre en la adversidad;
que hasta la fuente del llanto
agotando sus enojos,
arrebató a nuestros ojos
la postrer felicidad.

Hemos hecho — es menos fuerte,
infierno, el tormento tuyo,—
abnegación del orgullo
si el honor supo quedar.
Que luchando brazo a brazo
con la miseria la vida,
cuando se cierra una herida
queda otra para cerrar.

Y la Esperanza ¡ay! de todos

astro de aureola esplendente,
nunca nos mostró su frente
sino en incierto trasluz:
cual estrella que a la tarde
en oriente se divisa,
resplandeciendo indecisa
entre la sombra y la luz.

Patria, reina del Plata. ¡Aguila fuerte
que ayer en el plumaje de tus alas
de la España y de Albión viste las balas
envolverse y caer sin ofenderte.

Y bien, madre de glorias, hemos visto
arrancar de tu sien, palma por palma,
con más espinas traspasada el alma
que en la sangrienta cruz la sien de Cristo.

Hemos visto, triunfante tu Tirano,
al carro atar tu frente sin guirnalda,
y a los golpes del látigo tu espalda
sangre brotar para teñir su mano.

Hemos visto sumirte embrutecida
en un abismo de ignorancia y crimen,
y al son de las cadenas que te oprimen
sin osarlas quebrar dormir tu vida.

Y hemos visto también del continente
los pueblos por doquier tender las alas
a recibir las prometidas galas
del rico porvenir que alza su frente.

Y de la libertad la trompa de oro
anunciar en la choza y los palacios,

que de hoy más en su trono de topacios
el labrador y el rey forman su coro.

Y hemos visto también que no limita
en el siglo la vida de tu llanto,
pues esos niños que acaricias tanto
la sangre llevan de la grey maldita.

Y una generación, como una madre,
cuando el alma y el cuerpo tiene impuros,
nunca se reproduce en hijos puros
aun cuando el tiempo a mejorarlos cuadre.

Mas si no de salud, pueblo argentino,
el día vengador no está distante,
en que se embote el golpe de diamante
que descarga en tus sienes el destino.

En que fulmine de venganza un rayo
el dueño de la luz desde su trono,
y de rodillas al vibrar su tono,
se postren los apóstatas de Mayo.

Y tus proscriptos la justicia eterna
venguen más que tus penas y tu yugo,
cuando al cortar el cuello a tu verdugo
laven la mancha de tu frente tierna.

Y ante la ley a compasión ajenos,
porque es alguna vez tal virtud crimen,
en cuantos hoy tu libertad oprimen
el fallo de la ley cumplan serenos.

No desconfíes, no; vendrá esa hora;
como tras largo estío, al suelo en llama,

en fuentes de relámpagos derrama
la tempestad su lluvia bienhechora.

Hombres de nuestro tiempo, conocemos
que el bálsamo eficaz para tu herida,
está en la sangre de tu propia vida,
y con tu mismo humor te curaremos.

Y habrá en tu cénit tempestad y rayo
que purifique al aire y limpie el cielo,
para que en blanco y azulado velo
se extienda el iris con la luz de Mayo.

Ese día vendrá; lo espero. Entonces
vosotros que en los brazos del destino
váis doquier, cual mi joven PEREGRINO.
oponiendo al dolor pecho de bronce,

a quienes desde el mar he dirigido
estas palabras huérfanas de nombre,
pero hijas, sí, del corazón de un hombre
el más infortunado y ofendido;

de quien sólo a su patria llanto debe
y le da con amor sus bellos años;
de quien sólo a los hombres desengaños
y del dolor sin odio el cáliz bebe,

vosotros hallaréis al PEREGRINO.
cuando la libertad os llame al Plata;
y de esas horas en que el mar retrata
la vaga incertidumbre del destino,

cuando al límite el sol de dos regiones
medio oculto en el mar, para una expira

y a punto de nacer otra lo mira,
todos os contaréis las impresiones,

ya del ansiado río en las arenas
al claro de la luna en noche hermosa,
ya en el hogar junto a la tierna esposa
con la amistad de las comunes penas.

Y una lágrima acaso... Basta... ignoro
cómo he dejado deslizar mi pluma,
y de penas pintar tan larga suma
queriendo hacer llorar porque yo lloro.

Quise sólo de un mar dar un saludo
a vosotros que véis mares diversos,
y he escrito ¡vive Dios! doscientos versos
en cosas que mejor es estar mudo.

¡Episodios! manía de mi musa
que enlazada anda siempre a mi manía
de libertad para la patria mía,
cosa que ni la entiende ni la usa.

Sabe hoy de ella, como sabe el necio
de los autores que ignorante cita,
¡oh Corneille! ¡oh, Voltaire! ¡oh, Byron! grita
y al oirse silbar grita más recio.

Su nombre, ¡oh, eso sí! de gente en gente,
cual de champagne en líquidos cristales
se deleitan los labios virginales
en la aromada espuma solamente.

Y vaya esta figura en verso tierno
porque al fin es mi patria de quien hablo
que si no habría dicho: "Como el Diablo
nombrando a Jesucristo en el Infierno".

Mas de mis episodios insufribles
tiene la culpa mi adorada rima
que caprichosa mis caprichos mima
con encantos a mi alma irresistibles.

En la noche jamás tomé la pluma
habiendo antes pensado, y con la aurora
no la dejé jamás sin que sonora
la rima me embriagara en buena suma.

De deliciosos versos los oídos,
son para mí la dulce melodía
con que Platón al despuntar el día
llamaba a sus discípulos dormidos.

Un verso dulce, espirituoso, terso;
si ser dueño de todo yo pudiera,
quiero decir, si *Soberano* fuera,
cambiaría dos hombres por un verso.

Por amor a la rima es que amo tanto
a todas las mujeres que son bellas;
porque una de la otra y todas ellas
los consonantes son de un solo canto.

No te rías, lector, todo consuena:
una hermosa mujer no es otra cosa
que el consonante puro de otra hermosa
cual la palabra *ajena* con la *buena*.

Diversas nada más las iniciales.
Negros, azules, tiernos, brillantinos,
¡qué diablo! todos son ojos divinos
con un mismo poder en sus finales.

Unos hieren el alma poco a poco,
otros con más poder súbitamente;

pero todos acaban igualmente
por nos dejar el pensamiento loco.

Y por ella también en este canto
la estricta regla de unidad se olvida,
que a imitación de viuda condolida
he soltado la risa en pos del llanto.

¡Ah! tengo dos razones; y es la una,
que de todas las reglas más en regla,
la única que poseo es la que arregla
mi vida y mis poemas sin ninguna.

Y a fe que es la mejor por todos lados,
y es la mejor porque la siguen todos,
desde el diluvio hasta los viejos godos,
señores bien en regla desreglados.

Mas ¡las reglas! ¡ah! ya. Cosas del mundo,
un poema, un poema, hombres los hombres,
y todo lo demás nombres y nombres
más esteril, al fin, el más fecundo.

Más allá de la muerte, los rigores
de Nerón Roma maldecir debía,
pues bien, murió Nerón y al otro día
sobre su tumba se encontraron flores.

Mi segunda razón (razón y media):
que quise hacer lo que en Madrid se estila,
que dan por si se anubla la pupila,
un sainete después de una tragedia.

Mas diré mi creencia llana y lisa:
la digestión del español es buena,
y antes de divertirse con la cena,
su estómago preparan con la risa.

¿Y dónde hemos dejado el PEREGRINO?
Contemplando en el mar la luz sombría
que deja el claro luminar del día
al terminar su espléndido camino.

Mentira pasajera de una llama
que se ha extinguido ya... así una risa
en un pálido rostro se divisa
rota ya del placer la frágil trama.

¿Mas, por qué asoma al contemplar la tarde
una gota a su lánguida pupila,
que en el párpado trémula vacila
de sensibilidad haciendo alarde?

¿Por qué? porque las horas
de CARLOS son aquellas
en que la tarde vierte
su parda claridad,
y aquellas en que bañan
la luna y las estrellas
de pálidos colores
la quieta inmensidad.

Con ellas enlazada
la historia de su vida,
suspira al contemplarlas
su triste corazón;
y escucha por el éter
la voz de su querida
en la primer palabra
de su primer pasión.

De aquella criatura
destello de los cielos
aurora que asomaba
con la postrera luz;

a repetir temblando
su amor y sus recelos,
ante la faz sagrada
de misteriosa cruz (6).

Y todo cuanto bello
lo encadenó a la vida,
las horas de la tarde
le traen al corazón...
La luz se desvanece,
y pulsa conmovida
la lira, de las ondas
al misterioso son.

CANTO DEL PEREGRINO

CREPÚSCULO

Con el color de la torcaz y el lirio
tranquilas nubes el espacio pueblan,
y allá el confín del horizonte inundan
ondas de fuego que en la mar reflejan.

Guardado el rostro en azulados velos
cae a su ocaso la vital lumbrera,
pero el cabello destrenzado, flotan
en sierpes de oro sus brillantes hebras.

Púrpura y oro en el ocaso brillan
entre celajes de enlutada niebla,
como entre el manto de la negra duda
los bellos sueños de la edad primera

Púrpura y oro en el ocaso brillan;
y frente a frente de la luz postrera
paso tras paso, con semblante adusto,
la obscura noche al firmamento trepa.

Así las esperanzas alumbraron
mi joven corazón; así con ellas
la gloria y el amor se reflejaban
sobre las flores de mi incierta huella.

Así vino después, como la noche,
el desencanto a obscurecer la senda;
y de gloria y de amor y de esperanzas
un crepúsculo vago se conserva.

CANTO DEL PEREGRINO

DESENCANTO

I

Mi sueño de oro
en noche ingrata,
¡ay! fué del Plata
la libertad;
y de mis ansias
el paraíso,
¡ay! fué el hechizo
de la beldad.

II

Mas ¡ay! mi patria
recuerda apenas

que entre cadenas
su cuello está;
y acostumbrada
la sien al yugo,
ni a su verdugo
maldice ya!

III

Mas ¡ay! el astro
de mis amores
sus resplandores
obscureció;
y entre las sombras
del desencanto,
mi postrer llanto
se deslizó.

IV

El alma tibia,
floja la mente,
indiferente
muevo mi pie;
que en lo más hondo
del pecho mío,
dejó un vacío
mi yerta fe.

V

Cual verde rama
que el viento quiebra
y en débil hebra
cayendo está,
así mi vida

se tiene leve,
en soplo breve
que vuela ya.

VI

Y no del Plata
la luna hermosa,
dará en mi losa
pálida luz;
y no en mi pobre
tumba extranjera
habrá siquiera
benigna cruz.

VII

Bello es el mundo,
bello es el día,
y el alma mía
la eternidad:
alma que late
desencantada,
en su rosada
temprana edad.

Y el arpa del Peregrino
enmudeció el desencanto,
interrumpido su canto
por un ¡ay! del corazón...
Descansó el rostro en su manos
y desagotado el seno,
alzó la sien más sereno
y cantó en lúgubre son.

Canto sentido — del alma—
imagen fiel y sombría
de la palidez del día
que vió morir en el mar;
canto del que todo ha visto
de parecer paso a paso,
como se ve en el ocaso
la lumbre crepuscular.

CANTO DEL PEREGRINO

A EMILIA

En cada instante de la triste vida
hemos dicho un ¡adiós! a una esperanza;
todo es ¡adiós! ¡adiós! y no se alcanza
sino en la tumba el postrimer ¡adiós!

Esta palabra en el dintel del cielo,
nos la sentencia el Dios que nos destierra,
y la vamos diciendo por la tierra
en cada paso con oculta voz.

Todo es ¡adiós! en el presente, todo;
y la vida, vasalla del pasado,
no tiene más derecho consagrado
que el del *recuerdo* para más llorar.

¡Emilia! ¿Dónde estás? Tu pobre hermano
ya no parte contigo su destino
y huérfano, infeliz y peregrino
suspira solo sobre el ancho mar.

Voláronse los plácidos momentos
de nuestra infancia y juventud tranquila
y el llanto nos empaña la pupila
sin que uno al otro consolando esté.

¡Ay, cómo te preciso! Más que nunca
pesa en mis hombros mi cansada frente,
y sólo en torno mío extraña gente
mi alma do quiera suspirando ve!

¡Cómo he sufrido, Emilia! ¡Cómo sufro
con ese desamor amargo y frío,
que contemplo doquier en redor mío
sin ver mis lares ni escuchar tu voz!

¡Cuán amargos, injustos desengaños!
¡Cuánto mi corazón ha suspirado!
Y tú no lo sabrás, pero ha llorado
con agrio llanto tu postrer adiós.

Y más y más la fortuna
siempre ensañada conmigo
vame llevando consigo
¿a dónde, hermana? no sé.
Hoy por el mar batallando
con viento y olas bravías,
mañana por serranías,
por los desiertos después.

¡Ah, hermana mía! ¡Si vieras
qué pálida está mi frente,
cómo enseña transparente
la llaga del corazón!
¡Qué marchito mi semblante,
qué blancos ya mis cabellos!

¡Ah, hermana! ¿Qué es de aquellos
dulces instantes de amor?

Pasaron ya. ¿Los recuerdas?
pobres nacimos: ninguna
sonrisa de la fortuna
nos acarició jamás.
Pero el pan de nuestra madre
con su desvelo comprado,
comíamos a su lado
sin lágrimas que enjugar.

Pronto llevónosla al Cielo
pura, santa, idolatrada,
y en orfandad desgraciada
quedamos, niños los dos.
¡Cómo era buena! lloremos,
lloremos siempre, mi hermana,
aquella madre tan sana,
tan pura de corazón.

¡Aquella madre que al vernos
pasar tan pobre la vida,
iba a llorar escondida
por no causarnos pesar!
¡Ay, cuántas veces dormidos
nos besaría en el lecho,
hinchado de llanto el pecho
y el labio sin murmurar!

Solos quedamos, y vimos
nuestros juveniles años,
siempre en medio a los extraños
viviendo para los dos,
Pero a lo menos tu risa
con otra risa se hallaba,

y mi lágrima encontraba
otra lágrima de amor.

Perdí mi patria. La vida
comencé del peregrino;
vida errante, sin destino,
sin horizonte, sin fin.
Y en ese infortunio santo
de los proscritos, ¡cuán bella
resplandecía mi estrella
desterrado junto a ti!

Tú consolabas mis penas,
tú del futuro me hablabas,
¡ay, hermana, te engañabas
y me engañaba también!
Pero a lo menos tu acento
era puro y cariñoso;
sobre el cáncer sanguinoso,
dulce balsámica miel.

¡Y tu amor! amor de hermana
único santo en la tierra;
gota de ámbar que se encierra
en el cáliz de una flor.
Amor puro, generoso,
inmaculado en las venas,
sin restricción ni cadenas
y eterno en el corazón.

¡Amor de hermana! ¿cuál otro
más dulce tiene la vida?
¿Cuál afección más sentida
ni más íntima su fe?
¿Qué placer no se transmite?
¿Qué sin sabor o despecho

no es magnético en el pecho
fraternal de una mujer?

¡Mi pobre Emilia! ¡tan lejos!
¡Horas de vivir tan largas,
penas tan hondas y amargas,
tanto hastío, tanto mal!
¡Sufrir tanta indiferencia,
ingratitudes, falsía,
sin que mi sien pueda un día
en tus brazos descansar!

Tú no me vendes, no engañas
mi corazón inocente,
ni manchas mi pura frente
con la calumnia ¿es verdad?
¡Oh! nunca, nunca· En el mundo
donde lloro desvalido,
tú sola me has comprendido
y tú me quedas no más. (7).

Como yo nadie presentó a los hombres
un corazón más cándido ni puro,
ni más limpia de mancha en tiempo impuro
nadie tampoco mostrará la sien.

Con raudales de amor el pecho mío
del corazón las fuentes inundaba
y del polvo hasta el sol se derramaba,
siendo mi gloria y religión, querer.

Mas ¡ay! hermana, me avergüenzo acaso
del excesivo amor del alma mía.
No puedo aborrecer; pero está fría,
desencantada, sin poder amar.

Esos hombres que claman entusiastas

el fraternal amor que en su alma sienten,
todos mienten, hermana, todos mienten;
cálculo siempre, pero amor, jamás.

Nunca mi corazón buscó los hombres
sin encontrar ingratos; un amigo
tuve de la niñez; yo le bendigo,
y no recuerdo su inconstancia, no.

Ni un hálito de amor debo a mi patria
y todo cuanto soy debo a mí mismo:
fué de grillos mi cívico bautismo
y solamente mi esperanza, Dios.

Seguiré los reflejos de mi estrella
sin referir a nadie mi destino,
y el que quiera alcanzarme en mi camino
las flores coja que dejando iré.

Si no me inspira el hombre, ¿qué me importa?
Yo tengo el mar, las nubes y los vientos
y un eterno jardín de pensamientos,
rica corona de mi joven sien.

Ahí está Dios y América la virgen;
el Andes y su cóndor y su hielo;
imágenes poéticas del cielo
con que a la bella Libertad pintó.

Ahí está el porvenir; en él mi patria,
la patria rica de opulenta gloria;
no ese rincón ingrato a la memoria
que baña el Plata con vergüenza hoy.

Pues hay inspiración, venga la lira,
yo viviré burlando mi destino,

y el que quiera alcanzarme en mi camino
las flores coja que dejando voy.

¡Adios! mi adorada, mi sincera hermana;
¡adiós! y a tú amigo no olvides jamás;
¡quién sabe si acaso te cuentan mañana
que sólo en el cielo mirarme podrás!

Yo sé que mi vida se exhala marchita
cual flor en desierto que el sol abrasó,
yo sé que la llama que el alma me irrita
las fuentes de vida temprano secó.

¡Quién sabe qué tierra me cubre extranjera!
¡quién sabe si tiene mi tumba una cruz
que en medio a la noche la parda lumbrera
alumbre tranquila con pálida luz!

¡Feliz si entibiara la cruz de mi fosa
el sol que en mi cuna doraba mi sien!
¡Feliz si a su lado creciera una rosa
del agua del Plata regada también!

No olvides, Emilia, jamás a tu amigo
y ten, si le nombras, orgullo de tí.
¡Ay! ¡si alguien llevara mi nombre consigo
no herede mi suerte pero mi alma sí!

¡Adiós! mi querida, mi sincera hermana,
de en medio a las ondas te envío mi ¡adiós!
si nunca nos une la suerte tirana,
que el mundo te quiera, bendígate Dios.

———

CANTO SEXTO

Al Sr. D. Diógenes Urquiza

dedica el

Sexto Canto del Peregrino

Su amigo

José Mármol.

A LA LUNA

Duerme tranquilo el mar, sueño profundo,
sin que agite su sien brisa importuna,
y se levanta la redonda luna,
como el ojo de Dios mirando al mundo.

Un finísimo rayo de su frente
llega trémulo al borde del navío,
y en la espalda del líquido sombrío
se mueve cual bellísima serpiente.

Al astro envuelve cenicienta nube,
y de la lumbre de su frente luego,
más el reflejo que la sombra sube
y el linde dora en espiral de fuego.

Sigue trepando en carro de diamantes
al cenit de la bóveda azulada,

y la sierpe se expande, y transformada
queda en lago de chispas rutilantes.

¿Qué mágico pincel pintar podría
un sòlo rayo de su luz hermosa?
¿En qué tinta el color encontraría
de un arrebol entre una nube umbrosa?

Si el dulce ruiseñor de Los Consuelos
pisara este bajel, él te cantara,
tímida virgen, en los altos cielos
de suspiros y lágrimas avara.

Y a su voz de letal melancolía
murmurara de amor el mar sombrío,
y en torno se agolparan del navío
los peces a la dulce melodía.

¿A quién buscas, viajera de la noche,
sobre este llano de aridez eterna,
do nunca al rayo de tu luz tan tierna
abre una flor su perfumado broche;

do nunca una beldad triste suspira
de su balcón en las heladas rejas,
y al dar al viento sus sentidas quejas
alza sus ojos y tu rostro mira;

do nunca una mujer junto a una losa
hincada llora su perdido fruto,
pagando el triste maternal tributo
bajo tu luz tranquila y misteriosa;

donde no hay sino espacios infinitos,
brisas que corren las llanuras solas,

y el lúgubre quejido de las olas
bajo los rayos de tu luz benditos?

Gracias, ángel que velas los pesares,
casta beldad de adormecidos ojos:
tú calmas dulcemente los enojos
del viajador errante de los mares.

El conmovido mar se magnetiza
tocado apenas por tu blanco rayo,
y al contemplar su lánguido desmayo
pliega sus alas con temor la brisa.

Como genio del mar el bajel vuela,
murmurando las olas mansamente,
y el triste marinero alza la frente
a ver tus rayos en la blanca vela.

¡Bendita, entonces, tu tranquila lumbre,
del sol ardiente pálida memoria!
Ella trae de nuestra misma historia
recuerdos mil en grata muchedumbre.

Uno derrama silencioso llanto,
otro canciones de su patria canta;
pero todos recuerdan, virgen santa,
en el bajel bajo tu dulce encanto.

Ya estás en el cenit; bendita seas.
Ya iluminas la sien del PEREGRINO;
ya escucharás su amor y su destino
cuando en tu rostro sus miradas veas.

Oye, casta beldad, perla del cielo,
el ¡ay! de un corazón que Dios no quiso

que el molde original en que le hizo
diese otro semejante al triste suelo.

Oye de su dolor las justas quejas
en el albor de su infelice vida,
y toque y cierre su profunda herida
el dulce rayo que de Dios reflejas.

Aquí desde un bajel perdidos llora
amor y patria y juventud temprano,
y al arrullo del viento y del Oceano
pulsa su lira y la esperanza implora.

Es benigna tu luz, cual la mirada
de tierna madre a desgraciado hijo,
ven, y en su pecho su dolor prolijo,
cálmale con tu luz inmaculada.

Su amante madre le robó la muerte:
a su tierra natal la tiranía;
y del mundo también la hipocresía
robó su amor y su temprana suerte.

Huérfano como el lirio del desierto
lo abrasa el sol y el viento lo deshoja;
ven, blanca luna, ven, y su congoja
hable y suspire con tu rayo incierto

A LAS ESTRELLAS

EN EL MAR

Sobre la mar tranquila
suavemente vacila
la blanca luz de la lumbrera hermosa.

Rutilan las estrellas
y el mar a todas ellas
las duplica en su frente majestuosa.

Allí están chispeantes
los fulgidos diamantes
del manto azul del César de los cielos.
Con quienes los querubes
juegan entre las nubes
sus luces apagando con sus velos.

Allí está ese misterio
del eternal imperio
en todo su esplendor y poesía:
allí están los puñados
de mundos inflamados
que tiró Dios sobre la noche umbría.
Allí están, como fueran,
cuando juntos cayeran
a la urna sin fin del Universo;
cual serán en la hora,
en que anuncie sonora
la trompeta final el día adverso.

Allí están sin asiento,
por el divino aliento
suspendidos en medio del espacio,
y con magia encantada
arrastrando imantada
a la mente sus rayos de topacio,
¿Qué magnético encanto
irresistible y santo
hay en vosotras, trémulas estrellas,
que robáis con cariño
las sonrisas al niño,
y al anciano recuerdos y querellas?

¿Qué relación existe
entre este mundo triste
y vosotras, alegres y radiantes?
¿Qué tiene vuestro rayo
con el mortal desmayo,
con las penas del hombre palpitantes?

Decidme: vuestra lumbre
de grata mansedumbre
¿tiene algo de común con los mortales?
¿Vuestros rayos supremos
acercan los extremos
del hombre y de los seres divinales?

¿O, cual dicen las fablas
de las antiguas hablas,
sois de todos clarísimos destinos
y cuando nace un hombre
lleva un astro su nombre
y le marca en la tierra su camino?

Si lo sois, descubridme
el misterio, y decidme:
cuáles los astros son de los tiranos,
y podré aunque de lejos
maldecir sus reflejos,
ya que no sofocarlos con mis manos.

Y señaladme cuáles
con rayos virginales
son los que alumbran la virtud sagrada,
para poner mis sienes
a recibir los bienes
de su divina lumbre inmaculada.

Enseñadme cuál fuera,
quien a mi patria hiciera

surgir brillante de su noche umbría;
para clavar mis ojos
en su rayo, y de hinojos
veneración rendirle el alma mía.

Y cuál la roja estrella
que sus rayos destella
en su senda de lágrimas ingrata;
para pisar contento
sus rayos un momento
en el agua o cristal que los retrata.

Y del triste destino
del pobre PEREGRINO
¿cuál es, decid, la inapiadada estrella?
¡Ay! ¿será aquella acaso
que se hunde en el ocaso,
las ondas de la mar tocando en ella?

¡Cuántas veces al lado
de su ídolo adorado,
allá en las noches de su patria hermosa,
"esa es nuestra," decía,
enseñando a MARÍA
en el cenit azul la más preciosa!

Y fijando, la bella,
sus ojos en la estrella,
"que velen nuestro amor sus resplandores"
decía en embeleso,
recibiendo en un beso
el premio a sus angélicos amores.

¿Dónde están las dulzuras
de esas horas tan puras
deslizadas en tiempo cristalino?
¿Dónde el bello tesoro

de los delirios de oro?
¿dónde la juventud del PEREGRINO?

¿Dónde está la querida
de su temprana vida?
¿Dónde en el cielo la preciosa estrella?
¡Ay! ¿será aquella acaso
que se hunde en el ocaso
las ondas de la mar tocando en ella?

Viene el día
quieto el cielo,
no hay un velo
ni un indicio
de impropicio
vendaval.

Fresca brisa
mueve el pino
en camino,
balanceando,
coqueteando,
con el mar.

Olas leves
con espumas
como plumas
de rizada
nacarada
redondez,

a los bordes
de la nave
en suave
curso llegan,

y se pliegan
a su pie.

Y del barco
por las huellas
cantan ellas
dulce canto,
como llanto
de torcaz,

o murmuran
de que aliente
quien valiente
turbe el sueño
halagüeño
de la mar.

Ya vese
que sube
la nube
que forman,
de pardos
colores,
vapores
del mar.

Y hendiendo
a la fina
neblina
la vista,
se puede
la frente
de oriente
mirar.

Un tenue
rosado
pintado
se mira,
al borde
lejano
del llano
del mar.

Y un arco
de plata
dilata
sus luces
en débil
anillo
de brillo
fugaz.

Aún en tinieblas
tristes y solas,
sobre las olas
corre el bajel.
Un día nuevo
ya se divisa
y fresca brisa
viene con él·

Es la paloma
que se despierta
y corre incierta
por ver el sol:
es el jilguero
del Océano,
que canta ufano
el arrebol·

En el velamen
y los cordajes,
forma paisajes
la media luz;
son la arboleda
del mar desierto,
do asoma incierto
débil trasluz.

Sobre la popa
el PEREGRINO,
ve el matutino
suave color;
su mies el alma,
su hoz los pesares,
y es de los mares
el labrador.

El alba una por una
apaga las estrellas,
y pálida la luna
desmáyase con ellas.

Y al borde de occidente
corre a ocultarse fría,
por no mirar la frente
del que ilumina el día.

El que la da un tesoro
de pura luz preciosa,
llega en su carro de oro
para mirar su hermosa;

pero es mujer la luna,
y es como tal, ingrata,

sin compasión alguna
con quien mejor la trata.

Cual de virgínea frente
la juvenil tersura,
se esparce en el oriente
bellísima blancura.

Un rayo de la aurora
la nitidez esmalta,
y el cielo se colora
y el agua se esmeralta.

La nave está plateada
con un reflejo vago,
y muellemente nada
cual cisne sobre un lago

Y el joven PEREGRINO
contempla indiferente
un día sin destino,
un alba sin oriente.

Sus ojos al ocaso
de vez en cuando gira,
pero aún el tardo paso
de la tiniebla mira.

¿Qué quiere tras las solas,
las únicas tinieblas?
¿Qué maga de las olas
procura entre las nieblas?

¿Qué inspiración creadora
su ojo en el mar procura,
que no está de la aurora
bajo la luz tan pura?

¡Ay! que en la ciencia sabe,
y en el latir del pecho,
que no pasó la nave
la altura del Estrecho;

y que la mar quebrada
que al occidente viera,
bien cerca y bien amada
le anuncia una ribera!!

Mudo su labio luego
y hablando al corazón,
reza en secreto un ruego
en tímida oración.

ORACION DEL PEREGRINO

Gloria, Dios, que de tu boca
a los hálitos fecundos,
la nada brotara mundos
y las tinieblas la luz!
¡Gloria a Tí, gloria a tu Hijo,
que en horas de sed y muerte
vino a darnos agua y suerte
con la sangre de la Cruz!

Bajo las bóvedas puras
del templo de la mañana,
postrada mi alma cristiana
sube a tí mi corazón.
Y en medio a los valladares
solísimos de un océano,
escucha, Dios Soberano,
mi purísima oración.

Perdón, Señor, para aquellos
que olvidan tu santo nombre,
y tu bendición al hombre
que te busca en su orfandad.
Tus ojos vuelve a este mundo
que rueda en tiniebla umbría,
y llegue a la patria mía
un rayo de claridad.

Luz a mi patria, Dios bueno,
y el fuego de tu mirada
sobre la tierra yermada
seque la sangre infeliz.
Paz y amor en mis hermanos;
odio y penas al olvido;
abrazo al que fué vencido;
abrazo al que fué feliz.

En sola una sien fulmina
el rayo de tu venganza,
pues si tu perdón alcanza
fuera un crimen tu perdón.
Los árboles lloran sangre,
las rocas del Plata gimen.
Señor, por tan negro crimen
no ruega mi corazón.

Y mientras llegan los días
de paz y de amor benditos,
vela, Señor, los proscritos
en su santo padecer.
Que unos al hielo del tiempo,
y otros al de sus congojas,
todos van viendo las hojas
de la esperanza caer.

Niños dejamos la patria,

y vamos llegando a viejos,
siempre en borrasca y más lejos
del puerto de salvación.
Nos va cubriendo uno a uno
la tierra del extranjero.
¡Ay! ¡que la fe no es de acero!
Tennos, Señor, compasión.

Queremos paz y justicia,
¿no somos, Señor, cristianos?
Maldecimos los tiranos,
¿no os complacemos, Señor?
Gloria ¡Dios! pues si el destino
todo a mi patria ha robado,
tu bondad le ha conservado
en nosotros el honor.

Y a mí que en batirme se place el destino
cual baten la nave los vientos y el mar;
a mí que me cansa mi errante camino
sintiendo la fuerza de mi alma cesar;

A mí, Dios bendito, tus justos enojos,
ya sé que no es mucha mi humana virtud·
Castiga mi vida, mas no mis despojos,
te pido en mi patria mi pobre ataúd·

Abrió el alba sus puertas de plata
sobre goznes de perla y topacio,
y mostró de la aurora el palacio
sostenido en las olas del mar.
Sus jardines de luces esparcen
muchedumbre de rayos por flores
que matizan con tenues colores
de los cielos el limpio cendal.

Olas y olas y espacio do quiera,

y en el centro del mar una pira
cuya llama en boreales expira,
en el cénit y al fondo del mar.
Salve, espléndida virgen del día;
maravilla que el mar atesora;
¡ay, si el genio del mar se enamora
en su amante tu rara beldad!

Eres bella mirada en los campos
entre cuna de bosques y lomas,
mas, ¡cómo eres sublime si asomas
sostenida en las olas del mar!
¿Quién os pinta las mil espirales
de esos juegos de luz diferente,
cual las aguas de artística fuente
que se escapan en giro fugaz?

Allí están los colores del iris;
allí brillan del ópalo aquellos,
reflejando su luz todos ellos
en la hermosa esmeralda del mar.
Te descubres y el alma se alegra,
y en secreto se expande la vida,
pues en tí y en las flores se anida
misterioso un aliento vital.

¡Ay de aquel que al mirarte no siente
de esperanzas y amor un destello
y de Dios no comprende lo bello
cuando doras los cielos y el mar!
Son los lazos del hombre y el ángel,
de la aurora los bellos colores,
la armonía, la tarde, las flores
y la casta y risueña beldad.

¡Salve, salve, magnífica aurora,
cabellera de alado querube

que esparrama sus rizos, y sube
de bañarse en el centro del mar!
Allí está un laberinto de rosas;
allí cisnes en lago azulado,
salve, salve, bosquejo alumbrado
del jardín primitivo de Adán!

Que no invada tu plácido alcázar
el soberbio monarca del día,
¡ay! que entonces la bella arquería
cae deshecha en las olas del mar!
Que sus rojas oleadas de rayos
no derrame en tus suaves jardines
¡ay! que entonces los blancos jazmines
y las rosas quemadas serán!

Sí, conserva tu ramo de luces
en su hermoso jarrón de esmeralda,
y una flor llevará a su guirnalda
quien recoge las flores del mar.
Quien con alma y con ojos cansados
teme al sol y las sombras adora,
y la luz la procura en la aurora
o en la tarde, la noche al llegar.

Ya la cándida luz de la mañana
desapareció en los límites de oriente,
y en su pomposo pabellón de grana
descubrió el sol su poderosa frente.

Ya perdióse la plácida y tranquila
cambiante luz de la risueña aurora.
y al fijarse en oriente la pupila,
herida por el sol, trémula llora.

Así se desvanece al puro y tierno
primer albor del corazón humano,
cuando de las pasiones el infierno
alza en el alma su poder mundano.

Eres creador, ¡oh, sol! en tu camino
hombres y mundos con placer te miran;
gracias por los demás: el PEREGRINO
sólo canta tus rayos cuando expiran.

Ama la tarde como busca y ama
en pudorosa virgen la tristeza,
y a su alma choca tu radiante llama
como mujer de lúbrica belleza.

Foco eterno de luz, padre del día,
el mundo adora tu esplendente huella,
gracias por los demás: CARLOS daría
cien soles como tú por una estrella.

Ostenta el genio sus lujosas galas
en el tranquilo reino de la noche;
el amor y la fe baten sus alas,
y abre la flor su delicado broche.

CARLOS contempla en tu brillante imperio
la inspiración de su alma sin colores,
llorar su amor la ausencia del misterio,
y heridas por tu luz morir las flores.

Es un hombre no más bajo tu lumbre,
y en medio de la noche es un poeta:
lo arrastra con tu luz la muchedumbre,
y es solo y ángel en la noche inquieta.

Jamás le diste inspiración ninguna
ni hojas de mirto a su secreta historia,

y debe al rayo de la blanca luna
mucha felicidad y mucha gloria.

Pasa sobre el cenit, rey de los astros,
baña de luz tu espléndido camino,
que no hecha flores en los claros astros
el obscuro y altivo PEREGRINO

CANTO DEL PEREGRINO

SÚPLICA

Espíritu del alma que conducís la mente
con misteriosas alas más lejos del presente,
más lejos de las cosas que nuestros ojos ven;
y donde ya la lumbre del porvenir vacila,
y donde con tu rayo no alcanza la pupila,
llegáis y con vosotros el ánima también:

Venid, y arrebatada mi herida fantasía,
que llegue en vuestras alas hasta la patria mía
tras las obscuras rocas que miro en confusión.
Son ellas de mi patria la poderosa mano
que en el confín detiene las ondas del Oceano
para escudar los prados que habita el Patagón.

Arrebatadme el alma para poder de hinojos.
reverenciar la tierra que niegan a mis ojos,
empero que es mi patria, la dicha de mirar.
Y pueda con la mente palpar esos parajes,
de virgen poesía magníficos paisajes,
que están tras de las rocas que miro desde el mar.

Y pueda con la mente mirar en sus regiones
aquellos colosales soberbios patagones,
sin freno dominando su indómito corcel;

y cual la rauda flecha de su carcax de cuero,
y cual las raudas alas del silbador pampero,
pasar de los desiertos el último dintel.

En su tostada frente las coloradas plumas
y piedras cristalinas que cubren las espumas
del mar que se derrama par el Estrecho allí:
en el nervoso brazo la desmedida lanza;
y en los desnudos hombros el ancho *quillapí*

Y verlos en la tarde, cuando la tribu acampa
de soledad rodeada sobre la inmensa pampa,
huyendo su presencia los potros y el yajá
y verlos sin cuidarse de huella ni de rastro,
confiados en su marcha, del brillo de algún astro
que asoma y con su rayo la brújula les da.

Y verlos levantarse, con su salvaje calma,
y al lomo de sus potros cual a segura jalma,
saltar y estar el hombre clavado al animal.
Y luego como el viento cruzar rápidamente
su patria—los desiertos,—do queda solamente
de América su madre la forma original.

Su patria—los desiertos,—de cuya vasta orilla
no osó ir más adelante la gente de Castilla
para matar sus hijos en nombre de la Cruz.
O acaso para darles la lengua que no escucho
ni el arte ni las ciencias, y que dejó por mucho,
por único recuerdo de bienes y de luz.

Y pueda con la mente llegar hasta la roca
donde se quiebra el Andes y en el Estrecho toca
de su cadena inmensa como último eslabón.
Y ver sobre la tierra donde nací la vida
la frente de los Andes quebrada y abatida.
rindiendo a los desiertos honor y admiración.

Y pueda de una en otra por las montañas largas
que el rayo de la aurora reciben en sus bargas
correr las cordilleras que por mi patria van;
hasta que llegue al pico soberbio de Aconcagua
donde fermenta eterno, dentro profunda fragua,
para quemar las nubes el sin igual volcán.

Y cerca de los cielos, del cráter a la orilla,
sobre la eterna nieve doblada la rodilla,
saludaré entusiasta la patria en que nací.
Y lleno de recuerdos e inspiración entonce,
pulsando las bordonas de mi laúd de bronce,
la gloria de sus armas le cantaré de allí.

La gloria, que al reflejo de sus fulgentes brillos
deslumbrará en diez siglos el león y los castillos
que el godo levantara por símbolo español,
cuando al brillar el oro del estandarte ibero
los otros apagaban su brillo pasajero,
cual hacen las estrellas al asomar el sol.

Que porque son doradas las hojas de su historia
mostrando en cada letra de su opulenta gloria
que en españolas venas no hay sangre sin valor,
fué grande de mi patria la coronada hazaña
de haber hecho pedazos el pabellón de España,
cercado de adalides del castellano honor.

Mirad de ese Aconcagua sobre el cristal de hielo,
do paran sin aliento los cóndores el vuelo,
la conocida huella del argentino pie.
Corred para mirarla también en Uspallata,
que no es el argentino la cordillera, ingrata,
como los anchos valles que el occidente ve.

Sobre ella palpitaron valientes corazones

marchando por la nieve soldados y cañones,
haciendo entre las nubes el pabellón lucir.
Y encima de los Andes—con hecho sin segundo,—
jugando iba mi patria, del porvenir de un mundo.
los dados que debieran la suerte decidir.

Afronten mis pupilas el descubierto rayo
que se quebró algún día sobre el fusil de Mayo
que hería de los cielos el transparente tul;
y atónitas contemplen los hondos precipicios
por do bajó al impulso de santos sacrificios,
para cubrir ingratos, el pabellón azul.

Desde Aconcagua puedan los ecos de mi lira,
a Chile que grandezas y libertad respira
de Chacabuco hablarle y hablarle de Maipú;
y un eco discurriendo del Andes por la cima
repita entre cien otras las de Ayacucho y Lima,
mezclando entre victorias Colombia y el Perú.

¡Mas, oh, la patria mía se paga con su gloria!
Fué sola en otros tiempos, y sola en la victoria,
mañana a sus tiranos abatirá la sien...
Yo cantaré en la cumbre de los altivos Andes,
la fe que sostuviera los corazones grandes
de los que ya a sus plantas los luminares ven.

Yo cantaré victorias sin pronunciar enojos;
yo miraré los pueblos, sin fulminar mis ojos,
que tras la cordillera sobre la mar están,
y el porvenir de todos saludaré en la cumbre,
bañado de otros tiempos en la fulgente lumbre,
mientras despido aquellos que túrbidos se van.

Y en tanto que mi lira sobre Aconcagua loa
los pueblos que salpican las ondas de Balboa,

por el clivoso hielo mi espíritu escurrid;
y baje la montaña por la argentina grieta
que toca con sus valles Mendoza la coqueta
bajo el dosel dormida de su frondosa vid.

Y allí sobre los campos por bendición opimos,
cubriendo mi cabeza dulcísimos racimos
y oyendo de las fuentes la armónica inquietud;
mirando por el Andes bajar la caravana,
y entrando por el llano la tropa tucumana,
con cuerdas de mi patria razonará el laúd.

Y acaso a sus sonidos la esbelta mendocina
con sus cabellos negros y tez alabastrina,
del trovador al lado se acercara gentil;
y juntos, a la sombra de perfumada parra,
se pierda entre las hojas el son de una guitarra
pulsada dulcemente por manos de marfil...

Espíritus del alma, llevadme todavía
más lejos, sí, más lejos, que hoy quiere el alma mía
correr sobre mi patria y en ella respirar.
Llevadme, que son muchos mis años de proscrito;
los años que las playas del extranjero habito,
las puertas de mi patria rondando sin entrar.

Llevadme, que es amarga la miel del extranjero;
sus días no son claros ni el aura lisonjero:
sus frutas son muy agrias y pálida su flor.
Llevadme, que en su aurora mi vida se acongoja
perdiendo cada día su flor hoja por hoja
que se la lleva el soplo del frío desamor.

Paseadme por los valles, y al claro de algún astro
mostradme esas lagunas, cual platos de abalastro
con aguas que se entibian al pie del Limarí;

llevadme hasta la Arauca sin miedo que peligre;
que el *tigre de la pampa* mató al *llanero tigre* (1)
hiriéndole, dormido, con rudo frenesí.

De Catamarca rica, de Salta la gloriosa
llevadme hasta los bosques donde la luz se embosa;
bañadme en esos ríos que indómitos están;
con flores de cien prados tejedme una guirnalda,
y pues estoy dormido con sueños de esmeralda
bajadme a los jardines del fértil Tucumán.

Del naranjal espeso bajo la fresca sombra
dormido, reclinadme sobre la blanca alfombra
de nardos que codician las jarras del Edén;
y cuando me despierten las aves bacanales,
cubierto me contemple por tulipán y chales
de azahares que cual lluvia del naranjal caén.

Y en tanto que en las ramas murmuran las pa-
(lomas,
y los jilgueros trinan en las doradas pomas,
y están las mariposas besando el alhelí,
presenten a mis labios la perfumada mora,
de la colmena blanca las mieles que atesora,
jugosos arrayanes y el dulce piquillí.

Y vibrará mi lira dulcísimos sonidos,
que embriaguen cual embriaga los ávidos sentidos
la lúbrica belleza que ostenta Tucumán;
jardín con laberintos de luces y de grutas
donde se guardan flores y pájaros y frutas
en mesas de esmeralda que las praderas dan.

Llevadme; que yo pueda gozar en la belleza
del único tesoro de la naturaleza

que al suelo de mi patria le regalara Dios,
y allí bajo tan dulces y suaves impresiones
olvide mis pesares, y sienta mis pasiones
hablar al pecho mío sin tan pujante voz.

Un poco más de vuelo y en vuestras raudas alas,
y revestida el alma de flores y de galas.
por compasión llevadme donde mi cuna fué,
y cual se olvidan quejas a la mujer querida
de sus amantes ojos bajo la luz de vida,
mis años de destierro, mi llanto olvidaré.

Bajad por las corrientes que el Paraná desata,
y la hallaréis a orillas del caudaloso Plata
la música escuchando de su gigante voz.
Allí do se contemplan los claros horizontes
y la mirada hiende sin tropezar con montes
que tuerzan a los vientos en su ímpetu veloz.

Allí donde levanta su frente descubierta,
como águila parada sobre extensión desierta
que mide con sus ojos el circular confín;
como de extensa plaza sobre el marcado centro,
para mirar si llega quien le vendrá al encuentro
pasea sus miradas el noble paladín.

Del alto San Isidro sobre las verdes lomas,
do llegan de sus bosques rodando las aromas
y del jazmín del aire la esencia virginal,
sus diecinueve torres descubriréis sombrías
como fantasmas negros que de las ondas frías
levantan de improviso su cuerpo colosal.

Allí está Buenos Aires; el vaso de esmeralda
que guarda transparente las joyas y guirnalda
que relumbraron antes en la Argentina sien;
allí está más hermosa con su desgracia misma

la inconsolable viuda que en su dolor abisma,
el ángel que ha dejado las puertas del Edén.

De allí se levantara la estrella que siguieron
por montes y desiertos los pueblos que salieron
a ver el nuevo Cristo del mundo de Colón.
Y siempre caminando tras su fulgente rayo
el Cristo descubrieron que les predijo Mayo,
en cuna de banderas, al lado del cañón.

Y todos el bautismo tomaron en la fuente
que el Plata les llenara con rápida corriente,
y toda fué bendita la americana grey;
y fuera para todos su religión segunda
la LIBERTAD del Plata, benéfica y fecunda,
su nuevo Jesucristo, su prometido Rey.

Velando de la patria la sacrosanta pira,
los triunfos del guerrero cantaban en la lira
los bardos inspirados bajo la patria luz.
Y allí está el primer templo que al porvenir recuerda
donde vibró primero la americana cuerda
los verdaderos nombres de LIBERTAD y CRUZ.

Con blancas vestiduras y celestinos lazos
las madres levantaban sus niños en los brazos
para cantar a Mayo cuando naciera el sol,
y allí fué la primera generación que toma
de Libertad y Gloria americano idioma
su corazón pasando por límpido crisol.

Allí venid conmigo, bellísimos delirios,
yo quiero iluminarme con su millar de cirios
en medio de la santa grandiosa catedral.
Yo quiero, pues que vuelvo junto a mi tierna madre
dar gracias de rodillas al justiciero Padre,
donde mojó mis sienes el agua bautismal.

Salid de la memoria, recuerdos punzadores;
yo quiero dentro el alma fraternidad y amores
cuando hoy toca mi planta la tierra en que nací.
Al pie de la columna de nuestro Mayo santo,
de paz y de esperanzas elevaré mi Canto...
¡Señor, mi pecho late, la inspiración en mí!

Venid en torno mío, bellísimas mujeres,
en cuya boca juegan la risa y los placeres,
en tanto que en el pecho cobíjase el pudor.
De quienes la cintura las sílfides envidian,
y cuyo pie las gracias por conquistarle lidian,
y cuya tez da celos al matinal albor.

Venid e iluminadme con la pupila negra
a cuyos dulces rayos el corazón se alegra
Como a la luz que vierte la luna sobre el mar;
Venid, hijas del Plata, con ramos de jazmines
y rosas que en la tarde tomáis de los jardines
que vuestras lindas manos se esmeran en regar.

Venid y coronadme.—Yo soy el PEREGRINO
que andando en otras tierras en pos de su destino
cantó de Buenos Aires las glorias y el honor;
venid y vuestros ojos con su apacible lumbre
inspiren a mi lira preciosa muchedumbre
de acentos perfumados con ámbar del amor.

Yo he visto en mi destierro mujeres hechiceras;
mas recordando luego del Plata las riberas
he dicho entusiasmado: "Más lindas son ALLI".
Las rosas he tenido de espíritu el más blando;
llevarlas quise al pecho, y el pecho suspirando
me ha dicho "de ALLÍ" quiero más tarde un alhelí.

Contadme sin misterio vuestra pasión secreta
y os formará romances mi mente de poeta,

y encontraré en vosotras lo que perdiera yo;
que, apenas de mis años en la estanción florida,
al sol del infortunio se acongojó mi vida,
como silvestre lirio que el huracán dobló.

Y luego al separarnos os pediré una rosa
cuando mi sien descanse bajo temprana losa
a orillas de ese Plata que heló mi juventud.
Mas no de vuestros ojos os pediré una perla:
creeríame infelice dentro mi tumba al verla,
y yo pido a mi patria siquiera mi ataúd.

Espíritus del alma que conducís la mente
con misteriosas alas más lejos del presente,
más lejos de las cosas que nuestros ojos ven:
venid y con mis sueños de lirios y amapolas
llevadme hasta esas rocas que miro tras las olas;
son rocas de mi patria: la patria es el Edén.

CANTO UNDECIMO

AL BRASIL

I

En medio de la bóveda celeste,
como globo de fuego chispeante,
vierte océanos de lumbre rutilante
el sol enrojecido del Brasil.
La nube con estambres carmesíes
diáfano forma y vaporoso velo,
que vaga muellemente por el cielo
en un día magnífico de abril.

La frente del Janeiro, iluminada,
parece que se eleva con los montes
a contemplar los rubios horizontes
que circundan las sierras y la mar.

Cual asamblea extraña de gigantes
con fibras de metal, piel de esmeralda
las montañas contemplan en su falda
la señora imperial velada estar.

La brisa con el ámbar perfumada
de una vegetación que en ser eterno
no le importa de estío ni de invierno,
los perfumes esparce del jazmín.

Y la inmensa bahía — la primera
en bellezas, en lujo, en mansedumbre,—
como un cristal la enrojecida lumbre
refleja por su líquido sin fin.

Sobre ese mar sin ondas, muellemente
una graciosa nave se desliza,
a quien la tibia perezosa brisa
va llevando a las puertas de la mar.

Y en el mástil los linos suspirando,
ora se hinchan al viento, ora se abaten,
y en el rebelde lienzo libres baten
la flámula y las cuerdas sin cesar.

Parece que la nave amedrentada
al rumor de las ondas del Oceano,
en ese de cristal dormido llano
quisiese su carrera detener;

o que Dios a la brisa adormeciendo,
dijese al navegante que suspira:
"Sal paso a paso y contemplando admira
esta magnificencia de mi ser;

esta bella guirnalda americana,
hipérbole de lujo y fantasía
que en mi pasmosa creación un día
reveló mi entusiasta inspiración".

Y es en verdad la hipérbole del cielo
cuanto el Brasil en su Janeiro encierra,
desde la luz del sol hasta en la tierra
la eterna colosal vegetación.

Y ¿quién va en esa nave que tranquila
surca el límpido arroyo de cristales,

para luego quebrar las colosales
soberbias ondas del pujante mar,

como al salir de la niñez la vida
por el canal de mansas afecciones,
surca luego en el mar de las pasiones
naufragando y luchando sin cesar?

¿Quién dice adiós al paraíso bello
del mundo americano? El Peregrino.
el hijo predilecto del destino,
el artista que lleva el huracán.

El que ha dos años sobre el mar dejamos
arrullado por roncas tempestades,
y que hoy vuelve al altar de sus deidades
que en viento y olas con su mente van.

Ya está sobre los mares; ya habita en su
(elemento;
ya marca en las arenas sus garras el león;
ya el águila recorre, mecida por el viento,
y atropellando nubes, su cóncava región.

Su corazón salvaje se expande dentro el pecho
por respirar la brisa valiente de la mar.
Sus ojos se dilatan para salvar el trecho
que puede un horizonte del otro separar.

A su alma en el oído reconcentrada afina
para del mar el rudo concierto percibir;
su frente descubierta sobre la borda inclina
para la blanca espuma de la onda recibir.

Ya está sobre los mares. Ya envuelven su
(camino

los vientos, los abismos, las tempestades—bien—
Salud, benigna estrella; ya puede El Peregrino
bajo tus dulces rayos adormecer la sien.

Ya puede—desprendidos sus lazos con el (mundo—
volar a los espacios su espíritu hasta Dios:
ya bátenle los vientos, y sobre el mar profundo,
ya mira de una nube la tempestad en pos.

¡Salud, obras gigantes de la naturaleza!
¡Salud, de los océanos tranquila soledad!
El hombre ante vosotros inclina la cabeza
y al genio reverencia de la divinidad.

Y el mundo desparece, la humanidad se (abisma,
se borran los recuerdos, extínguese el dolor,
y solamente vagan los ojos en un prisma
de eternidad y calma, felicidad y amor.

Al viajador errante ¡oh, mar! de tu desierto
sin que lo sepa su alma, le sirve de crisol,
y ante la fe se inclina, purificado y cierto,
al claro de los astros o al descender el sol.

El hombre, ese rebelde proscrito sobre el (mundo,
que aun no ha reconciliado la sangre de la Cruz,
se sublimiza, si ama, y en nuevo ser fecundo
se torna a las regiones de su primera luz.

Pues bien: en tus espacios, sobre tu blando (llano,
de tu silencio eterno bajo el extraño imán

es fuente de afecciones el corazón humano,
y los recuerdos dulces en primavera están.

Allí ve entre las nubes, bajo la triste luna.
la fugitiva sombra de su primer amor;
y el maternal acento que le arrulló en la cuna
percibe de las olas y el céfiro al clamor.

Allí llevan suspiros las alas de la brisa;
allí ven las estrellas la lágrima brotar;
allí tranquilos ojos en éxtasis divisa
la tarde que desmaya sus luces en el mar.

Es ese amor del alma, dulce, tranquilo, santo,
que mezcla en la memoria la tierra y el Edén;
que sublimando al hombre con su divino encanto
la culpa de profano le borra de la sien.

¡Oh, mar! También el hombre se eleva hasta los cielos
cuando en gigantes alas el pensamiento va,
y en medio a tus desiertos das pábulo a los (vuelos
del genio que en su cárcel por caducar está.

Las roncas tempestades vibrando por tus (ondas
cuando revienta el trueno del huracán en pos;
las olas que vomitan tus cavidades hondas
para apagar los rayos en su ímpetu veloz;

tu inmensidad desierta, sin luz, sin horizontes,
do al brillo de improviso relámpago fugaz
se miran solamente los movedizos montes
que ruedan al empuje del huracán tenaz;

todo esto es para el alma, lo que es para el (acero

la misteriosa magia del poderoso imán;
lo que es el cañonazo para leal guerrero
que descuidado duerme cuando la seña dan.

En altas concepciones, vagando en los es-
(pacios
el alma se levanta como la mar, sin ley,
del trueno y de los rayos recorre los palacios
y se hace, como el viento, de los espacios rey.

¡Ah, pueda el Peregrino de nuevo sus pa-
(siones
y el temple de su mente sobre la mar medir!
¿Dos años lo agostaron? ¡Eh! no; hay cora-
(zones
que acaso en el sepulcro se escuchará latir.

Ya está sobre los mares; ya habita en su
(elemento;
ya marca en las arenas sus garras el león.
¡Qué bellos son los astros y el ancho firmamento
mirados de la nave que impele el aquilón!

Adiós, Janeiro hermoso... del bardo Peregrino,
te lleguen en las olas los ecos de su voz...
La página más bella te debe su destino...
Adiós, Río Janeiro, cinco de enero, adiós.

Cuando ha dos años, dijo: "Janeiro, yo te
dejo"
y se lanzó a los mares, sin fe en su porvenir,
por ti de amor sentía ni un pálido reflejo
y tibio cual tu brisa te saludó al partir. (1)

Empero, no fué injusto con tu sin par gran-
(deza

y saludó entusiasta tu cielo tropical;
cantó lo portentoso de tu naturaleza
y veneró en tu suelo la mano celestial. (2)

Los mares le cerraron su caprichoso paso
y el hado entre los vientos lo recondujo a ti
¡Ay, cuántas impresiones a este hombre del (acaso,
Janeiro, reservabas para hospedarlo así!

II

En vosotras montañas,
que con un sol de llamas en la frente
y el fuego del metal en las entrañas,
parece que del suelo de repente
os escapáis, para pedir a prisa
a los cielos un hálito de brisa,
alguna vez, oculta por las yedras,
una letra hallarán en vuestras piedras.

El pie del PEREGRINO
ha tocado la sien de vuestras moles,
y más arriba de las densas nubes
ha dormido a la sombra de algún pino
bajo un cielo bordado de arreboles.
Su sueño acariciando
el plácido murmullo
de la brisa en las palmas resbalando;

o el armónico arrullo
de las fuentes corriendo cristalinas
con bulliciosa voz por mil canales.
Y en hebras serpentinas
por entre los sahumados vegetales,
o al tocante y agudo

silbido de las sierpes escondidas
bajo el leve dosel de hojas caídas
que al rodar turban el silencio mudo.

¡Y al llegar a su oído
de montaña en montaña el ronco trueno,
rodando en compasadas vibraciones,
cuántas veces ha visto conmovido
sin mancha el cielo iluminar sereno,
y cual negras visiones
que velan de los montes la cintura,
rodar las nubes destilando el agua,
y entre los velos de su niebla obscura
prender los rayos en etérea fragua!

¡Volar desde la falda
las espantadas aves a la cumbre,
y sobre las coronas de esmeralda
beber del sol la brillantina lumbre,
mientras que al pie de la montaña quedan
obscuras nubes que tronando ruedan!
Muchas veces, así, llena de espanto,
en sublime abstracción se escapa el alma,
y en un cielo sereno
vaga la mente en religiosa calma.
Por no escuchar del seno
en rudas vibraciones
la tormenta infeliz de las pasiones...

Arquerías de espléndidos torrentes
que coronáis la sien de la Thijuca (3);
pintoresca cascada,
fuente de cien arroyos y cien fuentes:
reverencia y loor a tu grandeza,
y a tu sublime bello
que hace inclinar del hombre la cabeza
enseñando de Dios el sacro sello.

¡Oh! si en rápidas ondas,
ese arco colosal de agua y colores,
que formas al lanzar tu torbellino,
no se precipitara en las montañas,
y de una en otra cavidades hondas
no corriese apagando los rigores
del fuego tropical en las campañas,
y dando vida en la caldeada roca
al rudo vegetal y al yermo suelo,
como el soplo de Dios baña la esfera
de mundo en mundo, y cuanto raudo toca
vive y forma la eterna primavera
de la pasmosa creación del cielo.
¡Ese arco cristalino
reflejaría, acaso,
la descubierta sien del PEREGRINO
cuando la vez primera lo admiraba,
en momentos que el sol desde el ocaso
sus postrimeros rayos apagaba,
y el lánguido color de los topacios,
matizaba el zafir de los espacios,
y en el arco ruidoso y movedizo
relumbraba del ópalo el hechizo!

Allí, y en esa hora
melancólica y dulce de la tarde,
viendo lánguidamente
morir del sol el amarillo rayo;
viendo en el tronco de la ausente auróra
mostrar la noche su severa frente,
en medio de ese tímido desmayo
de la naturaleza cuando mira
nacer la noche y que la tarde expira.

Allí, la alma embriagada,
respirando una brisa perfumada

con los dulces alientos de las flores,
que no ha tocado el ¡ay! de los dolores
y que parece cuando el rostro toca,
en vez de brisa, aliento de las puras
seráficas criaturas
que en las nubes de perlas y zafiro
exhalan tiernas de su dulce boca;
allí, sobre la cumbre de esa tierra
que ha visto deslizarse uno por uno
los siglos de la tierra,
sin conservar el rastro de ninguno;

sobre aquesas montañas
que cual fibras de vida los metales
en mineros sin fin forman su entraña,
como forman las venas
de su pecho y sus miembros colosales
los ríos desprendidos
que llevan confundidos
el oro y los diamantes por arenas;
allí, sobre su frente
ese arco estrepitoso del torrente,
y al poder de tan fuertes impresiones,
el joven PEREGRINO
ha sentido tal vez revelaciones—
mezcla de mundanal y de divino,—
pero sublimes cual sublimes viera
la cascada, los montes y la esfera!

El comprendió quizá que sobre el mundo
no se ha perdido todo, cuando queda
dentro del corazón rayo fecundo
de inmaculada fe... fuente do pueda
tomar el corazón dentro sí mismo
de la conciencia espiritual bautismo.

Se abrillantó el recuerdo en su memoria;
sintió el eco de Dios en la conciencia,
y patria y madre y religión y gloria
dibujaron un prisma en su presencia.

Y al rumor del torrente
y a la postrera luz del tibio día
sintió que le decía
el corazón latiendo dulcemente:
"Aun necesito AMAR"...; ¡palabra santa!
¡ósculo que se dan reconciliadas
la humanidad y el alma entusiasmadas!

Mas ¡ay! esa palabra dentro el seno
vierte oculta la vida y el veneno;
es la revelación indefinible
de esas almas que viven de armonía
por su secreta condición sensible,
y es ¡ay! para la humana criatura,
en su misión de llanto y de agonía,
su sensibilidad, su desventura.

¡Insondables misterios
de eso que llaman corazón del hombre!
¿Por qué esos espectáculos salvajes
de la naturaleza en sus imperios;
esos cuadros sin nombre,
panorama de luces y paisajes;
ciertas horas, los montes, el Oceano,
todo lo que sorprende en la natura,
hace amar y temer al pecho humano
levantando hasta Dios su criatura?

Ello es así; parece que la vida
de su materia débil asustada
a la faz de las grandes creaciones,
corre a buscar guarida

al centro de los otros corazones,
o ante el Supremo Ser desalentada,
como tímida virgen, sorprendida
en medio a su jardín por la tormenta,
de otra niña hasta el brazo,
o al amoroso maternal regazo
corre, y temblando sus temores cuenta.

Ello es así; marchad en el desierto,
contemplad la grandeza de los mares
o paraos en la sien de una montaña,
y un místico concierto
de recuerdos, de afectos y pesares,
os toca el corazón con voz extraña.
Contemplad un cadáver,
o escuchad la fatídica campana
que al expirar el día,
llama al templo de Dios la alma cristiana
para el lleno de amor *Ave María;*
y vuestro corazón en lo profundo
de su ser misterioso, ama y padece,
porque nada en el mundo
ante los ojos del mortal perece,
sin robar un suspiro; sin que triste
perezca repitiendo
que morirá también cuanto hoy existe.

Espléndida cascada, en el estruendo
de vuestro torrentoso torbellino
que magnetiza el corazón del hombre,
escapado en la voz del Peregrino
para siempre jamás perdióse un nombre...
pero al menos mezclóse la armonía
de tu grandiosa orquesta,
en los palacios que abrillanta el día,
donde vése de Dios la eterna fiesta.

Mas de ese nombre vivirá una letra
oculta por ti misma entre las rocas,
que ni en tu raudo torbellino tocas,
ni sin quebrar su rayo el sol penetra.
Como bajo las bóvedas del templo,
a la luz de los pardos luminares,
viven en los altares
palabras santas de amoroso ejemplo.

¡Ah, no llamen profano
el labio mío, no, cuando confundo
un recuerdo de Dios y otro mundano!
Esa mezcla de barro y de divino
que apellidamos HOMBRE sobre el mundo,
magnifica en el lodo su destino,
cuando en medio a la espléndida grandeza
de las obras de Dios, tierno se inflama
a esa chispa vital que amor se llama,
y que al aliento del Señor prendida,
velar por su pureza
es la misión celeste de la vida!

¡Ay, quien no sabe amar, de Dios no sabe
ni en su pecho glacial la virtud cabe!

¡Y cómo el pensamiento arde y delira,
y cómo el corazón enamorado
al palpitar suspira
bajo esa luz del trópico tostado!

¡Y cómo esa ciudad que ora me inspira,
contiene entre sus límites de cerros
cuanto el trópico ostenta por belleza
en su fértil gentil naturaleza!

Quien no ha visto la luna levantarse
sobre la aguda sien del *Corcobado*,

y con su luz de plata iluminarse
esa llanura de cristal bruñido
que un pedazo del mar forma escondido,
acariciando apenas
del bello Botafogo las arenas (4);
quien de ese lago la tranquila brisa
impregnada de esencias, no ha gozado
al claro de la luna, que matiza
con sus pálidos rayos las extrañas
sombras y media luz de las montañas
ese no ha visto en la natura el sello
de la melancolía y de lo bello.

Era una noche plácida y serena
como frente de virgen adormida.
La luna en el cenit pálida y llena
alumbraba el espacio
con el pajizo rayo del topacio,
con no sé qué de animación y vida
sobre su melancólico semblante,
y entre el iris boreal de órbitas bellas,
lanzaban rutilante
las trémulas estrellas
el rayo azul del fúlgido diamante.

Una leve barquilla sobre el lago
se deslizaba al cariñoso halago
de la aromada brisa;
como en finos cristales
la gota del rocío se desliza
tocada por las auras matinales,
o, en más dulce cariño,
por el aliento angelical de un niño.

En ella el Peregrino, y a su lado,
a la argentada claridad se vía

una mujer en cuya frente pura
reflejábase el rayo de una estrella;
o más bien, de su célica hermosura
una luz celestial se desprendía.

Desde la sien más pálida y más bella,
con el color del ébano, el cabello
caía en rizos espléndidos al cuello,
do el aura suave a conmoverlos llega;
y en el hombro de CARLOS se inclinaba,
cual una flor que el céfiro doblaba,
una cabeza de moldura griega,
mientras sus negros y rasgados ojos,
do brillaba una lánguida pupila,
clavaba su mirada en las estrellas,
en contienda tranquila
cambiando el rayo de sus luces bellas;
mientras de amor y de suspiros lleno
blando latía su redondo seno,
velado por la blanca vestidura
que cual diáfana niebla lo cubría
y entre una negra cinta se escurría
en torno a su finísima cintura.

Pero ¿en esa visita misteriosa
del amor a la hermosa
Naturaleza tropical, venía
de la felicidad la clara estrella?
¡Se puede ser feliz con ser amado,
y por el mismo amor ser desgraciado!

Una nube importuna,
de misteriosa huella,
eclipsó el rayo de la parda luna;
y al virar la barquilla
para la opuesta orilla,

se apartaron dos rostros y cayeron
lágrimas que en el lago se perdieron.

III

Desde la altura tropical admira
¡oh, Janeiro! la espléndida grandeza
que bajo el arco ecuatorial empieza,
y acaba en el confín del Uruguay.

Y tú, reina opulenta de ese vasto
jardín de luces, pájaros y fuentes,
selvas, montañas, flores y vertientes
donde bullen diamantes y metal.

Luego con vanidad gira los ojos
de un polo al otro, para ver que el mundo
nada tiene más rico ni fecundo
que tú, bello y magnífico Brasil:

Guirnalda de mil flores que corona
de la virgen América la frente,
y a que no ha dado precio esta inocente
heredera feliz del porvenir.

Eres, Brasil, el Indo Americano
sin el soplo maléfico de Java,
y en lo que Italia su belleza acaba
comenzar puedes la belleza tú.

Puedes, sin miedo, desafiar a Europa,
cuadros midiendo con los cuadros tuyos,
y cuando se hable de los grados suyos,
parte cuarenta de distinta luz;

puedes, Jameiro — miniatura bella

de cuanto ostenta el Brasiliano suelo—
hablar de los encantos, sin recelo,
que pintó ufana la Natura en ti.

Puedes llamarte la primera joya
en la Corona de tu rico Imperio,
y llamarte también, de un hemisferio
el lujoso y espléndido jardín.

Si de la vida la materia ruda
se queja de su sol enrojecido,
el espíritu, ajeno del sentido,
en vez de quejas, alabanzas da.

Al paraíso si volviera el hombre,
algo de qué quejarse encontraría,
y esclavo de su inercia llamaría
moliciosa la tierra celestial.

Bajo tu sol y al soplo de tu brisa
es verdad que la vida se esparrama,
pero si el alma con tesón la llama
vuelve llena de hechizos y de amor;

cual agua de un arroyo desbordada
sobre los planos valles y las selvas,
vuelve otra vez sahumada en madreselvas
al canal del arroyo que dejó.

Carlos ha respirado entre la nieve
bajo el día sin sol del yerto Polo,
y ha meditado en él tranquillo y solo,
concentrado en el alma su existir.

Pero nunca su espíritu ha sentido
la actividad febril, la poesía,

que sintió al rayo del rosado día
que abrasa las arenas del Brasil.

Puedes, Janeiro, hablar de tus encantos;
mas cuando, ufano, tu retrato hicieres
no olvides el contar que tus mujeres,
mujeres nuevas en el mundo son.

Que es el tipo, más puro, americano;
su corazón, la hechura de su clima;
y su pupila que al mirar lastima,
una llama espiral del corazón.

Mujeres de tez morena
y ojos de negra pupila
que con azul aureola
cual negro diamante brilla;
y cuando mira, parece
que la mirada suspira,
diciendo que está en el alma
la tentación escondida.
Ondas de negro cabello
abultan su sien altiva,
y la espiral de los rizos
por los hombres se desliza.
Ancho y derramado el seno,
late contando que abriga
un manantial de deseos
en voluptuosa armonía;
y en él, veladas por nubes
de encajes y muselinas,
dos ondas de un mar de leche
si no se ven se adivinan.
Gasas como niebla leve
que al solo aliento se agitan,
ciñen su fina cintura

con tanta coquería,
que de las ocultas formas
la redondez se adivina;
y la mirada se escurre
por esas nubes malditas
que nunca el viento se lleva
y que a un suspiro se agitan;
mirada que bien comprenden
las hadas, y en su sonrisa
y en un nuevo movimiento,
su curiosidad castigan.
Posadas en sus divanes
de plumas y sedería
haciendo burla del aire
con abanicos de la India;
y embriagadas con la esencia
de rosas y clavellinas
que en la atmósfera impregnada
ni un débil soplo aniquila.
En palabra y movimiento
perezosas y aburridas
teniendo miel en el labio
y en las posturas malicia,
como si a mengua tuvieran
emplear la palabrería;
mujeres que a su albedrío
con los ojos magnetizan.
Mujeres así, en el mundo,
al extraño que las mira,
si ellas dicen: "Brasilianas"
él las presume Odaliscas,
que del Oriente escapadas,
llenas de encanto y de vida
corrieron al nuevo mundo
tras su libertad querida,
dejando entre los serrallos

cadenas y cachemiras,
mas trayendo su belleza,
su amor y su poesía.

Que los rayos del genio de la Europa
penetren la tiniebla americana,
mas la mujer que nazca brasiliana
no la toquen jamás.

Cuando ella sus costumbres aniquile,
cuando se haga europea, en ese día
para siempre perdió su poesía
el sello original.

Perdió también su corazón la fuerza;
perdió sus llamas de pasión el alma,
que en esa fría y aparente calma
queman su corazón.

En su abandono y soledad secreta, (5)
la brasiliana, en apariencia esquiva,
goza jugando con la llama activa
de misterioso amor.

Por celosías escondida pierde
del extranjero la fugaz sonrisa,
y no en sus ojos al pasar divisa
tributo a su beldad.

Pero tras ellas, de su pecho cuenta
por los latidos el feliz instante,
en que los pasos de su tierno amante
dichosa escuchará.

Si a ese momento la costumbre veda,
ella con cintas y pintadas flores

tiene en secreto para hablar de amores
idioma que formó.

Y el amor siente, como siente el rostro
el sol que rojo hasta la tierra quema;
y cambia sólo en ambición suprema
la vida por amor.

Se muestra poco, mas se muestra nueva,
valor al mismo retraimiento dando;
es una estrella que de vez en cuanto
aparece y se va.

Que los rayos del genio de la Europa
penetren la tiniebla americana,
mas la mujer que nazca brasiliana
no la toquen jamás.

Luces vagas y sombrías
un salón iluminaban,
mientras los rayos estaban
quemando las celosías.

Y entre la luz y la sombra,
el lujo, el gusto y la gracia,
respiraba aristocracia
desde el techo hasta la alfombra.

En un diván amarillo
se reclinaba una hermosa,
trabajando primorosa
con plumas un canastillo;

y acariciaba tranquila
de vez en cuando los ojos,

cual si hubiese algo de enojos
en su lánguida pupila.

Suelto el cabello a la espalda,
desnudos sus lindos brazos,
y atando celestes lazos
el blanco tul de la falda.

La celosía sombreaba,
su aroma daba una rosa,
y trabajaba la hermosa,
y al canastillo mojaba.

Cuando el salón pisó, y al lado de ella,
un caballero saludó a la bella.

—¿Luisa, llorabas quizá?
—¿Yo? No, Eduardo, yo no lloro.
—Tú, tienes algo.
—Un tesoro.
¿No ves? Plumas del Pará.
—Tú te burlas.
—Tú también.
—¿Estás quejosa de mí?
—No puedo decirte *sí*.
—¡Cuán pálida está tu sien!
—Más el alma.
—Sales poco.
—¡Para qué!
—Para gozar,
para ver, para danzar.
—Gracias.
—¿Y el piano?
—No toco.
—Qué, ¿no bajas al salón?
—¿Vienes tú a él?

—No he podido.
—Bien, el piano me ha aburrido.
—¿Y el canto?
—¿Y nuestra canción?
—¿Sabes que me ausento, Luisa?
—¿Tú?
—Sí.
—¿Y adónde?
—A viajar.
—Bien.
—Pero en ti he de pensar.
—Bien.
—Mas, ¿por qué esa sonrisa?
—Es de placer, ¿no lo crees?
¡Tú vas a ser tan dichoso!

(Y enrojecióse su semblante hermoso,
y el canastillo resbaló a sus pies).

—Luisa, tu mandato aguardo.
—¿Ya?
—Me apuran los momentos.
—Eduardo, ¿y tus juramentos?
—Adiós, Luisa.
—Adiós, Eduardo.

Y él se fué, y Luisa quedóse
con los ojos en la alfombra;
fuese aumentando la sombra,
y la rosa marchitóse.

Un día a la puerta toca
Eduardo, y pregunta, ¿y Luisa?
y le responden sin prisa,
"¿Quién?" — Luisa. — "Luisa está Loca".

Cuenta, pues, ¡oh Janeiro! tus mujeres
en el rico jardín de tus encantos,
que ellas son las primeras entre tantos,
y ellas lo fueran aunque más tuvieres.

Muchas veces, plebeyos y señores,
manchan o niegan al contar tu historia,
de tu primer Emperador la gloria,
llamándolo liviano en sus amores.

Mas ¿qué eran sus amores? el destino
natural entre un hombre y unas bellas,
si está el hechizo y el amor en ellas,
y él es hermoso, rey, valiente y fino.

Su primera virtud—yo escribiría,—
fué el querer como quiso, a la belleza.
Pláceme un rey que por amar empieza
y se jacta, como hombre, de hidalguía.

Para dar a su Amelia su pañuelo,
de sus reales manos desprendido,
ante un inmenso pueblo sorprendido,
su rodilla juntaba con el suelo.

Era un astro ese rey que en otra esfera,
y en derredor girando de otro anillo,
al resplandor de su fulgente brillo
al mundo todo iluminado hubiera.

De su acusada liviandad al lado,
sabrían todos repetir prolijos,
que abdicó dos coronas en sus hijos
para ponerse un casco de soldado.

Al contar sus nocturnas aventuras,
dirían: "Desde el trono brasiliano

fué a restaurar el trono lusitano
con un puñado de hombres y armaduras".

Al referir sus citas y estocadas,
academias y leyes mostrarían,
y envanecidos de su rey dirían:
son obras por su genio improvisadas.

El rey, dictaba leyes justiciero
y velaba la gloria brasiliana;
el caballero, al pie de una ventana,
se confiaba en el temple de su acero.

Rey, conquistó la gloria y la grandeza;
Hombre, ante una mujer se descubría...
Su primera virtud—yo escribiría,—
fué el querer como quiso a la belleza.

Mas no fué rey de Europa, y son ajenas
a la gloria, por tanto, sus acciones
pero pueden ser glorias y blasones
de Versalles los bailes y las cenas.

Rey de veinte años, con rosario al seno
y que huye y teme el femenil encanto
puede la iglesia al fin llamarle *santo,*
pero el pueblo jamás llamarle *bueno.*

El tiempo que se empeña con locura
en cambiarnos las cosas y los nombres,
hoy apellida hechura de los hombres,
lo que llamaba ayer del cielo hechura.

Y era bien se educase entre los frailes,
ayer el niño rey, hijo del cielo;

hoy que el tiempo lo llama hijo del suelo,
es mejor que se eduque entre los bailes.

Hay mucho de esperanza y garantía
en las almas vivísimas y abiertas;
pero en aquellas que se esconden, yertas,
hay no sé qué de ingrata profecía.

Cuenta, pues, ¡oh Janeiro! en tus bellezas
esas mujeres de tu rey queridas,
y si tus bellas y tu rey olvidas
háblanos de tu genio y tus riquezas.

Cuenta tus acueductos y castillos,
tus templos, tus jardines y arsenales,
tus fuentes, y palacios imperiales
llenos de novedad y a par sencillos.

Cuenta que tu progreso se descubre
al través de la sombra lusitana;
como vése la luz de la mañana
entre la sombra que el espacio cubre.

IV

Esos pasados siglos de ignorancia
en que a la España y Portugal les plugo,
de sus Colonias educar la infancia
con duro azote y afrentoso yugo,
conteniendo del genio la arrogancia
con el hacha o la soga del verdugo,
apocaban la mente americana
y la flor se agostaba en su mañana.

Era un mar sin rumor ni movimiento

dormido en su extensión lánguidamente;
pero que al soplo de improviso viento
alzaría sus ondas prepotente,
y vino el vendabal, y fué violento,
el choque de las ondas en la frente
de las soberbias rocas, conmovidas
y quebradas al fin y sumergidas.

El castellano león enfurecido
sus garras con valor clavó en la tierra,
es MÍA, dijo, pero al fin vencido
dejó la arena de sangrienta guerra.
El eco del cañón fué repetido
por los llanos, los ríos y la sierra,
y despertó la mente americana
en lo que antes fué inercia castellana.

Más débil Portugal, o generoso,
no osó clavar con lanzas tus cadenas,
y compraste, Brasil, tu ser hermoso
sin derramar la sangre de tus venas.
Te falta el brillo militar, glorioso,
que abrillanta del Plata las arenas,
pero a la sombra de tu paz bendita
tu genio al porvenir te precipita.

Puede ser que en los giros de tu vida
sientas alguna vez no haber crecido,
sobre tierra con sangre humedecida,
por las revoluciones sacudido;
que esa lucha violenta, envejecida,
que escandaliza al mundo sorprendido,
es, empero, el crisol que la futura
existencia del Plata nos depura.

Pero hoy levantas tu tranquila frente
medio siglo adelante en tu camino,

y al soplo bienhechor de tu presente
florece para el mundo tu destino.
Del brillo de la Europa refulgente,
ha visto, entusiasmado el PEREGRINO,
reflejar los destellos en tus sienes,
en dulce agüero presagiando bienes.

De las leyes en la órbita sagrada,
do el pueblo tiene sus derechos fijos,
ha visto la justicia respetada
campear el pensamiento de tus hijos;
y a tu querida libertad, velada
por los esfuerzos y valor prolijos
del venerable anciano, y del que empieza
a mostrar el poder de su cabeza.

Ha visto de las ciencias y del arte
amaneciendo en ti la hermosa aurora, (6)
y de tu juventud la mejor parte
que del arte y la ciencia se enamora;
y a la mente afanada en coronarte,
que agita en sí la inspiración creadora,
brotando nueva flor y nuevos gajos
en cada sol que alumbra sus trabajos.

En justo empeño y pensamiento sano,
con la Europa, sin celos ni querella,
extendidos ha visto en el oceano
los brazos tuyos y los brazos de ella,
llegarte frutos del saber humano,
frutos mandarle de tu industria bella,
y en esos cambios de progreso, leales,
dentro tus pueblos, pulular caudales.

Ganar tus hijos sin perder aquéllos,
y la industria llegar a tus arenas

a enriquecer y mejorar los bellos
frutos de bendición de que están llenas,
y más altiva levantar por ellos,
¡oh Brasil! tu bandera en las almenas,
que bajo el sol del siglo en que vivimos
sólo en el genio y la virtud subimos.

Un poco más, y en su constante anhelo,
la industria de la Europa habrá podido
victoriosa alcanzar sobre tu suelo
lo que la libertad no ha conseguido.
Mañana, sí, por bendición del cielo,
no será ya tu fruto humedecido
en su flor, en su tallo, en su simiente.
con el sudor de la africana frente.

Esa palanca del poder humano
que hoy suple al hombre y avasalla al mundo,
dará su libertad al africano
con más provecho que el saber profundo.
Do había cien esclavos, una mano
bastará sola, y bastará un segundo
en lo que antes el negro consumía
de fuerza ruda y de dolor un día.

El hombre libre rasgará la tierra
para echar la simiente perfumada,
y con la industria y libertad en guerra
será aquélla por éstas conquistada;
y cuanto jugo y cuanta savia encierra
le será por el arte arrebatada,
y en tus opimos y sabrosos frutos
darás al arte y libertad tributos.

Con este nuevo cauce de riqueza,
con la industria de Europa entre tu mano,

adiós, Brasil, te pierdo en la grandeza
del porvenir del mundo americano...
No diviso en los siglos tu cabeza.
¿Imperio? ¿Estados? me pregunto en vano;
no sé qué serás tú; sé solamente
que alzarás, grande, tu soberbia frente.

¿Quién divisa de América la estrella?
¿Quién no ve en el futuro su reflejo?
¿Quién no la mira iluminando bella
con torrentes de luz al mundo viejo?
Lánzate en pos de su fulgente huella,
lánzate al porvenir, y allí te dejo;
que allí la vista del mortal deslumbra
el mar de luz que fúlgido relumbra.

V

Sobre aquese fecundo
suelo de vida que se ofrece al mundo
como flor en pimpollo todavía,
amortiguar sabía
ese dolor que lo consume lento,
el héroe de mis versos un momento.

Una naturaleza
la más rica y variada en su belleza
encontraba doquier—bien; de su vida
la primera querida
fué la naturaleza, y hasta ahora
él no puede decir: "fuéme traidora",

Ella siempre le guarda una sonrisa;
renueva sus encantos a sus ojos;
anima la expresión de su semblante,

y siempre la divisa,
sin fingida alegría y sin enojos,
mostrarse bella, y cariñosa amante.

Ella conoce bien lo más sensible
del corazón de CARLOS, y su mano
pulsa diestra las cuerdas de esa lira
que responde apacible
al amor, a la gloria, a cuanto humano
y celestial el corazón aspira.

Ella toca su mente,
y la chispa impaciente
del genio salta y resplandece el alma,
que siente vida, inspiración y fuego
sacudiéndose luego
del peso rudo de su estoica calma.

Ella tiende su diestra,
y orgullosa, le muestra
el libro azul y verde que contiene
la profunda y primer filosofía
que desde el primer día
escrita por su Dios el hombre tiene.

Sí; CARLOS, como Byron, bien pudiera
decir que unas montañas, un desierto,
un mar, una pradera,
le han enseñado más que todo cuanto
en los libros ha visto y descubierto
por más que fueran su primer encanto.
Un libro lo envanece; una montaña
lo humilla y lo confunde a su presencia:
¿cuál de los dos engaña?
No sé.—Yo me presumo en armonía
con mi tenue tejido de existencia,
cuando humillo ante el sol la mente mía.

Newton y Galileo
hacen a CARLOS Dios sobre la tierra;
y luego, a la manera del caldeo,
sube a la cresta de empinada sierra
para medir en su órbita algún astro;
pero al seguir su luminoso rastro
cree ver seis caracteres en el cielo;
dos palabras: ¿POR QUÉ? y fría y muda
en su perenne duda
su alma cae sin alas sobre el suelo.

En su mano la frente,
él se abisma en los libros de la ciencia,
y al misterio vital baja su mente
en pos de las lumbreras de experiencia.
Todo ha visto, tocado y comprendido;
mas su mano a la vez siente un latido
en la frente sobre ella descansada;
es una arteria—bien;—mas ¿POR QUÉ late?
y la mente se abate
entre el caos de su insondable nada.

Pero ¡ay! tras el ¿POR QUÉ? que le aniquila
en la naturaleza,
ve de su alma, la fúlgida pupila
otra palabra—Dios:—y a su grandeza,
ni teme, ni pregunta, ni vacila.

¡Lee por doquiera DIOS! y lo respeta;
y este es el gran secreto
de las inspiraciones del poeta,
que va a buscar en la Natura, inquieto,
la concepción del cuadro y la paleta.

Es Dios el entusiasmo que le anima;
es la abstracción de su constante duda;

es la verdad que con su luz lastima
y hace dar un gemido a la conciencia.

De vanidad y de ficción desnuda
dice el alma—*no sé*;—sé solamente
que ruge una tormenta con violencia
y que voy yo tras ella con la mente.

Luces, montañas, bosques y llanuras
que bajo el arco tropical formando
laberintos sin orden y en montones
parecéis las inmensas miniaturas
del infinito bando
de las bellas gigantes creaciones;
tempestades del trópico, que raudas
venís, pasáis, y aparecéis más luego,
en el curso de un día o de una hora,
ya con el brillo de inflamadas caudas
ya sin su mar de fuego,
ya mudas, ya con la lengua tronadora:

¡Salud, todos, salud! El Peregrino
es demasiado diestro en vuestro idioma
para no haber gozado de su gracia...
Ese idioma se aprende del destino
si de niños nos toma
y nos hace marchar con la desgracia

Carlos ha padecido demasiado,
para dar a su vida un alto precio;
y cuanto brinda de placer el mundo
de verlo y de gozarlo está cansado;
para no sentir ya cierto desprecio
por toda flor de su pantano inmundo.

Y joven todavía
ya de su juventud se acabó el día.

Trébol marchito, el delicado aroma—
su sensibilidad—conserva apenas.
Pero ella es lo bastante.—Es en el hombre
el oído que escucha vuestro idioma
dulce, de amor, consolador de penas...
Gracias, Naturaleza, ¡ay! vuestro nombre
es el nombre divino
de la querida leal del PEREGRINO.

———

Al contemplaros él radiante y bella
en vuestro rico y fúlgido palacio,
do el crucero destella
rayos de oro que alumbran el espacio,
no solamente religiosa calma
y un hálito de Dios sintiera su alma;
también bello y ufano,
sintió hablar a su orgullo americano.

Bajo el crucero, CARLOS no ha podido
preguntar a Venecia qué se hicieron
de su tiempo florido
los trece siglos que al león oyeron
rugir con libertad, dejando al mundo
desde San Marcos en pavor profundo,
como en cien barcarolas
el gondolero en sus canales solas.

Ni como Harold, a la augusta Atenas
preguntar por los sabios ciudadanos
con almas puras, de coraje llenas,
al contemplar las manos
de la Grecia infeliz entre cadenas.

Ni ha visto en Waterloo desparramada
la ceniza del águila francesa,
que ayer sobre las nubes remontada
al peso descendió de su grandeza.
Ni como Chateaubriand, quebrando yedras
ha examinado las ocultas piedras
del romanesco Oriente.
para encontrar los héroes de la historia
en las perdidas tumbas de su gloria.

Ni en fragmentos de mármol, encubierto
por el crecido musgo ha descubierto
en la Roma presente
de la pasada Roma los ejemplos,
en rotos dioses y arruinados templos.

Ningún lugar ha traído a su memoria
un recuerdo brillante
de la pasada gloria
que ha llevado del mundo el tiempo errante.
Ningún lugar como a su fantasía,
en las antiguas hablas
de la Mitología,
guerras y amores, religión y fablas.

En ningunas arenas
bañadas por las olas,
ha visto aquellas que escuchaban solas
de Penelope las sentidas penas.

El no ha reconocido
la peña del Vulcano,
ni a la Musa de Lesbos percibido,
en los montes a orillas del Oceano.

Sobre la cima de ninguna sierra,
ha visto de los dioses el asiento,

do a su potente voz el rayo, el viento,
se despeñaban en tronante guerra.

En ningún monte el célebre Parnaso,
en ningún mar bañarse la Mañana;
en ningún bosque de la hermosa Diana
la huella ha visto del ligero paso.

Nada de esto ha tocado de repente
la memoria una vez del PEREGRINO;
pero ¿acaso lo siente?
No; que cosa más bella en su camino
ha visto entusiasmado,
y al mirarla su frente ha descubierto.
El, sus brazos al pecho, no ha mirado
a un noble anciano en el sepulcro, yerto;
ha contemplado un niño
de riente faz y virginal cariño.

Genios sublimes del antiguo mundo,
abrid sepulcros y cavad cimientos,
y con saber profundo
habladnos de los viejos monumentos.
Levantad los sudarios
que cubren del pasado la grandeza,
y en la misión tan útil de *anticuarios*
gane palmas sin fin vuestra cabeza:
en la América mía
vuestra misión muy poco ganaría.

Perdón—de gloria os mostraré diez siglos
habidos en diez años solamente.
¡Oh, no penséis que la irritada mente
se imagina fantasmas y vestiglos;
es todo realidad—sólo un cartucho

quemado sobre el campo de Ayacucho,
vale algo más que toda la metralla
que gastó Francia en su mejor batalla!

Si la grandeza militar se estima
por lo que de ella al porvenir le toca,
cabe bien Austerlitz dentro la boca
de un cañón de Junín o Maypo o Lima.
Cualquier bala del campo americano
le vale más al porvenir humano
que de este siglo todas las medallas
que recuerden de Europa cien batallas.

En nuestro mundo el monte y la pradera
tocan árido, pobre e infecundo
el antiguo pasado con su mano,
pero, ¿cuánto daría vuestro mundo
por un poco siquiera
del porvenir del mundo americano?

Aquí si se contempla una llanura
no se piensa escuchar dioses ni amante,
ni ver de Jerges la sangrienta huella:
mas se adivina una época futura
en que al aliento de la humana gloria
veránse pueblos levantarse en ella.

Al contemplar un monte
no se piensa escuchar dioses ni amante,
pero se piensa ver el horizonte
a través de su cuerpo de gigante,
cuando el arte y la industria con sus brazos
partan las cordilleras en pedazos.

El río, el monte, el llano,
la piedra, las arenas, cuanto existe,
son aquí joyas del futuro humano:

joyas con que la América se viste,
y virgen y radiante y poderosa
presenta al porvenir su mano hermosa.

¡Salud, joya del mundo! El Peregrino
siente demasiado alta su cabeza
cuando a los pies de tu sin par belleza
te ofrece de rodillas su destino.

Bastante se ennoblece y abrillanta,
bajo la lumbre suave de tus ojos,
para envidiar del Asia los despojos
ni cuanto Europa envanecida canta.

Al pintar tu hermosura
lo inspira y alza lo sublime de ella,
y con sólo seguirte, virgen pura,
él se baña en los rayos de tu estrella.

Salud, ricas coronas
para la blanca frente de la hermosa,
tejidas desde el Plata al Amazonas
por la mano del cielo primorosa.

Salud, Janeiro—primavera eterna,
rosa nunca sin sol, siempre aromada,
tú la enseñaste al Peregrino errante,
de su América tierna
una belleza más en el semblante,
un rayo más de luz inmaculada.

Al mostrarle tu frente al Peregrino
purificaste, acaso, el pensamiento
que en embrión contenía su cabeza,

sobre el alto destino
que jugará en el mundo la grandeza
de lo que tiene americano asiento!

El no lo duda, no; él cree y se fía
en la eterna armonía
de las obras de Dios sobre la tierra:
y cuàndo ha visto los opimos dones
que derramó a montones
la mano del Creador sobre tu frente,
ha visto tras los siglos, con su mente
en genio y paz y en libertad prolijos
la futura grandeza de tus hijos.

El no te olvidará. ¿El? ¿Quién olvida
el lugar que en la vida
nos dió un poco de calma y de ventura?
¿Quién olvida la palma del desierto
que en el camino incierto
nos guareció del sol que nos quemaba?
Tú le distes un día a quien llamaba:
su DÍA DE ORO... Deificado día
que él adora en sublime idolatría.

———

CANTO DEL PEREGRINO

ADIÓS AL JANEIRO

Adiós, Río Janeiro; del bardo PEREGRINO
escucha, va en las ondas, el eco de su voz:
La página más bella te debe mi destino;
adiós, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adiós.

. . . .

No tengo yo ni patria ni amigos en el mundo,
y allí donde palpita mi corazón feliz,
mi pecho de recuerdos y gratitud fecundo,
al despedirse deja su bendición allí.

No tengo por riqueza sino mi triste lira,
que canta cuando llora mi triste corazón;
llevad, brisas del Norte, los tonos que suspira;
adiós, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adiós

La patria en que he nacido cantando sus vic-
[torias,
se levantó en los brazos del genio militar;
bajo la paz mañana la esperan otras glorias
y las orladas sienes elevará inmortal.

Su abrazo es el más noble, su mano la más fuerte,
que marchen abrazados el águila y el sol.
La paz es para entrambos la egida de su suerte;
adiós, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adiós.

———

CANTO DUODECIMO

Al Sr Dr. D. Francisco Pico:

El amor a la patria — el infortunio del proscripto, la esperanza en el porvenir — son flores y espinas que ha brotado el corazón de usted desde su más temprana juventud.

Una amistad, la más pura y desinteresada, hace mucho tiempo que nos une.

En este CANTO *hablo de patria, de infortunio, de porvenir; ¿querrá el proscripto y el amigo aceptar este homenaje pobre de una amistad rica de cariño y consideración?*—José Mármol.

Montevideo, Julio 19 de 1846.

En muda soledad duerme tranquila
cual postrado león, la mar sonora,
y allá en el horizonte su pupila,
cual risueña beldad, muestra la aurora.
El primer rayo de su luz vacila
y apenas de la mar la espalda dora;
pero llegan en pos y en muchedumbre
rayos y rayos de brillante lumbre.

Huye la obscuridad y huye el sosiego
de la ofendida mar que hincha su espalda,
y allá en el horizonte ondas de fuego
disputan a la mar las de esmeralda;
Hasta que bordan opulentas luego
del astro rey la fúlgida guirnalda,
que en su llama inmortal al mundo absorbe
como la luz de Dios absorbió al orbe.

Con la brisa del Norte hinchado el lino
se desliza el bajel rápidamente,
como la vida al soplo del destino
en el mar de las cosas y la mente.
En la popa, su vista el Peregrino
tiene fija en las nubes de Occidente;
baja sus ojos y las ondas mira,
y como lleno de dolor suspira.

¡Un suspiro!... ¿y por qué? ¿Carlos, acaso
tiene algo de común con los dolores
ni la felicidad? ¿Ya en el ocaso
su estrella no apagó sus resplandores?
Indiferente al infortunio, el paso
no mueve por doquiera, sin amores,
sin dar al ruido mundanal un eco
su corazón desencantado y seco?

¡Ay, ese corazón fué tan aprisa
despeñado en los piélagos del mundo,
que si mira el pasado en él divisa
un largo siglo de dolor fecundo!
Se acabó para Carlos la sonrisa
y, escondido del alma en lo profundo,
coge allí la raíz de sus dolores
y la pone en su lira en vez de flores.

El fué para los hombres, franco y bueno,
noble su corazón cual la nobleza;
pero existía un cáliz en su seno
y una chispa del genio en su cabeza.
Le llenaron el cáliz de veneno,
la chispa hirió del mundo la corteza
y él dijo al contemplarlo, friamente:
"nos miraremos, mundo, frente a frente".

Y después, desatando sin recelo

del mundo y del espíritu los nudos,
cual noble Caballero, que en el duelo
deja su brazo y corazón desnudos,
tras de la tempestad remontó el vuelo
del infortunio al ¡Ay! sus labios mudos,
comenzando esa vida, ese romance
que ojalá nadie a comprender alcance.

Esa vida, ese cúmulo de escenas,
donde el drama del mundo ha conocido
y donde todo, sin excluir las penas,
a excepción del honor, ha consumido.
¿Cuáles dichas de amor le son ajenas?
¿Qué hiel del infortunio no ha bebido?
¿Qué lágrima ha quedado en su pupila?
¿A qué se lanza ya, ni en qué vacila?

¿Acaso los recuerdos todavía
arrebatan a su alma ese suspiro?
¿Del cielo tropical el claro día
viene a su mente a perturbar el giro
de las negras ideas? ¿Su alma umbría
se alumbra con el rayo de zafiro
que el Crucero en su espléndido palacio
vierte en hebras de luz sobre el espacio?

¿Acaso su inmortal CINCO DE ENERO (1)
ese suspiro lánguido arrebata,
y recuerda con él su amor primero,
y esa mujer hasta con Dios ingrata,
para entregarle el corazón entero;
esa mujer cuyo recuerdo mata,
porque, al verla una vez, el alma expira,
si lejos de ella y de su amor suspira?

Aquella a quien un día el PEREGRINO
dijo: "¡Adiós! yo te he amado hasta el exceso,

mi amor primero te guardó el destino,
toma, guarda también mi último beso;
si te hallare otra vez en mi camino,
entonces te diré con embeleso
si conoces el sello de tu boca;
ven, y mi labio con tu labio toca".

No, no es ésa quien ahora de su pecho
arranca ese suspiro; la ama tanto,
que, el corazón en lágrimas deshecho,
o sueños de placer, en vez de llanto,
nunca a su imagen y a su amor estrecho
nunca suspira, pues su dulce encanto
es guardar cuanto fué y es de su bella
sin que robe un suspiro el nombre de ella.

Esas ondas que mira el PEREGRINO
¿no sabéis cuáles son? Son las del Plata;
y esas nubes que el rayo matutino
sobre el cenit azul blancas delata,
le descubren el Cabo Cisplatino
cuya sombra en las olas se retrata.
¿Comprendéis el suspiro? Al sur, la nube
de las riberas de su patria sube.

Si al extranjero que aprendió la historia
de estos pueblos, las ondas de su río
inspiran un recuerdo en su memoria,
triste como el crepúsculo del día,
al que en ellas nació, cuando la gloria,
que al nacer expiró, también nacía,
¡oh, que no inspirarán si acaso siente
sensible el corazón y alta la mente!

El PEREGRINO sus miradas gira:
a su izquierda la patria. *Allí está ella*,
dice, y las nubes y las ondas mira,

por distraer el alma de la huella
que labra la vergüenza... El aura aspira
de la patria oriental... Sus rocas, bella
baña la luz del sol... mas ¡ay! le muestra
que también hay tiranos a su diestra. (2)

¡De un hombre que en el Plata fué su cuna,
sus esperanzas y su fe primeras,
es por cierto, gran Dios, bella fortuna
estar del río entre las dos riberas,
y saber que a la vez en cada una
la barbarie despliega sus banderas;
y que en aquella o en aquesta orilla
a su garganta espera la cuchilla!

Es cierto, sí; mi pobre PEREGRINO
bien habrá de mover su mundo interno,
al contemplarse sobre débil pino
navegando a la entrada de un infierno;
bien puede meditar sobre el destino,
los fallos de Satán o del Eterno,
a la vista de pueblos y señores
que dejó malos y los ve peores.

Su madre patria allí, y allí su hermana...
hay parientes, por Dios, que más valiera
llorarlos muertos en su edad temprana.
Y esa madre de hermosa primavera
y esa joven tan pura en su mañana,
el triste viajador verlas quisiera
en aqueso que llaman en la historia
no tumba, sino templo de la gloria.

¡Argentino! Por Dios y por mi vida,
que este mundo no es hoy una gran cosa;
si no se llama cosa desmedida
siervo vivir de tiranía odiosa,

o arrastrar vagabunda y desvalida
una existencia obscura, fatigosa;
dos extremos, los únicos al hombre
que lleva de Argentino el triste nombre.

Antes era otra cosa; antes valía
la pena de llevar una estocada
el decir con orgullo y bizarría:
nací argentino y en mi patria amada
no hay ya ni esclavitud ni tiranía,
y en la frente del hombre inmaculada,
donde la libertad graba su sello
deslumbra un rayo de esperanza bello.

Pero antes esa patria, en vez de yugo,
laurel tenía y palmas en la frente;
en vez de miserables y verdugo
hombre de honor y corazón valiente;
y en vez del vicio cuyo amargo jugo
hoy nutre sus entrañas torpemente,
la miel de la virtud nutría el seno
de amor, nobleza y esperanzas lleno.

Entonces a la luz del claro día
se conquistaban glorias inmortales,
y el corazón en ecos repetía
las voces de los cánticos triunfales;
entonces por la patria se moría,
y eran templos las urnas sepulcrales;
entonces ¡ay! las madres envidiaban
la suerte de los hijos que espiraban.

Entonces en la lid nuestros guerreros
dirigían al pecho castellano,
como leales y nobles caballeros,
la punta de su sable americano;
entonces se envainaban los aceros

y al vencido infeliz, la propia mano
del vencedor cuidaba de su herida,
al que quiso matar, dándole vida (3).

Entonces el anciano, cuya noble
frente, al peso del tiempo ya se abate,
cual viejo y fuerte deshojado roble
que resiste del viento el duro embate.
escribía la ley, cuando el redoble
convocaba sus hijos al combate,
y ellos le daban *patria* con la guerra,
y el viejo a ellos, *ley* para su tierra.

Entonces en las bóvedas del templo
la palabra de Dios repercutía;
y la virtud de Cristo era el ejemplo
que el sacerdote al pueblo descubría;
entonces esta lira que yo templo
a la voz de mortal melancolía,
otros templaban a la dulce y bella
voz de la libertad, en redor della.

Entonce el labrador, cuando el arado
volvía a levantar dejando el sable,
de su esposa y sus hijos rodeado
a la puerta del rancho miserable.
ricas cosas contaba entusiasmado,
todas de patria y gloria memorable
sin miedo de negar o dar renombres,
porque entonces los hombres eran hombres.

Entonces eras tú, pueblo argentino,
grande como los Andes y el Oceano;
y a la luz de tu fúlgido destino
alumbrabas el mundo americano,
derramando en tu espléndido camino,
como Dios las estrellas con su mano,

chispas de libertad, rayos de gloria,
desde el carro veloz de la victoria.

Rodaban de los Andes de repente
torrentes de guerreros a su acento,
para caer cual rayos en la frente
de un trono con dos mundos por cimiento;
como al eco de Dios, en llama ardiente,
cayeran en raudal del firmamento
nubes y nubes que el cenit desploma
en la réproba frente de Sodoma.

Y a sus plantas tiraba hecha pedazos
la cadena de fierro de dos mundos,
que cayeran del cielo sin más lazos
que aquellos del amor, y los profundos
mares que los estrechan con sus brazos,
por más que sus desiertos infecundos
donde todo se pierde ante los ojos,
parezcan separarlos con enojos.

Y cambiaba del hombre los destinos
levantando una virgen de esperanza,
como alza Dios los rayos matutinos
y cambia el huracán por la bonanza;
y abría de un futuro los caminos
donde una nueva humanidad se lanza,
como hizo Dios al presentar la oliva
dentro del Arca a la familia viva.

Entonces al sepulcro caminaba
pasa a paso el guerrero, y de su frente
la aureola el sepulcro iluminaba
y el más allá de la futura gente.
El sol así, cuando su marcha acaba
lleno de majestad en occidente,

de su tumba los bordes ilumina
mientras a otra región su luz camina.

En fin, la vida y aun la misma muerte
en los pueblos del Plata, para el hombre
eran entonces envidiable suerte;
vida era gloria, y muerte era renombre.
Pero a esa patria, valerosa, fuerte,
llena de gloria y opulencia y nombre,
rica de corazón, rica de espada,
¿sabéis ahora lo que resta?.... ¡Nada!

Parece que su frente hubiera sido
por la vara de un mágico tocada,
o la trompeta de Josué sentido,
al mirarla tan rápido postrada.
Parece que algún soplo desprendido
de las egipcias playas, abrasada
su atmósfera dejase, y de repente
postrado hubiera la marchita frente.

Todo, todo pasó; gloria, opulencia;
la virtud misma del hogar no existe,
y las horas las cuenta la existencia
por los golpes del fierro que resiste.
La propia flor de la beldad su esencia
ha perdido y su brillo, mustia y triste.
encerrada con halitos impuros
de la barbarie entre los altos muros.

Apenas esa patria que derrumba,
más y más cada día el despotismo,
y besa más la mano que la tumba
cuanto más la despeña en el abismo;
apenas, como el polvo de una tumba
tiene flores que brota de sí mismo,

tiene ella por el mundo algunos hombres
celosos de sus glorias y sus nombres,

que han bebido la hez de la amargura
bajo el pálido sol del extranjero,
y consuelan su misma desventura
con hablar a su patria dulce agüero;
que bajo suelo extraño sepultura
dan a sus viejos padres y al guerrero;
y les dicen: "Quedad hasta que un día
lloremos ¡ay! vuestra ceniza fría".

Que ven nacer sus inocentes hijos
sin nacer en la patria de su padre;
y en vez de maldecir, hacen prolijos
que al empezar a hablar la llamen madre:
y siempre en Dios y en la esperanza fijos,
cuando a su patria la bonanza cuadre,
ven que el dolor y la vejez los labra
sin decir de Scipión la cruel palabra (4).

Aquesto y nada más, patria argentina,
queda de tu pasado y tu grandeza;
es el último rayo que ilumina
del sol que abrillantaba tu cabeza.
Pero lejos de tí su luz camina
sin animar tu lívida belleza;
esa que abrigas torpe muchedumbre
nada conserva de tu antigua lumbre.

¿Nada?... ¡Oh, es mucho *nada!* Tiene menos
esa gente en el vicio embrutecida;
tiene acreedores de piedad ajenos,
tiene la humanidad, que sorprendida,
y los cielos también de pasmo llenos
le piden cuenta, y en rigor debida,

de esos largos escándalos salvajes,
con que al mundo y a Dios comete ultrajes.

Cuenta que has de pagar, redil de esclavos,
pueblo sumido en lodazal del crimen,
espúrea raza de los hombres bravos
que hoy en la tumba de vergüenza gimen.
¡Ah, bien la pagas ya!... Sientes los clavos
y el son de las cadenas que te oprimen;
dentro del corazón la verdad sientes,
y nuevo Galileo, crees y mientes.

Diputados, ministros, generales,
¿Qué hacéis? Corred; el bruto tiene fiebre;
arrastrad vuestras hijas virginales
como manjar nitroso a su pesebre.
Corred hasta las santas catedrales;
a vuestros pies la lápida se quiebre;
y llevad en el cráneo de Belgrano
sangre de vuestros hijos al tirano.

Que su carro triunfal vuestras esposas
arrastren otra vez, dadlas al bruto,
para que os honre, si las halla hermosas,
con daros de su raza un noble fruto.
¿De qué no es amo y digno vuestro Rosas
si le dísteis la patria por tributo?
Gracias, señores, gracias por la gloria
que dejáis de nuestra época en la historia. (5)

Envidiásteis tal vez a los campeones
que llamáronse *célebres* un día,
y al nivel de esos ínclitos varones
os quiso levantar vuestra osadía.
Y en efecto, tan altas ambiciones
se os han llenado ya, y en demasía;

pues la fama, con nombres y apellidos,
os llama los más *célebres bandidos.*

Generales, ministros, diputados,
grande es vuestra misión en vuestra era;
y, si por buena ley morís ahorcados,
ni admirable tal vez, ni extraño fuera
que allí vuestros cadáveres colgados
quedasen, como ejemplo al que los viera
del modo como se hacen inmortales
los célebres, los altos criminales.

¡Oh Rosas! No la prensa y la tribuna
del brasilero, GRANDE solamente
te llamará, eso no; también hay una
joven y noble y argentina frente,
que hoy se levanta, y sin temor ninguna
te llama GRANDE, FUERTE, OMNIPOTENTE,
y así te llama ante la luz del día,
que es frente sin doblez, porque es la mía.

Y así te llamo, para orlar de gloria
esa patria infeliz a quien adoro;
que destinada en su naciente historia
a escribir con valor páginas de oro,
primero la grandeza en la victoria,
después de inteligencia un gran tesoro
y a tí después te levantó en sus manos,
el más grande de todos los tiranos.

¿Quién más que tú fué grande en osadía?
Escupes en la frente de la Europa;
y ese mundo de regia jerarquía
te brinda luego de amistad la copa,
y pisas del bajel en que la envía
el pabellón de la soberbia popa.

Gracias, Rosas: mi nombre de argentino
que el de enemigo tuyo antes me vino.

Ese nieto imperial de veinte abuelos,
hijo pigmeo de gigante padre,
manda tender del águila los vuelos,
luego que al potro de la Pampa cuadre;
y tú, rama del pasto de los suelos,
gaucho sin Dios ni ley—de obscura madre;
haces que lleve un puntapie consigo,
y te llame el monarca *Grande Amigo* (6).

Uno que es más que tú, transformó un día
en estatua de sal una belleza;
y tú, mayor que él en fantasía,
has tenido el capricho en tu cabeza
de hacer de una nación de nombradía
un pantano cubierto de maleza,
y de un millón de seres racionales
número igual de estatuas animales.

Estatuas con resortes; tú las tocas
y ellas corren, se paran, lloran, cantan,
les das de latigazos, y más locas
saltan, gritan, te aplauden y se encantan;
y al ruido el infierno abre sus bocas
y hasta Satán y el Tártaro se espantan,
que a tantos a la vez ni Satán mismo
enloqueció jamás en el abismo.

Gracias, Rosas; mi mente de poeta
busca la novedad, y cada fibra
siento del corazón latir inquieta
por toda voz que de ignorancia libra;
y tú eres a mi oído una trompeta,
que en ecos claros me repite y vibra:

que si tú no eres grande, pocos reyes
y pocos hombres hay que no son bueyes.

¡Ah, Rosas! si mi joven PEREGRINO
a quien haces viajar pobre y errante,
te encuentra alguna vez en su camino
habréis de ser amigos al instante.
Puede ser que se canse el argentino—
Tú apuestas a que no y—¡ay! su gigante,
viaje por el Brasil o por la Europa...
si te halla CARLOS tocaréis la copa.

Y gran cosa por Dios mirar sería
conversando el demonio y un poeta,
en una noche de tormenta, umbría,
con voz pausada, con pupila inquieta,
a la pálida luz de una bujía,
entre misterio y soledad secreta,
acariciando cada cual a solas
el oculto puñal o las pistolas.

Y descubriendo de tu mundo interno
esos cóncavos senos del delito
que abrió en tu corazón el mismo infierno
para vaciar la rabia del precito;
y mostrando el POR QUÉ del odio eterno
que fulminó tu corazón maldito,
saber CARLOS entonces el enigma
para cantar su horrible paradigma.

Y al oscilar la luz sobre tu frente,
las sombras de tus víctimas pasando
contemplase el poeta, y de repente,
el trueno en los espacios retumbando,
y de cien rayos a la llama ardiente,
ver con arpas de fiero negro bando

de bardos de Luzbel, a roncos gritos
cantar tu maldición y tus delitos.

Todo esto para Carlos bien sería
espectáculo ameno—escena rara
del drama de su vida,—y bebería
contigo dos botellas cara a cara,
sin miedo y con placer. ¡Cuánto sabría!
¡Tú que enseñas tan bien, con voz tan clara!
Mas ¡ay! no te he de hallar; y Grande y Fuerte
seguirás en tu cátedra de muerte.

¡Cuánto no has enseñado y puesto en duda!
¡Cuánta filosofía no has dictado
de ficción y oropel siempre desnuda!
Las cosas como son has enseñado:
la ley de Dios para la tierra, muda;
bajo el látigo el hombre arrodillado;
y que todo es ficción cuanto decimos
del palabrero siglo en que vivimos.

Una cosa más práctica la mente
te debe todavía; y es el modo
de comprender de América el presente
y su modo de ser y sufrir todo;
pues, libre un poco más, toda su gente
cual la que mandas tu, duerme en el lodo;
erial de los alcaldes y virreyes
do plantaron el bosque de sus leyes.

Hay coincidencias raras en la vida
de los célebres pueblos. Cuantos males
ha sufrido la España en su caída,
los debe a esos magnificos caudales
que le enviaba la América oprimida;
y esta debe de llantos sus raudales

a las manos que España le mandaba
para coger el oro que encerraba.

Yo miro levantarse soberana
de Washington la patria, como el astro,
que del pálido oriente en la mañana
se alza dejando iluminado rastro:
miro su libertad virgen y ufana
despeñarse en su carro de alabastro,
atravesar los piélagos profundos
y en sus hombros después volver con mundos.

Yo miro del Brasil brotando lumbre
la razón y la industria palpitantes,
como brotan en rica muchedumbre
sus arenas el oro y los diamantes:
y allí su libertad en regia cumbre
fascinar con sus ojos rutilantes,
cual fascina su monte y su pradera
con su eterna y lujosa primavera.

Y yo miro también que donde el carro
de la España rodó, sobre la tierra
inmensa de Cortés y de Pizarro,
hay solamente esclavitud y guerra,
pueblos sumidos en inmundo barro
que estremecen los llanos y la tierra,
recibiendo en la punta de las lanzas
de la alma libertad las esperanzas.

Salud, Duque de Rivas. Eres hombre
que dijiste verdad en ecos llanos,
cuando dijiste, por negarnos nombre:
Españoles seréis, no americanos...
Hé aquí la verdad por más que asombre,
la verdad que descubre cien arcanos,

el prolijo compendio de una historia
que ya cuenta más lágrimas que gloria.

Aquí hay España, sí; pero no aquella
España de los ínclitos varones,
que por su Dios y por su patria bella,
de Cristo y de Castilla los pendones
al rayo divinal de clara estrella
y al soplo de sus nobles ambiciones
desplegaban doquier, y el mundo todo
seguía el carro del triunfante godo.

Mas no la España que de su alta frente
el dulce rayo del saber fecundo,
llena de majestad su luz fulgente
brillaba por el ámbito del mundo;
y cual fuera en las lides imponente
de sus armas al golpe furibundo,
fuera después, al golpe de su acento,
bizarro paladín del pensamiento.

Esa España su gloria nos daría,
y el alma de Colón al vernos *grandes*,
nuestra madre inmortal bendeciría
desde la sien de los soberbios Andes;
y a su virgen espléndida diría:
"Para que al mundo en lo futuro mandes,
"cuando te hallé desnuda entre las olas,
"te cubrí con banderas españolas".

Mas era su poder, poder del suelo,
humana creación que al fin perece,
y debía brillar como en el cielo
exalación que brilla y desparece;
y cuando tras del mar alzóse un velo
y a sus ojos la América se ofrece,

sobre los campos de Rocroy caía (7)
la última luz de su rosado día.

Y sumergióse luego en el torrente
de las edades, y dejó en la historia
las huellas de sus pasos solamente,
que también pasarán con su memoria;
hasta que al fin la venidera gente
pierda hasta el nombre de su antigua gloria,
yerta en el panteón de las edades
con sus hombres, sus siglos, sus ciudades.

Y el Tajo, el Sena, el Rhin, en cuyas olas
al son guerrero de su trompa un día,
o al eco de las liras españolas,
el nombre de la España se aplaudía,
perdidas de su sien las aureolas,
y las lluvias de luz y de armonía,
no sabrán de sus liras ni su trompa,
ni que hubo España de envidiable pompa.

De su caos los siglos se desprenden,
llegan, ruedan, levantan en sus manos
generaciones, mundos, y descienden
de la honda eternidad a los arcanos.
Así del hombre las pasiones hienden
por esos del placer goces mundanos,
roban la aroma de la flor, y luego
vuelven al corazón marchito el fuego.

Tienen y nada más sobre este mundo
una nación, un siglo—un hombre, un día;
y el antes y el después es infecundo
tiempo que habita entre la nada umbría,
y es la memoria en su caos profundo
al Partenón y al Capitolio frío;

y de Venecia apenas los canales
hablan de Bucentauro y Carnavales.

Y la grande misión, el siglo bello
terminaban de España; a su cabeza
había orlado ya con todo aquello
que puede dar de grande la grandeza,
y sobre el viejo mundo puesto el sello
de su genio, su lanza y su nobleza,
cuando un hombre, en los siglos sin segundo,
pidióla un barco para darla un mundo.

Suele haber en la suerte un mal sentido
que no sabe dar precio a los momentos;
antes un siglo el genovés nacido
la España hubiera puesto los cimientos
a un nuevo porvenir; habría sido
el orbe avasallado a sus acentos,
y el cataclismo que tumbó su frente
deshecho por su mano omnipotente.

Y si un siglo después nace y le muestra
este mundo Colón, ya no lo toca:
el galo y el bretón ponen la diestra
y sus muros de bronce en nuestra roca...
¡Ay! la fortuna de hoy menos siniestra
fuera para nosotros, y más poca
servidumbre a la España costaría
este mundo encontrado en fatal día.

No habrían derramado al suelo hispano
esas brillantes lluvias de tesoros
las nubes del cenit americano
para agostar la flor de sus decoros;
para embriagarlo y enervar su mano,
para hacer que brotara de sus poros,

desde Felipe hasta Fernando, males,
en tres siglos a España tan mortales.

Eso es lo que hay aquí. La España muda,
la que tres siglos de fatal memoria
bajo el peso gimió de ambición ruda;
llorando apenas su perdida gloria
alguna lira de temor desnuda,
lágrima santa que guardó la historia;
o la voz de alguna alma sin mancilla
junto al fuego o al pie de la cuchilla.

La España con que luchan todavía
de sus hijos de ahora el genio y brazos,
sin poderla vencer en su porfía,
ni con rayos del genio ni a balazos;
en la que el *fraile* pertinaz porfía;
la que ese *Rey* con cetro hecho pedazos
en tenaz ambición mueve y ensaña
contra la nueva floreciente España.

Eso tiene este mundo americano,
como fibras de vida dentro el pecho,
desde el florido suelo mexicano
hasta la estéril roca del Estrecho:
absolutismo, siervos y tiranos,
farsas de libertad y de derecho,
pueblo ignorante, envanecido y mudo;
superstición y fanatismo rudo.

Eso tienes, América; responde:
¿cuál es tu porvenir? quita un instante
tus ojos de la urna en que se esconde
de tus glorias el tiempo de diamante;
deja tu noble vanidad, y ¿dónde,
dime, se aclara el *más allá,* que errante
busca inquieta y tenaz la mente mía
entre las nubes de tu noche umbría?

Deja tu gloria en la nevada cumbre
de los altivos Andes, frente a frente
con la posteridad brotando lumbre,
de mar a mar, en fúlgido torrente;
deja también la rica muchedumbre
de las verdes promesas de tu mente,
y mirando tus *hombres*, lo que ignora
revélame, por Dios, que yo te adoro.

¿Cuál es tu porvenir? ¿Por qué camino
despeñada mi mente en lo futuro
encontrará de América el destino,
atravesando siglos, como el puro
rayo de sol nadando brillantino
de nube en nube en el cenit obscuro?
Habla: los Andes, y la mar, y el viento—
¿no ves?—se postran a esperar tu acento.

Yo sé que serás tú la flor más blanca
en el jardín del porvenir humano;
y que en tu cielo el Hacedor estanca
las luvias que abrirán puro y lozano
tu caliz virginal; y al orbe, franca,
olas darás de tu ámbar soberano;
yo sé que tus destinos son estrellas,
¿más cómo, madre, dí, rodarán ellas?

¿Habrá sobre tus hombros, algún día,
el manto azul de Césares, acaso,
y espléndido y brillante, madre mía,
en tapiz regio marcarás el paso;
llevada por el tiempo hasta el ocaso,
y tu primera estrella mustia y fría,
habrá dejado apenas por memoria
el nombre de República en la historia?

Pero silencio... la tormenta ruge,

y a los golpes del rayo de repente
en su cimiento de oro el Andes cruje...
tú sabrás qué poner sobre tu frente
cuando en el cielo el iris se dibuje...
entretanto, esta chispa que mi mente
acaba de arrojar, hoy no se mire;
que en la posteridad luzca o expire.

Entretanto, también con tus cadenas
queda, ¡oh Plata! y tus crímenes prolijos,
como Saturno, de sus propias venas
tragándote voraz los tiernos hijos;
tendido en tus bellísimas arenas
queda en sangre no más tus ojos fijos,
como el boa del Indio harto de entrañas
postrado queda entre aromadas cañas.

Queda por medio siglo todavía
pobre patria argentina, sin guirnalda,
sin luz, sin genio, aletargada y fría,
brotando las heridas de tu espalda
la sangre que nutrió tu tiranía;
y cuyo rastro el monte hasta la falda,
las piedras, los desiertos, cuanto existe,
conservarán enrojecido y triste.

Queda hasta el *más allá*, donde el destino
de América revele los arcanos,
y con ellos también, suelo argentino,
los tuyos que el futuro entre sus manos
conserva todavía; y el camino
porque transitas hoy, y esos tiranos,
sean en colosales dimensiones
cuadro de novedad e inspiraciones.

Suspira el PEREGRINO y de la nave
vuelve del Sur la vista conmovida.

¿Cómo no suspirar, cuando no cabe
dentro del pecho tan ingrata vida;
cuando pasan los años y no sabe
sino que pasan sin curar la herida;
cuando en su mente ¡ay! *todo* concentra,
y a *nada* y *nadie* su memoria encuentra?

Cuando a los hijos del honor divisa
condenados de Tántalo al suplicio;
y mira en el tirano la sonrisa
y a ellos ahondar su precipicio;
trabajar con valor, y más a prisa
que el ariete se alzó, ser el desquicio;
cuando ve por doquier tiempos y lanzas
y por doquier perdidas esperanzas!

¡Y siempre bajo el sol del extranjero
y siempre el pan de la miseria amargo!
Carlos ¡ay! tiene el corazón de acero
para llorar por él; pero ¡es tan largo
el tiempo que ha corrido lastimero
sobre tanto infeliz; y el triste cargo
de llorar su dolor, es tan sagrada,
tan hermosa misión de alma inspirada!

Allí están unas rocas—¡Sufre tanto
al volver a mirarlas de este río,
regadas por la sangre y por el llanto,
bajo un cielo tan lúgubre y tan frío!...
Allí donde otra vez su primer canto,
como al alba del ave el primer trío,
saludó el porvenir, fija su frente
en las rosadas nubes del Oriente!...

Allí donde en el alba de su vida
se abrió la flor de sus afectos pura,
y vió la primer hoja desprendida

al primer temporal de desventura...
Allí conoció su alma sorprendida
su luz vital y su misión futura...
Allí vió descubierto su camino,
allí dió el primer paso El Peregrino.

Allí están esas rocas orientales
do le arrojaran de su patria bella
esos raudos furiosos temporales
que deshojaran la guirnalda en ella!
¿Y cuándo? Cuando apenas virginales
veía Carlos los rayos de su estrella;
cuando daban apenas entre amores
sus diez y ocho años las primeras flores!

Y ya cárcel, cadenas y destierro,
amor, placeres, juventud perdida;
y ya la sin piedad mano de hierro
del infortunio taladrar la vida;
y ya el primer dolor, el primer yerro,
la primer falta, la primer caída,
y ya, en cuerpo infantil, alma enlutada,
de pasión en pasión ir despeñada!...

Y ya saber odiar... y entre despojos
dejar la patria por la vez primera
sin brotar una lágrima sus ojos!...
¡Y ya con alma noble y altanera
soportar desengaños y sonrojos,
pisando sin hogar patria extranjera!...
Pasad tristes recuerdos de la mente—
allí están esas costas del Oriente.

Bellas como su nombre, allí su falda
besan del río y de la mar las olas,
y las cumbres bordadas de esmeralda
el ámbar de la flor esparcen solas,

cual si el aura que agita su guirnalda
impregnada de esencia de amapolas
adormeciera desmayado al hombre
dentro de ese jardín bello hasta en nombre.

En esos campos el corcel de CARLOS
cien veces estampó sus herraduras,
cuando quiso el poeta contemplarlos,
lleno por tradición de su hermosura;
y pudo en sus bellezas admirarlos
y más que su belleza en su ventura,
que eran felices ¡ay! pues más que flores
brotaban libertad y paz y amores.

¡Oh! esos campos son fértiles y bellos
cual corazón de quince primaveras!
De la alta bendición vense los sellos
en la vegetación de sus praderas:
en el millar de arroyos que por ellos
serpean entre blancas primaveras,
como arterias de un cuerpo derramando
vital licor en movimiento blando.

Y en esas mil espléndidas cuchillas
ricas de gracia y aromadas flores,
que en medio de la miés son amarillas
nubes que flotan ricas de colores;
y cuando hiela Julio sus orillas
y el Pampero desata sus rigores,
son las obscuras y robustas ondas
que en el centro del mar se alzan redondas.

¡Ay! en ellas la brisa era tan pura,
tan grata para el alma del proscrito,
que al ver su patria bajo nube obscura—
atmósfera de sangre y de delito—
ciudadano del mundo, a la aventura,

salió a buscar el hálito bendito,
soplo puro de Dios, dulce, sin nombre,
de la suprema libertad del hombre!

¡Ay! entonces ese hálito de vida
refrescaba la sien del uruguayo,
y esa patria, esa rosa desprendida
de la corona virginal de Mayo,
desplegaba sus hojas engreída
del alma libertad al dulce rayo;
y en la más joven de sus tiernas hijas
tenía Mayo sus miradas fijas.

. . . .

Llena de fuerza y de temor desnuda,
arrebatar al Plata parecía
todo su porvenir en sólo un día.

La industria de la Europa en raudas alas
miraba la infeliz Montevideo
llegar para cubrirla con sus galas.
Era el bello festín de su himeneo
con el progreso, en las brillantes salas
del arte, de la ciencia y del deseo;
pues cuanto pudo ambicionar su mente
allí tenía para orlar su frente.

Atropellando las soberbias olas
del Plata, dilataba sus cimientos;
y en las rocas estériles y solas
improvisaba ricos monumentos;
y en ellos y doquier las aureolas
de las artes burlaban los momentos;
y eran, al contemplarla, recordadas
las fabulosas grutas encantadas.

La Libertad cubría su cabeza
con su manto de luces, y atraídos
por el tocante imán de su belleza
los hijos del honor, los escogidos
paladines de la última nobleza
de la argentina patria, conmovidos
llegaban a guardar bajo ese manto
sus bellas esperanzas y su llanto.

Un coro de poetas esparcía
su música inefable para el alma,
regalando en su dulce melodía
para el inquieto corazón la calma;
porque es lluvia de Dios la poesía
que al pecho del mortal la fiebre calma
irresistible y santa, cual la pura
lágrima virginal de la hermosura.

Ellos, con arpas de marfil el lloro
del proscrito calmaban y sus penas;
ellos la libertad con trompa de oro
anunciaban al pueblo entre cadenas;
y sus almas de fúlgido tesoro
de inspiración y de armonía llenas,
saludaban también el primer rayo
que anunciaba en Oriente al sol de Mayo.

Y la felicidad lluvia de flores
derramaba también sobre la frente
de esa ciudad, que, rebosando amores,
era, en verdad, belleza de *Oriente;*
un tulipán de espléndidos colores,
que a la orilla del Plata de repente
se levantaba a seducir los ojos
y a dar al corazón goces y enojos.

Pues era un carnaval de mil placeres,
que por primer imán de todos ellos

tenía sus bellísimas mujeres
con seno de jazmín, negros cabellos
y ojos que procuraban por quehaceres
quemar al corazón con sus destellos.
¡Clima frío, salud; salud, hermosas!
Sois lo que hay de ese tiempo y esas cosas.

La sangre ha enrojecido las campañas
de esa patria que fióse en la fortuna;
los hijos han rasgado las entrañas
de la madre infeliz, y en cada una
levantan el laurel de sus hazañas.
Pueblo del Plata, al fin; fuerte en la cuna
y apenas joven, en vejez de males,
no deja de su fuerza ni señales.

Esa patria tan bella en su regazo
ahogó su tierna libertad querida;
como madre inexperta, que en su brazo
su primer hijo sofocó dormida.
En un solo momento ha roto el lazo
con su prosperidad, y en larga vida
el yermado jardín no tendrá flores
ni el tulipán espléndidos colores.

Una lluvia de lágrimas la tierra
ha bebido, mezclada con torrentes
de la sangre vertida en torpe guerra;
y rotas de dolor todas las fuentes,
esa patria oriental ahora no encierra
sino del mal los fúnebres cimientos,
que esa lluvia de llanto es esperanza
de una flor que se llama la *venganza*.

¡Ah! cuando a ese miserable plugo,
moderno don Julián, con rabia extraña (8)
vender la patria al extranjero yugo,

no adivinó que él mismo su anatema,
su nombre de traidor y de verdugo,
entregaba también como el emblema
con que habrá de indicarlo a la memoria
de la futura gente nuestra historia.

Y que una maldición sobre su nombre
en la posteridad se grabaría,
y que al pasar junto a su tumba el hombre
sus ojos con horror apartaría.
No habrá, no, quien mirándola se asombre
de hallar en derredor flores un día,
que el alma tigre de Nerón le cupo,
mas sus caprichos de virtud no supo. (9).

Pero esa patria en su dolor aun halla
almas de libertad y valor llenas,
como en sangriento campo de batalla
suelen verse silvestres azucenas,
que no ofendió el rigor de la metralla
ni salpicó el torrente de las venas...
y el heroísmo de D'Assas tuvieron (10)
y a su alma los pueblos respondieron.

Mas ¡ah! la herida es honda: muchas veces
verá el ombú reverdecer sus hojas,
y las praderas renacer las mieses,
antes que veas tú las manchas rojas
desparecer del suelo, antes que ceses
en la recordación de tus congojas;
antes que bebas del placer la almíbar
sin que tenga una lágrima de acíbar.

He aquí el Plata con sus dos riberas;
he aquí alzado el velo del presente,
y a la vista las horas lastimeras
que ruedan de sus pueblos en la frente,

como sombras que pasan agoreras
de un tiempo cada vez más inclemente;
he aquí la verdad, amarga y dura,
mas la verdad, al fin, sagrada y pura.

No hay misterios al ojo del poeta,
dueño del corazón, donde la vida
guarda de todo la raíz secreta.
La dulce rosa que al amor convida
y la amarga cicuta que la inquieta
pasión del odio y la venganza anida,
nacen del corazón: ¡ah! ¡no hay arcanos
a quien lo tiene entre sus propias manos!

El mal está en el hombre, no en las cosas;
y eso que llaman en el mundo estrellas,
hado, fortuna, suertes veleidosas,
son invenciones de la mente bellas
con que las almas cubren afanosas
los errores y vicios de sus huellas.
La fortuna es el hombre, y el abismo
de sus males, también el hombre mismo.

No hay fortuna ni estrella para el Plata,
son sus hombres, no más, sus propios males,
está en su alma la llaga que los mata.
Ausentes de sus rayos divinales
de la fe y la virtud, en noche ingrata
se pierden de las sendas fraternales,
y todos marchan de distinto modo:
falta la religión y falta todo.

Cuando el tiempo en su mano poderosa
haya llevado al fondo de su abismo
una generación ya cancerosa,
y que el tiempo a la vez traiga en sí mismo
otra que sienta en su alma la preciosa

y purísima luz del cristianismo,
no habrá un astro de más sobre los cielos
y paz de Dios habitará estos suelos.

He aquí el Plata; SU PASADO hermoso
es de eterno valor rica simiente;
SU FUTURO es el árbol majestuoso
que alzará de ella su verdosa frente;
¿no conocéis la tierra que el valioso
germen de ese árbol guarda? Es el PRESENTE;
y aunque es verdad que la semilla encierra,
es nuestro tiempo de hoy tan sólo tierra...

No son del corazón ocultas penas
que vibran en las cuerdas de la lira,
cuando estas voces de congoja llenas
bajo del patrio sol triste suspira;
es que un rumor escucha de cadenas,
trüenos del cañón, gritos de ira,
cuando al dejar el mar siente las olas
bramar del Plata en las arenas solas.

Es que hay un no sé qué de pesadumbre
en las auras que vagan sobre el Plata;
un no sé qué fatídico en la lumbre
que en el cenit azul el sol dilata;
un no sé qué de vaga muchedumbre
de ideas, que en el alma la más grata,
la más bella esperanza desvanecen
y los dorados sueños obscurecen.

No es el alma, es el tiempo en que vivimos
el que vibra en la lira sus rigores.
¿Si hasta la luz que alumbra maldecimos
cómo cantar el ámbar de las flores?
¡Si el mismo porvenir que bendecimos
no nos guarda su luz ni sus amores;

si hasta la fe en el alma se aniquila,
y hasta el llanto se agota en la pupila!

Ved a CARLOS; el tipo, historia pura
del alma de mil otros peregrinos;
él no canta su propia desventura,
él cruza de su tiempo los caminos,
y es el ángel que espía la amargura,
los ayes y los sueños cristalinos
de sus hermanos, y en su triste lira
hace a todos hablar cuando suspira.

Y bien, ¿qué tiene aquí? Dejó este río
huyendo de su atmósfera pesada;
ha sufrido dos años el hastío
de una existencia lánguida, cansada;
de la orfandad y desamor el frío,
su alma por las pasiones abrasada,
y surcado la mar errante y solo
desde el sol tropical al yerto polo.

Ha sorprendido al mar en su misterio,
la luna, las estrellas, los albores,
la obscuridad entre su mismo imperio,
la tempestad y el rayo en sus rigores,
la luz, la nube en su palacio eterio,
en todos sus secretos y esplendores
ha visto y ha cantado la grandeza
de una virgen feliz naturaleza.

Ha cantado al arrullo de los mares
a su Dios, a su patria, a su querida.
Nuevo Harold en alma y en pesares, (11)
ha comprado con fibras de su vida
una bella corona de azahares.
Y bien, ¿cesó el dolor? Brota la herida

más y más sangre, y al volver al Plata
el agudo dolor más lo maltrata.

Planta exótica en su época maldita
con la posteridad vive su mente,
y allá en la luz del porvenir bendita
un rayo busca su abatida frente.
Escuchad, ¿no le veis? Su sien marchita
se anima y se colora de repente;
sobre las ondas sus miradas gira
y, volando el bajel, pulsa la lira.

CANTO DEL PEREGRINO

Al Plata

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante
y atropellen tus ondas el pino;
es un hijo del suelo argentino
el que vuelve tus ondas a ver.

Que el pampero sacuda sus alas,
que las nubes fulminen el rayo;
una hoja de árbol de Mayo
es quien pasa rozando tu sien.

Brazo hercúleo del cuerpo argentino
a la saña del alma responde,
si el rigor en el alma se esconde,
no desmienta su brazo el rigor.

Sé la imagen del tiempo presente
y alborota tus ondas ¡oh Plata!
Mira mi alma cuán bien lo retrata
desafiando tus ondas mi voz.

¿No escucháis ese ronco bramido
que estremece el desierto y la sierra?
¿No sentís que se rasga la tierra?
¿No sentís un torrente bramar?

¿En un mar de pasiones y sangre,
sin orillas, ni luz ni horizontes,

donde absorta la sien, de los montes
mira rayos y pueblos rodar?

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante,
no desmientas tu tiempo inclemente,
y salpiquen tus ondas mi frente
conmoviendo la nave a mis pies.

Ese mar de pasiones y sangre
mi barquilla también arrebata.
¿Qué me importan tus ondas, ¡oh Plata!
si aun aquéllas no abaten mi sien?

De ola en ola mi frágil barquilla
bogará por el mar iracundo;
si me cupo esta suerte en el mundo,
¡adelante, surquemos el mar!

Mi alma tiene la fe del poeta,
la esperanza me templa la lira,
ese mar con su furia me inspira,
y a su estruendo mi voz se alzará.

De mi frente las nítidas flores
por los vientos verá desprendidas,
y hasta el fondo del mar sumergidas,
sin llorar al decirles adiós.

Turbarán mi barquilla las olas
y caeré dentro el mar sin enojos,
pues yo sé que al cerrarse mis ojos
queda abierta en mi nombre otra flor.

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;
que fulminen las nubes el rayo,
una hoja del árbol de Mayo
es quien pasa rozando tu sien.

¿La borrasca me espera en la orilla?
pues no duerman tus olas en calma.
¿Tempestades esperan a mi alma?
pues sacude también mi bajel.

No me asustan la orilla ni el río;
yo me voy más allá de mis años,
y entre cielos y mundos extraños
vivo tiempos que están por venir.

Que haya sangre también en tus olas;
que salpique su espuma mi frente;
mira ¡oh Plata! cual vuela mi mente;
oye ¡oh Plata! tu tiempo feliz.

El ángel del futuro de hinojos en Oriente
espera el primer rayo del venidero sol,
para decir al hombre del viejo continente:
"La aurora se levanta del mundo de Colón".

Mañana de esa aurora los rayos en el monte
los rayos en las ondas, los rayos a doquier,
harán sobre los cielos magnífico horizonte
que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos ¡oh Plata! de repent
descenderá del cielo la benlición a ti,
y entonce el viejo mundo te gritará: "Detente
mis razas arrebatas, mi genio y porvenir".

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas
las ciencias y las artes cual perlas de la mar,
y de hombres y de industria y de virtudes llena
salpicarás el árbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo
podrás girar altivo los ojos en redor,
sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo
ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osare sobre Argentina frente
alzar de los tiranos el látigo otra vez!
Sacudirás tus ondas y al eco solamente
el hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y vanidad entonce,
ofertas y amenazas y naves burlarás,
y ¡ay! triste para siempre del extranjero bronce
que osare en las riberas del Plata retumbar.

La libertad hermosa se bañará en tus olas
el aire de su vida lo aspirará de ti,
y en tus riberas, antes tan áridas y solas,
tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de su sin par belleza,
el labrador sus flores derramará a sus pies;
y el alto pensamiento mirando su cabeza,
del genio en la batalla le buscará laurel.

Y poderoso entonces y entusiasmado y libre,
¿qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?
¿Quién alzará la frente cuando tu acento vibre,
y cien ciudades hagan el eco de tu voz?

Cuando a tu ¡alerta! grite la Patagonia ¡alerta!
¡alerta! el viejo Chaco y ¡alerta! el Paraná;
y la nación levante su frente descubierta,
diciendo con sus bronces al enemigo: ¡Atrás!

Gozáos en la tumba, héroes de Mayo,
el árbol que plantásteis dará fruto,
cuando asome en Oriente el primer rayo
y huya la noche con su triste luto.

¡Oh! ese tiempo vendrá. Semeja ¡oh Plata!
los temporales de mi tiempo yerto...
mi voz, con tus bramidos arrebata...
¡adelante, bajel; vamos al puerto!

NOTAS

DE LOS

CANTOS DEL PEREGRINO

INTRODUCCION

(1) Verso del PEREGRINO.
(2) Verso de un poeta español antiguo.
(3) Berro y Balcarce.
(4) Informe de la comisión clasificadora de las composiciones que han concurrido al primer certamen poético a Mayo.
(5) Nombre del PEREGRINO.
(6) Verso de una composición muy conocida a Mayo de 1843.
(7) Canto del PEREGRINO: *Las Nubes*

CANTO PRIMERO

(1) A costa de nuestro orgullo nacional, diremos al extranjero una palabra sobre ese mes de Mayo, que sirve de tema a todos los cantos argentinos. Mayo es para los argentinos, y me atrevo a decir para la América Meridional, un monumento perdurable para marcar a las generaciones futuras la época gloriosa en que una generación de héroes osó trozar con el sable la cadena de hierro que unía un mundo a otro mundo.

El 25 de Mayo de 1809 la capital de Chuquisaca, dió, por primera vez, la voz de *Libertad* en el virreinato de Buenos Aires; y los delegados del poder español se rindieron al amago sólo de un puñado de animosos chuquisaqueños, que arrebatados por el instinto de la justicia no se detuvieron a medir los peligros de su noble pero arriesgada empresa. La fortuna los abandonó en medio de su grandiosa tentativa; porque los pueblos dormían aún y sus destinos no estaban cumplidos.

El 25 de Mayo de 1810 fué el día señalado por la Providencia para la victoria de la razón y de la humanidad en Sud América: y en él empieza la historia gloriosa de la República Argentina, y de la existencia política de un continente capaz de abrazar, al andar de los siglos, toda la población, la sabiduría y poder de las naciones que hoy nos asombran con su opulencia y su cultura.

En este día se cerró para siempre el libro en que se registraba la sumisión y dependencia secular de los vastos imperios ofrecidos al rey de Castilla por el más intrépido y afortunado viajero que la historia presenta.

¡Prodigio misterioso de la libertad! ¡Los ecos de Mayo, desde las orillas del Plata atravesaron como el rayo por el soplo del Ser Supremo, hasta los confines de la América Meridional; y en el mismo día repercutieron en los pechos varoniles de Santa Fe y Caracas!

Unos y otros dijeron en Mayo: "No más esclavitud y coloniaje. No más ignorancia y superstición. No más patrimonio de individualidades. Demos independencia y libertad a nuestra tierra; Dios y sus virtudes darán el porvenir a nuestros hijos". Y Dios oyó y acogió estas palabras.

Los que las pronunciaron las cumplieron fielmente y las sellaron con sangre. Las generaciones que les suceden repiten con ardor el mismo voto, y reciben el legado de Mayo para transmitirlo a sus hijos.

¡Cuán inmensas fueron ya las adquisiciones derivadas del santo juramento de aquel día, tanto mayores cuanto que no son exclusivas a la América! Es un suceso universal por excelencia, aquel que ha presentado al género humano un mundo nuevo a la libertad y al pensamiento, sofocado por el peso de los siglos entre los límites estrechos del mundo viejo.

(2) El 20 de enero de 1817, el ejército argentino, al mando del general San Martín, salió de Mendoza hacia las cordilleras de Uspallata, Aconcagua y Plamchón, y el 11 de febrero cayó al valle de Aconcagua en el territorio de Chile; esta empresa gigante como el terreno en que se había ejecutado, debía ser coronada por la victoria, como un homenaje debido al genio audaz del general San Martín; y el 12 del mismo mes las cuestas de Chacabuco sintieron marchar los escuadrones argentinos por una vertiente de sangre enemiga, derramada con denuedo en una de las más hermosas de nuestras batallas.

Pero mucha sangre argentina debía derramarse por la independencia del Nuevo Mundo; y aun no se habían recogido los frutos de la jornada de Chacabuco, cuando Cancha Rayada dió al ejército del rey una completa victoria. Todo entonces parecía perdido. Derrotado ese ejército argentino, y dueños de Chile los españoles, los americanos perdían repentinamente la ofensiva en la cuestión de su independencia. El Perú quedaba inconquistable: las Provincias Unidas, amagadas por el Occidente y por el norte, habrían camente; y la Colombia se habría limitado apenas a una guerra tenido que reconcentrar sus medios de acción en su territorio únicamente parcial. Toda la América se presentaba en detalle a los ejércitos realistas, y tal situación podía serle funesta en poco tiempo.

Pero se peleaba por la causa más santa de los pueblos, y una derrota fué siempre para los patriotas el preludio de una victoria.

El ejército derrotado en Cancha Rayada fué pocos días después vencedor a las orillas del Maipú. Los chilenos han acusado al general San Martín de haber ejercido actos de despotismo sobre el pueblo, para la reorganización de su ejército. Entretanto, una batalla era entonces una necesidad de vida o muerte, y la de Maipú afianzó para siempre la independencia chilena, y volvió la cuestión americana a su verdadero equilibrio.

Libre Chile, ese mismo ejército que había escalado los Andes, atravesó el mar Pacífico para libertar al Perú, defendido por

los más hábiles generales y por los mejores soldados españoles que ha tenido la América. La empresa rayaba casi en la temeridad, y la guerra se hizo larga y sangrienta. Pero el ejército argentino fué saludado al cabo con el título de LIBERTADOR DEL PERÚ.

No hay un palmo de terreno en la América del Sur antes española que no haya sido sombreado por la bandera azul y blanca; y — ¡cosa original! — no hay un solo estado que haya auxiliado al pueblo argentino cuando, fatigado con los esfuerzos que hizo por la libertad de todos ellos, cayó bajo la mano de hierro del despotismo. Entretanto, es más desgraciado Buenos Aires bajo la dictadura de Rosas, que lo eran aquéllos bajo el dominio español, cuando Buenos Aires fué en su auxilio.

"Es una cuestión de libertad civil, dicen: y no tenemos derecho de intervenir". Pero, ¿en qué código público se encuentra el derecho que tuvo Buenos Aires para intervenir en la cuestión política de la independencia de los otros estados? El resultado vino a justificar esa intervención; y el beneficio que Buenos Aires habría reportado del auxilio de sus hermanos, habría justificado del mismo modo, y convertido en derecho, la intervención de ellos en su lamentable situación presente.

Mas todo esto es el resultado de la época de transición en que vivimos. Los pueblos de la América conocerán más tarde la necesidad vital de defender y proteger mutuamente sus derechos; y que los principios públicos de la Europa, no son aplicables en muchos sentidos a la América. Esta es una de las razones que han hecho nacer en el autor del PEREGRINO, esa fe robusta en el porvenir americano, que respiran sus Cantos.

CANTO SEGUNDO

(1) ¡Bello, bello, vive Cristo!
mil veces bello es tu canto—
déjame secar el llanto
que me arrancaste, cantor;
deja que vuelva a estas hojas,
y a leer en cada una de ellas
la historia de mis congojas,
los recuerdos de mi amor.

¡Aquí hay verdad, aquí hay fuego!
¡Por Dios, que esto es *poesía!*
Esto es lo que yo querría
de todo poeta oír.
Parece que estas palabras
del alma mismo han nacido.
Dichoso tú que has sabido
así al *hombre* traducir.

Al acabar la primera lectura que he hecho del segundo canto del PEREGRINO, de Mármol, he escrito estos versos.

LUIS L. DOMÍNGUEZ.

Montevideo, Abril 23 *de* 1847.

CANTO TERCERO

(1) Acabamos de ver en la entrega tercera de la *América Poética* algunos fragmentos de este Canto que en el Janeiro dimos en manuscrito al distinguido editor de esa obra. Después hemos hecho algunas ligeras alteraciones en el texto, que no hemos tenido tiempo de transmitir al editor de la *América;* y de aquí resulta la diferencia que se hallará entre algunos de nuestros versos que él nos ha hecho el honor de publicar, y los que aparecen en esta edición.—El Autor.

Montevideo, Junio, 1847.

(2) Constelación del Sur.

(3) ¡Y qué! Creéis que él hiciera
ríos cual mares, y mineros de oro,
y llanos de verdura deliciosa,
y las bri s fragantes del desierto,
y ese ri eño azul de nuestro día,
y esas m eres del amor tesoro,
para sólo saciar la codiciosa
sed de un imperio a las virtudes muerto,
pero vivo el placer y altanería?

No, que cuando la mano
se abrió del Dios bondadoso y soberano,
y puso entre las nubes de Occidente
a su América, pura e inocente;

dijo: "Bendito suelo,
tú del mundo caduco y envidiado,
serás la primavera y el consuelo,
cual es el hijo al padre ya cansado."

Juan María Gutiérrez.

(*Canto premiado en el certamen a Mayo.*)

CANTO CUARTO

(1) Personaje de Alejandro Dumas.

(2) El Divino Infierno: nombre de un poema escrito por el autor del Peregrino, que aun no se ha publicado.

(3) Les nuits passées au milieu des vagues, sur un vaisseau battu de la tempête, ne sont point stériles pour l'âme, car les nobles penssées naissent des grands spectacles. Les étoiles qui se montrent fugitives entre les nuages brisés, les flots étincelants autour de vous, les coups de la lame qui font sortir un bruit sourd des flancs du navire, gémissement du vent dans les mâts, tout vous annonce que vous étes hors de la puissance de l'homme, et que vous ne dépendez plus que de la volonté de Dieu. L'incertidude de votre avenir donne aux objets leur véritable prix: et la terre,

contemplée du milieu d'une mer orageuse, ressemble á la vie considérée par un homme qui va mourir.

CHATEAUBRIAND.

CANTO QUINTO

(1) Le bruit des combats n'a point encore epouvanté notre solitude.—(TASSO.—*Jerusalem delivrée.)*

(2) Horas tan dulces de la tarde, que despertáis los recuerdos y enternecéis el corazón de aquellos que recorren los mares, el primer día de sus tiernos adioses; que bañáis de amor al peregrino, temblando al son de la campana de vísperas, de quien la voz parece llorar el día que expira. ¿Es una ilusión acaso, que la razón rechaza con desdén? No, ciertamente; nada muere sin excitar algunos recuerdos melancólicos.—(BYRON.—*Don Juan.)*

(3) *Ave María,* es la hora de la plegaria; *Ave María,* es la hora del amor; *Ave María,* puedan nuestras almas elevarse hasta ti y tu hijo.—BYRON.—*Don Juan.)*

(4) Nosotros nos embarcamos para Chile el día 17 de Febrero de 1843; y días antes supimos que nuestro amigo el señor Gutiérrez debía salir de Marsella para Montevideo en el mes de Marzo. Nuestro querido Alberdi había salido del Janeiro para Chile pocos días antes que nosotros; y cuando escribíamos este Canto a principios de Abril, enfrente a las costas patagónicas, suponíamos al señor Varela en viaje de Europa para Montevideo, como lo estaba efectivamente.

(5) En los primeros días de Mayo de 1841, el Jefe Político de Montevideo invitó a los poetas a solemnizar el gran día de la América con una de esas lizas espléndidas con que los griegos inmortalizaban sus genios y sus glorias.

Una comisión crítica debía laurear con el premio acordado aquel canto que más correspondiese al programa y a las reglas de crítica que la comisión se impusiese a sí misma.

Llegó el día inmortal y se inmortalizó un joven.

Nuestro distinguido amigo el doctor Juan María Gutiérrez recibió el premio del vencedor: los aplausos del pueblo y los abrazos de sus amigos que desde una tierra extranjera le dieron las gracias a nombre de su patria por la página de oro que acababa de regalar a su naciente literatura.

La Comisión acordó el premio al que más lo merecía. No conocemos en toda la poesía española una obra que, considerada por su mérito artístico, presente la perfección y el gusto que el *Canto a Mayo,* del señor Gutiérrez; y, a excepción de algunas estancias del *Olmedo,* no hay en la lira americana una inspiración patriótica que se le parezca, ni un cuadro filosófico que le rivalice.

Es lo más acabado que en poesía ha presentado hasta hoy la literatura americana en español.

(6) Esta estrofa bien puede pasar en calidad de *enigma* para el lector; yo me contento de ello, pues debo hacerlo así. Sin embargo, si hay en el mundo una sola persona que la comprenda, mi deber y mi corazón habrán cumplido sus deseos.

(7) Ma sœur au nom des dieux ne m'abandonnez pas.—CORNEILLE.—*Ariane.)*

CANTO SEXTO

(1) Quiroga: era llamado vulgarmente en las provincias *tigre de los llanos.*

CANTO UNDECIMO

(1) . . . .
Tibio su pecho cual su tibia brisa
ni un suspiro de amor ni una sonrisa
al dejar tus riberas te regala.
Nadie tampoco de dolor exhala
un suspiro por él.... Miró tus flores
y no sabe contar de sus olores...

(CANTO PRIMERO.)

(2) Descripción de la naturaleza tropical.—(CANTO TERCERO.)

(3) *Que coronáis la sien de la Thijuca.* La Thijuca es la montaña más elevada de las que están a la vista del Río Janeiro. Pertenece a la *Serra do Mar,* cadena de montañas del litoral del Brasil que corre casi paralelamente a la costa del Imperio, al N. E. de Río de Janeiro inclinándose hacia el *Río Doce* y terminando cerca de Bahía por los 12o 58' de L.

Es de esta montaña que se precipita la cascada de su nombre, cuyas aguas son recogidas en el *Corcobado* por el costoso acueducto del Janeiro que las lleva a las fuentes de la ciudad.

Yo conozco bien el flanco vulnerable que presentará a la crítica la parte descriptiva de este CANTO. Sé que se acusará de excesivo el entusiasmo con que pinto las bellezas de algunos cuadros de la naturaleza en el Brasil. ¿Cómo hablar de la Thijuca cuando existen los Andes; de la cascada de aquélla, cuando existe la del Niágara?

En efecto, considerada por su tamaño, la Thijuca con sus 2.300 pies ingleses sobre el nivel del mar, está en proporción de 1 a 10 con la montaña de Aconcagua, por ejemplo, en los Andes argentinos, que tiene 23.000 pies sobre el nivel del mar; el más alto volcán que existe sobre el globo.

Y la Cascada de la Thijuca desaparece al recuerdo de la del Niágara, cuyo estruendo, como dice Heredia, es una tormenta para muchas leguas en derredor, y cuyo arco, como dice Chateaubriand, es un cielo de agua para el que se coloca bajo de él.

Pero la imaginación no mide las bellezas por el tamaño de los objetos, ni la novedad por la superioridad de ellos sobre otros de su rango. La belleza de los objetos físicos de la naturaleza, y aun la sublimidad misma, nace de cualidades bien distintas de las proporciones del tamaño, y una belleza trae siempre en sí misma el sello indefinible de una grandeza superior a todas—la grandeza de la creación.—La novedad de los objetos no está tampoco en su originalidad propia: está en la imaginación del que los contempla. Sobre la corteza de la tierra nada hay nuevo, nada superior, sino

comparativamente. La novedad nace para el hombre, a la contemplación de un objeto, de la no recordación de otros iguales. Y para un hijo de Buenos Aires, cuya mirada está habituada a sumergirse en los horizontes, atravesando la inmensidad de los desiertos sin encontrar más obstáculos que los accidentes de la atmósfera, son una novedad, sin duda, las montañas que hacen alzar su cabeza sobre los valles del Brasil; no importa que no lo alcen tanto como las de Pichincha, de Cayambé o de Chimborazo.

Y si la belleza puede entusiasmar la imaginación de un hombre, hasta el extremo que él saque a los objetos de su orden natural para engrandecerlos, esa Thijuca, esa cascada que parece un chiche de mujeres si se recuerda las descripciones de las vertientes del Atlas, los torrentes de Escocia, o del Niágara y Tequendama, en América, son acreedoras al más alto grado de aquel entusiasmo. Ninguno de los viajeros europeos que ha visitado el Janeiro, ni aun aquellos que se han empeñado más, por ese prurito de despreciar a la América que respira tanto en las obras de sus visitadores de Europa, en presentar bajo feos colores la fisonomía del Brasil, se han atrevido a negar el bello sorprendente de la naturaleza del Janeiro.

Los mismos William Guthrie y después Hyacinthe Langlois, que corrigió la obra de geografía de aquél, que contiene lo peor que se ha escrito sobre la América Meridional en geografía física descriptiva, como en Política e Historia, no puede menos de hacer la declaración siguiente:

"Se sale apenas del laberinto perpetuo de la capital de este joven " imperio (el Brasil) y cuando los cuadros más seductores vienen " a herir nuestras miradas, la naturaleza, embellecida con todos " sus tesoros, parece enriquecerse más todavía a medida que se " avanza en el país. De cualquier punto elevado se descubre en " todo su esplendor la bahía sembrada de islas esmeraltadas, el " puerto cubierto de un bosque de mástiles, la ciudad y sus al- " rededores. El aspecto verdaderamente mágico de tantos objetos " bellos y variados dan origen de sensaciones tan dulces y delicio- " sas, que el hombre se encadena a pesar suyo como clavado al " lugar que ocupa: ¡tan grande es y magnífico el cuadro brillante " que se desenvuelve a sus miradas sorprendidas!"

No es el tamaño, pues; es la belleza de esas montañas, la variedad de sus formas ligeras y graciosas, su pintoresca vegetación que no cede jamás al influjo de las estaciones y que como un manto de flores cubre esas montañas que a cada giro del ojo ofrecen un panorama diferente y poético; es esa abundancia de la Naturaleza que rebosa vida y opulencia por doquiera; es esa animación constante que rodea la naturaleza del Janeiro lo que ha movido el entusiasmo del PEREGRINO. Y es sobre esas montañas, a la contemplación de esa poesía de la Naturaleza, y al arrullo de esa armonía eterna de fuentes y de hojas que ruedan de monte en monte sobre las alas de la brisa, que él ha escrito muchos de sus versos y que ha repetido más de una vez estas palabras de Lord Byron:

"En momentos como estos es cuando nos encontramos menos so- " los que nunca; es entonces que se despierta en nosotros la con- " ciencia íntima de lo infinito. Este sentimiento purifica y enmu- " dece todo nuestro ser. Es, a la vez, el alma y la fuente de una " melodía que nos recuerda la armonía eterna y reparte un en- " canto nuevo sobre cada objeto; encanto que hiere a los hombres

" con una arma material. ¡Cuán bella era la idea de los primeros
" Persas, de elevar sus altares sobre las cimas de las montañas, y
" de rogar al Eterno en un templo sin aparato y sin murallas,
" mirando como indignos de él los monumentos religiosos que la
" mano de los hombres construyera!

"Comparad la tierra y el aire, esos templos de la Naturaleza,
" a vuestras columnas, a vuestros templos griegos o góticos, y ya
" no encerraréis vuestras plegarias en lugares tan limitados."

Montevideo, Noviembre de 1846.

(4) *Del bello Botafogo las arenas.* La bahía de Río Janeiro divide esta ciudad de la de Nictheroy (o Playa Grande) capital de la provincia, con una anchura de 3 a 3 1|2 millas. Las montañas del Janeiro y de Nictheroy, que no son sino eslabones de la *Serra do Mar*, están, pues, cortadas por el canal de la bahía. El cerro llamado *Pan de Azúcar* y los últimos declives del *Corcobado*, son los que de la parte del Janeiro entran más hacia aquélla, y desde el plantel de la ciudad vase prolongando hasta ellos un semicírculo, sobre el valle natural de las montañas. En él se encajona un remanso de las aguas de la bahía, más tranquilas aun en este segundo receptáculo.

Este lugar es el que tiene el nombre de *Botafogo* (lanza fuego). Nombre que se comunica también a su playa, donde están los más bellos edificios de la ciudad y en que hacer su residencia habitual los individuos del Cuerpo Diplomático.

Pero ¿por qué al lugar más pintoresco que tiene allí la Naturaleza se ha bautizado con un nombre tan antipático y tan poco análogo, sobre todo? No es extraño que yo no pueda determinar su origen, cuando de los mismos brasileños no hay ninguno que lo conozca, como sucede con casi todos los nombres de sus localidades, de quienes la tradición portuguesa no les ha dejado el por qué de sus nombres.

Veamos lo único que hemos hallado escrito respecto al de *Botafogo.*

"Doblando la fortaleza de San Juan, encuéntrase el seno de
"agua que se engolfa en la tierra y forma una playa circular,
"que vemos hoy toda guarnecida de casas habitadas. Llamóse pri-
"mero de *Francisco-Viejo*, nombre del colono que allí tenía su ha-
"bitación, y después mudó su nombre por el de *Botafogo*, que
"igualmente sería tal vez el nombre de algún otro habitante de
"ese lugar o de algún heredero del mismo Francisco Viejo, que
"quién sabe si tenía también aquel otro nombre".

Por lo que se ve que con esta historia no quedamos más ilustrados que sin ella.

La poesía quiso hacer su historia a su manera y la hizo de este modo:

Esta penha redonda, alta, é pontada,
soster parece a Capricornea zona:
a pyramide Egypcia mais aguda
d'elle á vista se abate, é desabona.
Ou he de madre terra á lingua muda,
do Mundo antigo maravilha nona,
ou foi, segundo os Gregos e Romanos,
pão de Assucar do Chá dos Centimanos.

Tomando sim os monstruosos Brontes
de Baccho ó Chá na Liparea cópa,

bicaram contra ó Ceo soberbas frontes,
e qualquer joga as armas com que topa;
com as chicaras lhe atiram de ocos montes,
cane na Asia o Tauro, e os Pyrineos na Europa
e o Pâo de Assucar, como mais ligeiro,
na faz cahio do Río de Janeiro.

Seu cume excelso sempre fumegante
apparece por vezes inflammado;
raios trisulcos lança-lhe ó Tonante,
Neptuno ó tem bramindo rodeade.
E, ou por jazer rebaixo algún gigante,
qu'inda chammas vomita exasperado.
ou dos relampos pelo assiduo jogo,
chama-se á curva praia *Bota-Fogo.*

La poesía, pues, ha tenido que valerse de una extravagancia para interpretar el nombre de *Bota-Fogo*; pero esa alegoría nos deja tan en tinieblas respecto al origen de aquél como la historia de Francisco Viejo.

Del cerro de Pan de Azúcar, de que tanto partido saca el poeta en esa alegoría para hacer un nombre de situación el de *Botafogo* y que a la puerta misma del Janeiro parece el centinela que vigila la corona imperial, un ingeniero ofreció a don Pedro I hacer una estatua que representase un gigante armado. Al principio la idea hubo de adoptarse, pero desechóse luego por los gastos que la empresa exigía.

Una tarde paseaba yo a caballo en la *Playa Bermeja* que está al pie de este cerro y por la primera vez se me refirió allí ese pensamiento; y confieso que ese atrevimiento del arte me dejó aturdido, fuese porque la inmediación a que yo me encontraba del cerro aumentaba su magnitud a mis ojos, fuese porque no tuve el tiempo suficiente para meditar sobre los medios que hacen posible tal empresa. Bien, esto fué a la tarde; pero a la noche reíame de mi aturdimiento y del gigante armado, cuando en un volumen leía lo siguiente:

"Strasicrates, ingeniero al servicio de Alejandro, ofreció a éste hacer del monte Athos una estatua que lo representase. Esta enorme figura debería tener en su mano izquierda una ciudad con diez mil almas de población, y en la derecha un vaso donde los diversos torrentes de la montaña, se reunirían para formar un río majestuoso".

Si en ofrecer no hay inconveniente ni atrevimiento, es preciso confesar que Strasicrates ha sido el hombre más generosamente pródigo del mundo.

Montevideo, Noviembre de 1846.

(5) *En su abandono y soledad secreta.* Se ha escrito algo y se ha hablado mucho sobre la clausura en que viven las brasileras; sobre la dependencia casi de esclavas en que están de sus maridos; y últimamente sobre el espíritu de su sociedad.

Los que han escrito no se han tomado el trabajo de averiguar la parte de apariencia y la parte de verdad que hay en las costumbres brasileras, su origen primitivo, las causas locales que contribuyen a ellas y las modificaciones que han sufrido por el tiempo y el progreso incesante del Brasil, y últimamente por la nueva existencia política de éste que ha contribuido a modificar

y a ir desligando poco a poco la tradición portuguesa. Y desde las ventanas de un hotel y en veinte días de residencia han juzgado y sentenciado la mujer brasilera sin más datos que su ausencia de las calles y celosías de los balcones. Los que hablan solamente, no hacen sino repetir lo que han oído con algo más que agregan de su derecho irresponsable.

Hago al lector la justicia de creerlo instruido del grado de civilización de Portugal desde los tiempos en que se hizo dueño del Brasil, hasta aquellos en que vióse obligado a entregarlo a su existencia propia, y a la civilización del siglo XIX, para ahorrarme el trabajo y el disgusto de indicarle el rango social y la cultura a que pudo elevar a la mujer brasilera, esa Metrópoli que por una ley aprobada en el consejo de la Corona, obligaba a pasar a Lisboa todos los brasileros que llegasen a adquirir en su país una fortuna que pudiera exonerarlos de su trabajo personal. Pero me detendré un poco a examinar las causas de aquellas costumbres que en la mujer chocan más al extranjero y que nace de las localidades y del carácter mismo del brasilero.

Es cierto que en el Brasil la mujer es menos espectable que en cualquier otra parte del mundo civilizado. Es cierto también que la apariencia de sus casas indica algo de clausura y encerramiento; es cierto también que el carácter de la brasilera tiene poco de comunicativo; y por último, es cierto también que el extranjero transeunte goza bien poco de los placeres inocentes que nacen en otras partes del trato franco de la sociedad.

Pero está muy lejos de ser verdad que el retraimiento de la brasilera sea una imposición despótica de los hombres; que sus ventanas cerradas, que originan tantas críticas, sea un resultado de aquella imposición; que lo poco comunicativo de su carácter nazca de un espíritu agreste e incivilizado, y que los pocos goces del extranjero en la sociedad brasilera sea el resultado de la falta de atractivos en ella.

La brasilera se presenta pocas veces en los paseos públicos o en las calles de la ciudad. ¿Luego, sus maridos las encierran? no: luego, ellas son las hijas bien disciplinadas de su clima; éste es el verdadero *luego*.

En las ocho o diez horas del riguroso calor del día nada prefiere, la mujer brasilera, a la sombra de sus habitaciones y a la levedad de sus trajes caseros; y en aquélla y con éstos ella evita la poca galantería de su clima, y defendiendo de él la suavidad de su cutis, ella se ocupa en su educación de labor o en su educación de inteligencia. Durante las dos únicas horas de la tarde, en que puede, sin el inconveniente del sol, presentarse en los paseos públicos, ella se ocupa en preparar nueva *toilet* para hacer en su salón los honores de una sociedad de la cultura más aristocrática y refinada que puede darse.

Ella es poco comunicativa; cuesta mucho para ganarse su confianza; generalmente se le observa circunspecta y si se quiere hasta desdeñosa. Estas mujeres entonces no son amables, tienen hasta miedo de conversar con los hombres, dice el extranjero, que se roza apenas media docena de veces con ellas. Pero esas mujeres son amables y a nadie temen, sin embargo. Sea efecto del retraimiento en que viven como resultado siguiente de su clima, o sea por uno de esos rasgos característicos que se notan en la fisonomía de cada pueblo, la especialidad del espíritu en la brasilera es la melancolía, o si es demasiado fuerte esta palabra, una especie de suave reconcentración. Hay también en ella, y que le hace

mucho honor, un alto grado de desconfianza en el atractivo de su sociedad, originado por las críticas constantes, y la mayor parte inmerecidas, que de ella hace el viajero europeo, que luego se las manda de Europa como un galante recuerdo, de las distinciones que mereció o más bien que no mereció.

Desengaños continuos de esta especie han hecho a la brasilera justamente desconfiada del extranjero.

Pero uno llega, él trae una carta respetable de recomendación para una familia notable en el Janeiro, o es presentado a ella por una persona de la relación de esa casa. El marido o la esposa, reciben al caballero con afabilidad; preséntanlo en seguida a todas las personas de la familia, y al despedirse le dicen: "todas las noches a tal hora tomamos nuestro té, o en tal noche de la semana recibimos a nuestros amigos." Este caballero ya tiene entrada franca en esa casa a las horas o en el día en que se ha prescripto. El puede venir a ese salón donde gozará de los encantos de la música, de la conversación *general*, y de una sociedad escogida y de buen tono, pero por mucho tiempo debe repugnarle cierta circunspección que parece exclusiva para con él. Se le está observando: se están clasificando por sus acciones, por sus palabras, su origen, su educación y sus aptitudes. Al cabo de ese tiempo si esa observación da un resultado desfavorable para el caballero, aquella circunspección se aumentará y él se verá en la necesidad de abandonar esa relación, y en este caso la culpa será de él. Si por el contrario, él ha ofrecido con su comportación una garantía de sus condiciones morales, el retraimiento desaparece y él viene a ser casi un miembro de la familia, y en todo cuanto constituye el solazamiento de ésta, su familiaridad entre los hombres de buena educación y de buena moral, nunca pasa con las señoras los límites de la urbanidad y de la decencia.

No hay entonces nada más ameno que el trato de la brasilera. Su belleza es reanimada por una imaginación fecundísima; y los caprichos de su imaginación siempre son acompañados de esa timidez que nace de la suavidad o melancolía de su espíritu.

Su educación es más de labor que de inteligencia. Ellas no ofrecen la amenidad literaria de la mujer francesa; pero ofrecen con su gesto y habilidad sorprendente en la música, el hechizo de la italiana.

Si el filósofo las contempla, él halla grandes vacíos todavía en el ser social de la mujer brasilera; si las observa el poeta, él halla un bellísimo tipo de mujer. El halla sobre todo el pábulo más activo a las fuertes pasiones y al ejercicio de la sensibilidad en ese mismo modo de ser y de vivir de la mujer brasilera.

Yo, por mi parte, no sólo he hallado reprochables las críticas que de ella se han hecho, porque no aplaudo jamás lo que carece de justicia y de verdad, sino que he sentido algo de compasión por aquellos a cuya imaginación nada ha hablado la mujer brasilera.

Montevideo, Noviembre de 1846.

(6) *Amaneciendo en tí la hermosa aurora.* En efecto el sol de la civilización es anunciado en el Brasil por los albores más risueños. Tres o cuatro años no bastan muchas veces para conocer con exactitud, la índole, la moral, las costumbres y las interioridades de la vida doméstica en un pueblo; cuyo estudio sirve después para justipreciar la relación entre él y sus instituciones,

su política, y el carácter de transición o de aplomo de su existencia moral y de su civilización. Pero tres o cuatro semanas pueden bastar muchas veces para adquirir un conocimiento casi perfecto de su cultura y de su progreso en sus manifestaciones visibles.

Un hombre un poco familiarizado con la sociedad, dos minutos después de haber pisado el umbral de una casa, comprende la clase, la educación de sus dueños, por el simple examen de lo que se le presenta a la vista. Del mismo modo cuando un viajero se desembarca en una capital, ya está bajo el imperio de sus ojos la civilización de sus habitantes en sus manifestaciones materiales.

Yo tendré el gusto de transcribir aquí lo que ha escrito bajo este mismo pensamiento el señor don M. de A. Porto Alegre, una de las capacidades más distinguidas que hoy tiene el Brasil como prosista y como poeta; y al cual, en esta última dote, se puede considerar en primer rango, por su fuerza descriptiva, por la valentía de sus imágenes, y más que todo por el tinte de localidad y expresión brasilera de que abundan sus obras. El dice así:

"La primera cosa que el viajero encara es el terreno en que " pisa y los edificios que lo circulan; y en este primer paso en" cuentra ya un documento que prueba exuberantemente el estado " del gobierno de aquel país; y la suerte y condición de sus " súbditos: si los caminos y las calzadas son buenas, el gobierno " vigila y entretiene la prosperidad material, y ya ve el viajero " una realidad de civilización en el pensamiento que lo domina " y rige, y una señal de prosperidad incontestable, pues que hay " más dificultad en juntar y nivelar las piedras, que en amonto" nar palabras y discursos que alucinan a veces una generación " entera, sin que ella pueda entretanto legar un sólo monumen" to de progreso a las generaciones que la suceden.

"El mayor o menor grado de urbanidad en los empleados pú" blicos. algo indica del régimen gubernativo del país; y su ma" yor o menor diligencia. el estado de la marcha del gobierno en " los negocios públicos.

"Si luego concurre al teatro, el viajero tiene a sus ojos todas " las clases de la sociedad. en una arena donde se aprueban o " reprueban ideas con señales estrepitosas, que no dejan duda so" bre la impresión que ellas hacen. Si oye el viajero, por ejem" plo, que el público tributa aplausos a un cantor desafinado, sa" be de improviso que ese público no está educado para la " música, que no siente todavía la perfección en la combinación " de los sonidos, que las leyes de la armonía y melodía no son " conocidas aún de la mejor parte de esa sociedad.

"Las decoraciones y todo el mecanismo del escenario le mues" tran el grado de las artes y la mayor o menor inteligencia en " ellas.

"En los siguientes días el viajero continúa sus pesquisas vi" sitando los monumentos, los edificios públicos y establecimien" tos de instrucción. Si los halla en perfecto estado y sin un " carácter melancólico propio a la decadencia; si sus paredes y " pavimentos denotan aseo y reparos frescos, si hay actividad en " los empleados, si hay vestigios de aumento, coge entonces un " testimonio irrefragable de prosperidad intelectual y del celo del " gobierno por el progreso de las luces.

"La visita a los templos le dará cuenta del estado moral de

" la sociedad; y el examen de ellos, en su carácter arquitectónico, " pauta segura para apreciar las artes, la riqueza y el mayor o " menor entusiasmo por las ideas religiosas Y aun la música " que escucha en el templo, puede servirle de clave por el carácter " artístico de su composición, para conocer el grado de creencia " y el espiritualismo de esa sociedad. Porque una música sensual " no puede ser acogida por un pueblo delicado en su espiritua- " lismo religioso; y porque hay entre las melodías y las ideas de " los himnos sagrados aquella ligazón y armonía que existe en " las obras del arte, a que llamamos carácter dominante, y que " es siempre el denunciador del pensamiento íntimo que le pro- " dujo, etcétera."

Bien, pues, yo encuentro en la capital del Brasil todas las manifestaciones externas de una sociedad en progreso y que ya tiene acumulados gran parte de los elementos que servirán en adelante a su completa civilización.

Yo miro la actividad material abriéndose paso por en medio a los inconvenientes de la Naturaleza misma. Las montañas se desmoronan; el hacha las hiende y abre calles a través de ellas para facilitar el comercio; los caminos se extienden, se ramifican y se mejoran por todas partes; los edificios se multiplican; se abandona la vieja y pesada forma arquitectónica, introducida por los portugueses, y se adopta para ellos la forma ligera y graciosa de la arquitectura moderna.

Yo miro en una ciudad que no puede decirse propiamente que tiene pasado, monumentos de arte de buen gusto y de suma utilidad pública. Un acueducto que podría honrar a cualesquiera de las capitales europeas, por el inmenso trabajo y los cuantiosos gastos que ha demandado. Fuentes públicas en todas las plazas y calles de la ciudad (*a*). Un jardín botánico primorosamente atendido y cultivado. Tres teatros, uno de los cuales podría ser una buena sala de ópera en París o en Londres. Veinte y tantos

---

(*a*) Ya no existe uno de los trabajos hidráulicos más útiles que ha tenido el Río de Janeiro: un conductor que desde la orilla del mar en la Plaza del Carmen llevaba a los navegantes las aguas de un abundante Chafariz por espacio de algunas toesas hacia el mar, para impedir el trabajo de desembarcar las pipas. El Chafariz y el conductor fueron mandados construir por don Luis de Vasconcellos y Souza que con patente de 4.o Virrey llegó al Janeiro y tomó posesión de la Capitanía, el 5 de Abril de 1779

Todo el Janeiro está lleno de monumentos que recuerdan la memoria de este hombre, el mejor de sus virreyes. Fué el fundador del Paseo Público; hizo abrir la linda calle que hoy se llama *das Carrecas* y a quien dió entonces el nombre de *Rua das Bellas Noites*: la fuente que existe hoy en esa calle es también obra suya como muchas otras.

Era tal el entusiasmo del Virrey Vasconcellos por los edificios públicos, que hizo construir una hermosísima casa para cuidar y disecar en ella los pájaros del Brasil, que, por orden de la Corte, se enviaban al Gabinete de Historia Natural de Lisboa. Esta casa sirve desde 1814 de Erario y Casa de Moneda.

El nieto suyo, actual Encargado de Negocios de Portugal en el Janeiro, debe pasear con cierto orgullo las calles de esta ciudad.

templos (*b*) que se mejoran y se enriquecen artísticamente cada día.

Tomo otro camino de estudio, y me encuentro con una Universidad en cuyos bancos se cuentan anualmente de 800 a 1000 estudiantes: con una Academia de Medicina y ciencias naturales, donde una juventud entusiasta hace brillantes progresos, en la medicina especialmente; con una Academia de Bellas Artes, que al fin de cada año pone en pública espectación las obras de sus alumnos, de los cuales manda el Gobierno a estudiar tres años en Europa a aquellos que hayan al fin de cada año llenado las condiciones de los estatutos académicos; con un Instituto Histórico Geográfico, que con una laboriosidad constante hace al Brasil y a la ciencia los más importantes descubrimientos; con una Academia militar (*c*) y otra de Marina, en las cuales, y con especialidad en esta última, la juventud tiene un entusiasmo remarcable por sus estudios. Cuando, en fin, yo miro bibliotecas con cien mil volúmenes, museos públicos y gabinetes particulares de física, de mineralogía, etc., y que todo esto se mueve y se investiga diariamente por las manos de la juventud, yo puedo decir entonces al Janeiro, sin temor de ser desmentido, y con el solo examen que acabo de bosquejar apenas:

HE VISTO DE LAS CIENCIAS Y DEL ARTE
AMANECIENDO EN TI LA HERMOSA AURORA.

Cuando en un examen más serio y detenido quiero estudiar la sociabilidad brasilera en su más alta expresión, y veo en ella un orden constitucional bien sostenido, si no puedo decir bien experimentado; una monarquía representativa, la más democrática del mundo, defendida por un partido de orden e interesado a todo precio en la conservación de la paz; una constitución que determina con precisión los deberes y los derechos del Gobierno y del

---

(*b*) No hay, sin embargo, en el Janeiro una catedral digna de la ciudad. En 1737, se hizo catedral la iglesia de Nuestra Señora del Rosario; pero por quejas elevadas a don Juan V. por la Hermandad de San Benito, S. M. ordenó al Obispo que se escogiese un lugar para construirse *uma cathedral digna de tão vasto imperio*. En 1747 se escogió el terreno en que debía alzarse el templo de San Sebastián, y en 1749 púsose la piedra fundamental de ese edificio. En 1752 paráronse los trabajos y no continuaron hasta 1796. Al año siguiente suspendiéronse de nuevo, y lo que debió ser las naves de la catedral hoy son las aulas de la Escuela militar.

Se determinó por catedral, en orden regia de 1818, la iglesia llamada antes de los Carmelitas calzados, Capilla Real durante el reinado de don Juan VI y conocida hoy con el nombre de Capilla Imperial.

(*c*) La Academia Militar fué creada por carta regia de 4 de Diciembre de 1810, gobernando todavía don Juan VI como príncipe regente, y siendo su ministro el Conde de Linhares.

En 1832 fué reunida la Academia de Marina a la Militar, mas en el año 34 fué nuevamente separada, como existe hoy.—(Véase el *Ostensor Brasileiro*).

pueblo, y una libertad que es, sin disputa, un hecho positivo y no una teoría de escritores; cuando veo a un gobierno que se empeña en abrir a la industria nacional todos los canales posibles de su mejora, y que facilita con las garantías y la equidad la introducción de la industria, del comercio y del capital extranjero; cuando veo en esa sociedad la actividad mercantil e industrial creciendo por días y derramando en todas las clases el bienestar y la abundancia; cuando miro, en fin, el orden, el trabajo y la libertad esparcidos sobre los hombres, y empeñados todos en la conservación de estos elementos que hacen la felicidad individual y el engrandecimiento de una nación, puedo decir entonces al Brasil, sin temor de ser desmentido:

SÉ QUE A LA SOMBRA DE TU PAZ BENDITA
TU GENIO AL PORVENIR SE PRECIPITA.

Esta ligera enumeración de los elementos de civilización y de progreso con que cuenta el Brasil, y que no puedo desenvolver en la estrechez de este trabajo, da a conocer de parte mía, que no ignoro los continuos reproches que se hacen al Brasil sobre el atraso de su sociedad, y que he querido prevenir la censura de mis versos, en aquellas personas que toman una página francesa como un capítulo de las escrituras.

Si en vez de un cuadro descriptivo de un poema hubiese querido escribir una obra crítica sobre la sociedad brasilera, hallaría en ella, de cierto, un campo vasto para la censura, y ¿qué mucho que me ofreciera ese campo una sociedad que no cuenta treinta años de existencia política, y que ha vivido más de dos siglos en la vida de las colonias? ¿qué mucho, cuando las naciones europeas mismas, en el vuelco de las revoluciones y los siglos no han acabado de depurarse todavía en el crisol de tres rangos de civilizaciones distintas? y ¿qué mucho, sobre todo, si para medir la civilización brasilera, tomaba por pauta la civilización de Francia o de Inglaterra, como hacen desacordadamente los escritores europeos que transitan por la América?

Mucho tiene la sociedad brasilera de criticable, mucho en las costumbres de sus hijos especialmente; muchos son los trabajos y trastornos por que tiene que pasar todavía para purificarse; puede que hasta un riego de sangre sea necesario algún día para que el árbol de su civilización dé en última sazón sus frutos exquisitos; pero mucho tiene ya de adelantado; mucho de civilización y mucho más adelante marcha de lo que equivocadamente creen algunos. En América es de los primeros en la escala de las naciones, y en la América del Sur él será, antes que ningún otro Estado, el emporio de la riqueza y del comercio.

Por otra parte, yo, por sistema, he querido en este cuadro de mi poema, presentar, aunque a grandes rasgos, lo que he hallado de bello y aplaudible en el Brasil. La ingrata misión de descubrir a la censura sus lados vulnerables, la dejo con gusto y sin esfuerzo a los escritores europeos.

Es el tributo de gratitud que pago al Brasil por los dos años que he residido en él, en mi ya tan larga proscripción, y que no he tenido embarazo de confesar otra vez que ellos han sido los dos años menos azarosos de mi vida, después que el suelo de la patria me fué vedado, por una política que aun no ha perdido el derecho de excomulgar.

Ajeno de toda pretensión, he esperado decir adiós al Brasil para pagarle aquel tributo.

Escritor de un periódico literario del Janeiro, no sacrifiqué a consideración ninguna la independencia de mis opiniones, y más de una vez afronté sin temor la susceptibilidad nacional. Ausente del Brasil, yo le envío hoy este canto de mi PEREGRINO.

Y no doy a los brasileros esta ligera explicación porque ni un instante haya puesto en duda ni su liberalidad, ni su respeto por la emisión del pensamiento, no; yo le cedo de buen grado este honor al señor Capitán de mar y guerra don Pedro Ferreyra de Olivera, ex Comandante de la Estación Naval Brasilera en el Río de la Plata.

A este caballero le cupo la honra, hace tres meses, de venir por su propia cuenta a poner en problema la liberalidad brasilera en un país extranjero. Desconociendo que en su posición tan espectable sus acciones refluían más o menos en honra o en perjuicio del crédito de su Nación; desconociendo el espíritu de libertad y tolerancia de que con tanta justicia blasonan sus compatriotas; desconociendo, en fin, hasta los derechos que en ese caso le correspondían, él dió orden para que no fuese transportado al Janeiro en embarcación brasilera el autor del PEREGRINO; sólo porque en el canto anteriormente publicado yo atribuía menos talento al actual monarca brasilero que el que atribuía a su ilustre padre.

El señor Ferreyra se imaginó acaso algún ascenso o alguna sonrisa de favor por su injustificable celo; pero olvidó que hay defensas tan intempestivas e hiperbólicas, que más ridiculizan que defienden; que estaba en presencia de una población extranjera que no tenía obligación de no creer más ilustrados a los brasileros que lo que era quien al frente de su escuadra los representaba en parte sobre las aguas del Plata: y olvidó también que el autor del PEREGRINO no pasaría en silencio un hecho que, si bien no podía calificarlo como una ofensa personal, era un desmentido, a lo menos, a cuanto ofrecía hablar en honor de los brasileros en el canto mismo que dió origen al proceder del señor Ferreyra, que ha servido sólo para el ridículo y la mofa de la población de Montevideo, y de los mismos marinos de las estaciones extranjeras. ¿Qué afán no tendrían los Almirantes franceses o ingleses si hubieran de estar leyendo las obras de los viajeros para permitirles o negarles pasaje en los paquetes de sus respectivas naciones?

Montevideo, Noviembre de 1846.

CANTO DUODÉCIMO

(1) Después de su viaje al mar del Sur, volvió el PEREGRINO a la ciudad del Río Janeiro, donde permaneció dos años; los más tranquilos, y aun podemos decir, los más felices de su vida. El canto undécimo del poema está consagrado a sus recuerdos del Brasil, y a arrebatar, en cierto modo, algunas ideas falsas y desfavorables que existen en general sobre la sociedad brasilera, como también a revelar esa naturaleza magnífica, rica en novedad y poesía, con que ha engalanado Dios ese pedazo de suelo americano.

Entre aquellos recuerdos, hay un día que a menudo se nom-

bra en ese canto—el cinco de Enero, a quien llama el PEREGRINO, "su día de oro"—un recuerdo individual,—pobre para los otros, si se quiere; pero rico tesoro para el corazón del PEREGRINO, a quien es preciso perdonar que se ocupe de algunos recuerdos propios de él, por lo mucho que se ocupa y sufre por los recuerdos ajenos.

(2) El PEREGRINO entraba al Río de la Plata el 17 de Abril de este mismo año, tiempo en que el General Oribe era dueño de casi todos los Departamentos de la República.

Por esta fecha vése también que el PEREGRINO no tiene el don de la oportunidad para hacer sus viajes.

(3) Hemos dejado en el Janeiro muchos de nuestros papeles, y sentimos no tenerlos presentes para ilustrar esta nota con algunos hechos históricos de la guerra de la Independencia, notables por su nobleza.

Pocas guerras han existido más encarnizadas, más de conciencia, que la que, por espacio de quince años, han sostenido sobre nuestro continente los españoles y americanos; pero pocas también más llenas de actos bizarros y generosos.

Por ejemplo, durante el sitio de los castillos del Callao, el general San Martín ofrecía los hospitales de la ciudad de Lima a los heridos y enfermos de la plaza inhabitada para atenderlos, y muchos españoles, no menos generosos que su enemigo, aceptaban la oferta; pasaban a Lima y, restablecidos, pasaban a sus filas, si así lo querían.

Pero no se crea que solamente con enemigos comunes se tenían estas consideraciones. Uno de los generales españoles, gravemente enfermo, aceptó del general argentino la oferta de pasar a curarse a Lima, donde se le arregló una casa, y donde asistido por oficiales del ejército patriota, se restableció; y pidió y obtuvo su pasaporte para España, después que los castillos fueron tomados.

Las crueles, pero imperiosas exigencias de la guerra obligaron, por más de una vez, a la adopción de medidas rigurosas; mas éste era el resultado de las circunstancias más o menos premiosas, pero no de la índole de la guerra ni del carácter de los americanos.

El cuchillo, la traición y todos esos medios bárbaros y reprobados que hoy se emplean en nuestras guerras civiles, son la invención exclusiva y por consiguiente moderna entre los argentinos, del general Rosas; con su obra, y aunque somos sus enemigos, jamás desconoceremos en él, como en nadie, lo que sea parte de su genio.

(4) "Ingrata Patria, no tendrás tú ni mis cenizas." (Inscripción hallada sobre la tumba de Escipión el Africano).

(5) En mil ochocientos treinta y nueve, un carro triunfal, donde iba colocado un retrato de don Juan Manuel Rosas, ha paseado las calles de Buenos Aires. Las guarniciones de ese carro eran unas cintas blancas y punzóes, y cuatro señoras, que se mudaban de cuadra en cuadra, tiraban de ellas. Estas señoras eran las esposas de los generales, de los ministros, de todos los principales magnates del general Rosas.

Dos hileras de hombres cerraban los flancos de la comitiva

de damas; los unos con su espada de soldado a su cintura; los otros con su bastón de magistrado en la mano. Estos hombres eran los maridos de esas damas.

A estos hombres nos hemos dirigido; ¿son demasiado acres nuestras palabras?

Empezaron por envilecer la patria, después se envilecieron y prostituyeron ellos—esto era lógico.—Envilecidos, esclavos, llenos de zozobras y de miedo, para mejor adular a su señor, envilecieron a sus esposas—esto era lógico.—¿Será mucho que por miedo también, las conviertan en Mesalinas quienes las convirtieron en mulas? No, no habría de qué sorprenderse.

Por otra parte; si nuestras palabras son agrias, téngase presente que los hombres de conciencia, que por sus convicciones hacemos la guerra a Rosas y a sus amigos, se la hacemos de frente, de muerte, como nos la hacen a nosotros, mientras seamos enemigos—y así es como se sostiene, a lo menos, como se ha debido sostener, nuestra guerra. Cuando alguno de esos hombres ha vuelto en sí, y se ha alistado en nuestras banderas para trabajar por la libertad de la patria de todos, ninguno de los enemigos del tirano le hemos cerrado nuestros brazos.—Cuando los que le quedan le abandonen, olvidaremos todo, porque ninguno entonces tendrá el derecho de fiscalizar su pasado, si trabajan por el porvenir. No es, pues, el rencor, sino el espíritu de la guerra actual el que dirije las palabras y las acciones de los enemigos de Rosas. Espíritu que han marcado primero Rosas y sus amigos.

(6) "S. M. el Emperador del Brasil y el Gobierno encargado de las R. E. de la Confederación Argentina se unen en alianza ofensiva y defensiva contra el poder y autoridad que ejerce Fructuoso Rivera en la República del Uruguay y contra los rebeldes de la provincia de Río Grande del Sud, y contra los partidarios del dicho caudillo y de los mencionados rebeldes". (Art. 1.º del Tratado de 24 de Marzo de 1843). "... Las tropas imperiales que entrasen al territorio de la República Oriental del Uruguay se pondrán a las órdenes del general de las fuerzas confederadas." (Período del artículo 6.º).

Este tratado, presentado en proyecto por el Plenipotenciario argentino en la Corte del Brasil el 5 de Febrero y celebrado el 24 de Marzo, se envió a Buenos Aires, ratificado por S. M. a recibir la competente ratificación del Gobierno Argentino, como se previene en el artículo 13 del Tratado. Rosas *no quiso* ratificarlo.

Este notable asunto, que es ya propiedad del público, no lo queremos comentar, tanto porque nos llevaría a consideraciones bien detenidas, como él lo merece, cuanto porque muy poco podríamos decir después de los ilustrados artículos del *Comercio del Plata* en los números de 6, 8, 11 y 14 de Noviembre de 1845, a que nos referimos.

(7) Oú sont les vielles bandes espagnoles qui avaient mis la main dans tous les grands événements des siécles précédents, qui avaient fait les destinées de l'Europe? elles son mortes a Rocroy. (Cousin, Histoire de la Philosophie.)

(8) Respetamos la historia española; queremos creer con ella que el conde D. Julián entregó su patria a los moros. Pero,

¿quién sabe si este desgraciado, cuya traición fué revelada primeramente por los historiadores moriscos, que han podido escribir bajo inspiraciones de su odio a España, fué arrastrado a ese crimen por el despecho de una ofensa la más acre al corazón de un hombre, como lo cuentan las crónicas españolas; y como tan noblemente, tan lleno de generosidad, el señor D. Miguel Agustín Príncipe lo ha proclamado a la faz de la historia y de la tradición española; y entonces hacemos nosotros una ofensa al soldado español escribiendo al lado de su nombre el nombre de Oribe, que para entregar su patria a Rosas no ha tenido otra causa que una miserable ambición de caudillo y una sed implacable de sangre?

(9) Al siguiente día de la muerte de Nerón se hallaron algunas flores esparcidas sobre su tumba; y los comentadores de este fenómeno lo han explicado por algunos rasgos del carácter individual del tirano, que lo hacía algunas veces prodigar oro y beneficios sobre aquellos de sus esclavos que menos podían esperar su recuerdo, por su nulidad o por su clase — eran puramente *caprichos* del tirano.—Alguno de esos beneficiados derramó esas flores. ¿Quién derramará flores sobre la tumba de Oribe?

(10) El Coronel D'Assas, en ocasión de hallarse de jefe de avanzadas del ejército francés, fué en la noche sorprendido solo, al reconocer las centinelas. Algunos enemigos le pusieron las armas al pecho diciéndole que comprase su vida con el silencio:— "¡A las armas!", gritó D'Assas — fué asesinado, pero libró al ejército de la sorpresa. La historia francesa perpetúa este nombre benemérito.

(11) *Childe-Harold*, Poema de Byron.

FIN DE LOS CANTOS DEL PEREGRINO

ÍNDICE

Tall. Gráf. L. J. Rosso y Cía.
Belgrano 475 — Buenos Aires